

Armand Mattelart y Érik Neveu

Introducción a los estudios culturales

Título original: *Introduction aux Cultural Studies*
Publicado en francés, en 2003, por Éditions La Découverte, París

Traducción de Gilles Multigner

Cubierta de Mario Eskenazi

*Nuestro agradecimiento al equipo de redacción
de Réseaux.*

*Gracias también a Marie-Claire Sabin, que ha
conseguido reunir un fondo documental sobre
los estudios culturales en el IEP de Rennes.*

cultura Libre

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2003 Éditions La Découverte, París
© 2004 de la traducción, Gilles Multigner
© 2004 de todas las ediciones en castellano
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-1543-3
Depósito legal: B. 4.642/2004

Impreso en Hurope, S.L.,
Lima, 3
08030 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Introducción	13
Las metamorfosis de una corriente de investigación	15
Pensar en lo cultural	17
1. La crítica cultural de la sociedad burguesa	19
«Culture and Society» en la Inglaterra del siglo XIX	20
Carlyle: el hombre de letras como héroe e intelectual de la modernidad	20
Patrimonio literario y romanticismo	21
[El antiindustrialismo y la crítica del vínculo mercantil]	23
Arnold: la cultura como servicio público	25
La cultura para civilizar	26
La política de la «anglitud»	28
[Morris: una estética para una nueva sociedad posible]	30
La consagración académica de los <i>English Studies</i>	32
Leavis, o la soberanía del texto	32

<i>Scrutiny</i> y la relación con la «cultura de masas»	33
Entre la masa y la clase ¿qué público hay que elegir?	35
En los orígenes de los estudios culturales: los padres fundadores	36
Hoggart: la cotidianidad de la <i>working class</i>	36
[<i>Pandaemonium</i> : el imaginario técnico]	37
Williams y Thompson: una historia material de la cultura	38
[Richard Hoggart (1918-)]	39
El anclaje social de una empresa político-intelectual	42
Marginalidades y solidaridades	44
2. Los años Birmingham (1964-1980): la primavera de los estudios culturales	47
La invención de los estudios culturales	48
El CCCS	48
[Stuart Hall]	50
Reconsideración de las sociabilidades y de las culturas populares	52
[«Subculturas» y significado de los estilos de vida]	54
Expansión y coherencia de las problemáticas	56
La mancha de aceite de lo cultural	56
Género y «raza»: nuevas alteridades	57
Los refractarios: pasado/presente	58
Las circulaciones de la teoría	61
Dominaciones y resistencias	61
La teoría como objeto de importación	63
[Superar el marxismo... ¿con el marxismo?]	65
Hipotecas y aciertos	68
Un distanciamiento costoso para la sociología	68
¿Ahorrarse la economía?	69
[Legitimismo, populismo y miserabilismo]	70
Materialismo cultural y tropismo textual	72

[<i>Policing the Crisis</i> . Las ambivalencias de una investigación de referencia]	74
La ecuación de la fecundidad	76
3. Las ambivalencias de los campos de estudio de la recepción	79
¿Giro o reescritura de la historia?	79
El hilo etnográfico de los estudios culturales	79
Comprender la recepción de los medios	81
Giro epistemológico, giro político	82
¿Hacia la sociedad posfordista?	82
[Los estudios de la recepción televisual: un paisaje diversificado]	83
La erosión de las identidades	87
[Estudios feministas y medios]	88
Relevos y revisiones	93
Giros generacionales	93
[¿Hacia el fin de la polarización de las identidades?]	95
Las derivas de la relación sin complejo con el medio	96
Convergencias	98
Tratados de paz	98
[Michel de Certeau y los estudios culturales]	100
Reajustar los balances autocomplacientes	101
[«Usos y gratificaciones»]	102
4. Internacionalización y crisis de los estudios culturales	107
El <i>big-bang</i>	108
La revancha de los <i>polytechnics</i>	108
Las condiciones sociales de una difusión	108
La aceleración de los años noventa	110
[Los departamentos universitarios de inglés y la mundialización de los estudios culturales]	113
Las «excepciones culturales»	114
Asincronías	114
Francia, alumna recalcitrante	116

Los <i>Estudios Culturales</i> : una contribución propia de Latinoamérica	118
De los <i>Cultural Studies</i> a los <i>Estudios Culturales Latinoamericanos</i>	120
La expansión temática	122
¡Siempre más lejos!	122
¡Siempre más arriba!	124
[La inflación de las revistas]	125
El desligamiento del compromiso de los investigadores	126
La política en levitación	126
El teoricismo elegante e impactante como sucedáneo de compromiso	129
El <i>crac</i> rampante	131
Metadiscurso y deriva «textualista»	131
[El asunto Sokal- <i>Social Text</i>]	132
El efecto Babel	135
5. Las condiciones de una renovación	137
¿Cuál ha sido el legado de los años de expansión?	138
Una década de «ciencia normal»	138
La profundización de los estudios de recepción	139
Los estudios poscoloniales: cuestionar el <i>logos</i> occidental	141
Cuestionar las mitologías de la era global	143
Lógicas de simplificación	143
El consumidor rey, héroe de la posmodernidad	147
Las pequeñas historias	148
[¿Madonna-logía?]	151
Explorar nuevas interdisciplinaridades	152
Inmigraciones, diásporas, mixtos culturales	152
[El multiculturalismo como ideología]	155
La geografía cultural como apertura	156
Conclusión	159
Bibliografía	163
Índice de nombres	173

Introducción

La noción de cultura es una de las que, dentro de las ciencias sociales, han suscitado los trabajos más abundantes y también los más contradictorios. El término tan pronto puede referirse a un panteón de grandes obras «legítimas» como adquirir un sentido más antropológico, para englobar las formas de vivir, sentir y pensar propias de un grupo social (Cuche, 1996).¹ *La Gioconda* y la sociabilidad que se apodera de los asistentes a un partido de fútbol servirían para ilustrar esos dos polos. La idea de una cultura «legítima» también implica una segunda oposición, esta vez entre las obras consagradas y aquellas que pertenecen a la denominada «cultura de masas», producida por las «industrias culturales». Proust frente a Mary Higgins Clark, Shostakovich frente a las canciones de Michael Jackson.

1. Las referencias entre paréntesis remiten a la bibliografía que figura al final de la obra [los números de página indicados son los de los originales consultados por los autores, no los de las obras traducidas, en su caso, al castellano (*N. del t.*)].

La forma de reflexionar sobre las culturas, de articularlas, también es tributaria de las tradiciones nacionales. América Latina ha prestado mucha atención a las mediaciones entre culturas populares y producción cultural de masas. Mencionado a veces como «Estado cultural», el Estado francés ha desempeñado, desde hace siglos, un papel destacado en el desarrollo y la difusión de una cultura erudita, mediante la escuela, las academias e, incluso, la televisión durante los años sesenta. Literatura y filosofía se han beneficiado de una preeminencia simbolizada por la figura del «autor». La importancia que esta cultura erudita tiene para la constitución misma de la identidad francesa explica en cierta medida la defensa de la «excepción cultural» a cargo de los gobiernos franceses en los debates de la Organización Mundial del Comercio, lo mismo que la vieja aversión de los intelectuales franceses a la hora de emprender un estudio serio de los productos de la cultura «de masas».

La audiencia y el prestigio de estas tradiciones nacionales están muy contrastados. Francia se ha propuesto convertir su cultura científica y los trabajos que sustentan su teoría en una contribución con valor universal. La aportación alemana también ha tenido una amplia difusión, ya se trate de Humboldt o de Herder, en el siglo XIX, o de la Escuela de Frankfurt, en el siglo XX. En Italia, el pensamiento gramsciano sobre la construcción de la hegemonía ha ayudado a reconfigurar los análisis del vínculo entre cultura(s) popular(es), pueblo e intelectuales. En el ámbito socioantropológico, también sobresale la precoz aportación de los investigadores norteamericanos, desde Margaret Mead hasta Clifford Geertz, a través de la Escuela de Chicago. En Francia, curiosamente, aunque la contribución británica a la producción de obras de cultura legítima goza de un amplio reconocimiento, las reflexiones procedentes del Reino Unido y relativas al estatuto de la cultura y a su significado son mayoritariamente desconocidas. Esta ignorancia, en el umbral del siglo XXI, resulta paradójica toda vez que una tradición reciente, consagrada con el marchamo de *Cultural Studies* (estudios culturales), inspira en casi todo el plane-

ta un flujo sin igual de trabajos y de teorías sobre el estatuto contemporáneo de la cultura.

LAS METAMORFOSIS DE UNA CORRIENTE DE INVESTIGACIÓN

¿Qué hay detrás de este marchamo? Tiene sus antecedentes en el siglo XIX. Generalmente asociada a un pragmatismo alérgico a los esquemas teóricos, la Inglaterra industrial, no obstante, pudo observar entonces cómo se desarrollaba un original debate sobre la cultura, entendida como instrumento de reorganización de una sociedad trastornada por el maquinismo, y de «civilización» de los grupos sociales emergentes, como argamasa de una conciencia nacional. Ese debate, que encuentra entonces su equivalente en el mundo intelectual de la mayoría de los países de Europa, será el origen, al término de la Segunda Guerra Mundial, de una empresa original. La aparición de los estudios culturales puede calificarse entonces de paradigma, de debate teórico coherente. Se trata de considerar la cultura en sentido amplio, antropológico, de pasar de una reflexión centrada en el vínculo cultura-nación a un enfoque de la cultura de los grupos sociales. Aunque permanece sujeta a una dimensión política, el meollo de la cuestión consiste entonces en comprender de qué manera la cultura de un grupo, y sobre todo la de las clases populares, funciona como rechazo del orden social o, a la inversa, como forma de adhesión a las relaciones de poder.

Los años setenta verán la expansión de estas temáticas. La Escuela de Birmingham explora las culturas jóvenes y obreras, los contenidos y la recepción de los medios. Algunos historiadores exhuman las manifestaciones de múltiples resistencias populares. Estas investigaciones tienen un carácter especialmente precursor toda vez que aún habrá que esperar unos veinte años para que surja en Francia, gracias a la iniciativa de algunos investigadores como Marc Augé, una «antropología de los mundos contemporáneos» (1994) que se aventura por el metro, los parques de atracciones, los aeropuertos,

los «no lugares». Esta antropología recupera para las llamadas sociedades complejas las herramientas de observación de las culturas reservadas hasta entonces para las sociedades «primitivas».

Lo que al principio no era más que un foco marginal de investigación, entre el mundo universitario y las redes de la nueva izquierda británica, experimentará a partir de 1980 una expansión considerable. Los trabajos se extienden gradualmente a los factores culturales relativos al «género», a la «etnicidad» y al conjunto de las prácticas consumistas. Adquieren una notoriedad planetaria. Pero esta expansión viene acompañada de rupturas. Los rebeldes de ayer ocupan parcelas de poder en el mundo académico. Deudora del marxismo, su inspiración teórica ha de hacer frente a la devaluación de este enfoque y enfrentarse al auge de nuevas ideologías y teorías, a los efectos de los cambios sociales; es decir, a la revalorización del sujeto, a la rehabilitación de los placeres ligados al consumo de medios, al ascenso de las visiones neoliberales, a la aceleración de la circulación mundial de bienes culturales. Aunque los estudios culturales siguen siendo un paradigma, éste ya no es el mismo de los orígenes. A partir de entonces ponen de relieve la capacidad crítica de los consumidores, cuestionan nuevamente el papel central de la clase social como factor explicativo, con el fin de reevaluar los de la edad, el género o las identidades étnicas.

Impulsados por la dinámica del éxito alcanzado, que se refleja, concretamente, en una inflación de revistas, libros y manuales, así como en la creación, en un creciente número de países, de departamentos de estudios culturales, sufrirán nuevas variaciones. Éstas se traducen en la incesante expansión de su territorio, que abarca temas tratados hasta entonces por diversas ciencias sociales y humanas, tales como consumo, moda, identidades sexuales, museos, turismo o literatura. En lo sucesivo, los partidarios más radicales de estas investigaciones reivindicarán el estatuto de una «antidisciplina». El término señala el rechazo de los fraccionamientos disciplinares y de las especializaciones, la voluntad de combinar las aportacio-

nes y los cuestionamientos resultantes de conocimientos híbridos, la convicción de que la mayoría de los retos del mundo contemporáneo ganan al ser cuestionados a través del prisma de lo cultural. La iniciativa tiene el mérito de alterar los efectos de encerramiento ligados a la hiperespecialización. Sin embargo, plantea algunos interrogantes. La palabra disciplina también significa seriedad, control, respeto de las reglas. ¿Cómo recusar las disciplinas —en su acepción de especialidades— sin liberarse simultáneamente de la disciplina —en su acepción de rigor en el trabajo y en los métodos— que puede ser su cara positiva?

PENSAR EN LO CULTURAL

Se impone, pues, un enfoque cronológico por la propia naturaleza de un campo de investigación caracterizado por sus mutaciones: vaivenes en los cuestionamientos, institucionalización en el mundo académico, expansión planetaria. Esta «introducción» apunta hacia cuatro objetivos.

El primero es el de restituir trabajos y debates. De rebote, se trata de poner fin a un provincialismo francés que hace fruncir el entrecejo ante la mera enunciación del misterioso término de estudios culturales. Si bien los trabajos procedentes de esta joven tradición han de ser debatidos, objetados a veces, su desconocimiento resulta chocante, tanto en razón de sus aportaciones como por el hecho de que constituyen el soporte de una parte esencial de los debates científicos contemporáneos sobre la cultura.

Esta obra también se propone introducir dos cuestionamientos que se refieren a todas las ciencias sociales. Pretende recordar que un compromiso crítico de los investigadores —si se somete a los controles organizados de una comunidad científica— no es una concesión a una visión anticuada del intelectual comprometido, ni tampoco un obstáculo al conocimiento, pero puede constituir el motor de una comprensión de los hechos sociales. En una época en la que investigadores e

intelectuales son invitados a comportarse como expertos e ingenieros de lo social, en respuesta a las demandas de los poderes, en la que un empirismo instrumental se aprestaría a descalificar los planteamientos sobre las condiciones de producción del saber, una lectura genealógica no puede sino reintroducir cuestiones esenciales.

Esta deconstrucción de un legado de investigación abre el camino a un último objetivo: comprender las metamorfosis de la noción de cultura en el último medio siglo, replantear tanto los modos de funcionamiento de la cultura en la era de la mundialización como los riesgos de una visión de la sociedad reducida a un calidoscopio de flujos culturales, hasta olvidar que nuestras sociedades también se rigen mediante relaciones económicas y políticas, un almacén social que no se reduce a las series televisadas de éxito ni al impacto de los *reality shows*.

1. La crítica cultural de la sociedad burguesa

En el transcurso del siglo XIX, hace su aparición en Gran Bretaña una tradición de pensamiento conocida con el nombre de «Culture and Society» y difundida por las figuras intelectuales del humanismo romántico. Más allá de sus diferencias ideológicas, comparten la denuncia de los estragos de la «vida mecanizada» bajo los efectos de la «civilización moderna». La identidad nacional se enfrenta entonces al triunfo de una *middle class* que ha descalificado el arte por considerarlo un ornamento no rentable, la pérdida de influencia de la aristocracia hereditaria y la irrupción de las clases populares. El concepto de cultura se convierte en la piedra de toque de una filosofía política y moral. La literatura se convierte en su símbolo y en su transmisor. Se da por supuesto que la frecuentación de las obras podrá modificar el horizonte de sensibilidad de una sociedad encadenada a la ideología del «hecho». Hacia finales de siglo, la creencia en el poder purificador de la «creación imaginaria» para difundir los valores cívicos entre las clases emergentes encuentra su campo de aplicación privile-

giado en la implantación de un ámbito de estudios sobre literatura inglesa: los *English Studies*. Las controversias sobre su contenido y el perfil de los públicos a los que presumiblemente pueden dirigirse acompañarán la lenta gestación de una concepción sociohistórica de la idea de cultura que desembocará en la creación de los *Cultural Studies*.

«Culture and Society» en la Inglaterra del siglo XIX

CARLYLE: EL HOMBRE DE LETRAS COMO HÉROE E INTELLECTUAL DE LA MODERNIDAD

«El Héroe como *hombre de letras* —señala, en 1840, Thomas Carlyle (1795-1881)— es íntegramente un producto de los nuevos tiempos; y mientras subsista el maravilloso arte de la *Escritura*, o de la rápida *Escritura* a la que llamamos *Imprenta*, puede que veamos que ese héroe perdura como una de las principales formas de Heroísmo para todas las edades futuras». Persuadido de que la historia universal consiste esencialmente en las biografías reunidas de los héroes, de que es el resultado material de los pensamientos de los grandes hombres, Carlyle no cesa en buscar la categoría de hombres providenciales aptos para recrear una «nueva alma del mundo» con el fin de detener la crisis de civilización precipitada por la marcha forzada hacia una industrialización precoz.

Una nación de héroes es una nación que cree, que está animada por una religión. Pero no una religión que anuncia el glorioso regreso de un nuevo Cristo, sino un cuerpo de creencias cotidianas para los tiempos presentes. «El que puede escribir un verdadero libro, para persuadir a Inglaterra, ¿acaso no es él el obispo y arzobispo, el primado de Inglaterra, de toda Inglaterra? Los escritores de periódicos, de panfletos, de poemas, de libros, éstos *son* la real, activa, efectiva Iglesia de un país moderno» (Carlyle, 1910, pág. 148). La imprenta es el equivalente de la democracia; la literatura, el nuevo parlamento. A los tres estamentos, nobleza, clero y pueblo, conviene

añadirles un cuarto, con mucho el más importante de todos, la galería de los hombres de letras. Sólo la fuerza vital de estos desconocidos legisladores de la humanidad es capaz de reinsertar la sociedad dentro de la vitalidad natural, de frenar los mecanismos de la Máquina-mundo, de lograr la convergencia de los «filamentos orgánicos» del «universal tejido del mundo» al acelerar la «circulación venosa y arterial» de un universo solidario, vívida expresión de una «nueva comunión de los santos». Lo cual no impide que Carlyle pregone su escepticismo respecto de grupos, comités y otras formas de «asociación universal», celebre el Estado fuerte que, bajo la égida de un jefe, pondría la sociedad a trabajar, y se convierta, sesenta años antes que Rudyard Kipling, en el heraldo de una raza sajona predestinada, así como del entusiasmo imperialista.

PATRIMONIO LITERARIO Y ROMANTICISMO

Habrà que esperar al transcurso del siglo XIX para que el desarrollo de una masa crítica de textos en lengua nacional le otorgue al término literatura su moderna acepción y para asistir al mismo tiempo a una redefinición nacional de los universos literarios. Las literaturas nacionales ponen en juego mitos y emociones en beneficio de los procesos de constitución y reactivación de las identidades nacionales (Thiesse, 1999). La noción de «clásico nacional» establece la referencia de la legitimidad literaria, en virtud de lo cual se reconoce *la* literatura. Indisolublemente unido al destino de la lengua, el «capital literario», conjunto de textos inventariados como nacionales e incorporados a una historia nacional, se convierte en recurso del espacio político (Casanova, 1999).

Nacionalista, el siglo XIX es, simultáneamente, el de una internacional del sentimiento y de la intensidad. El valor literario se convierte en el reto de los intercambios y de las correlaciones de fuerza entre las culturas. Carlyle extrae sus referencias entre los escritores y filósofos románticos de una Alemania en busca siempre de su identidad y que, por boca de

Goethe, sitúa la cuestión del espacio literario de la nación en el contexto competitivo de una *Weltliteratur*. Goethe y Fichte aparecen como parangón del moderno hombre de letras. La filosofía de la historia de la que se reclama el escritor inglés es un calco de la filosofía trascendentalista de Fichte. De éste toma prestada la noción de «Idea divina del mundo» desarrollada muy a comienzos de siglo en la lección «Sobre la naturaleza del hombre de letras» (*Über das Wesen des Gelehrten*). Todo lo que vemos o hacemos no es más que una suerte de vestidura (*vesture*) o apariencia sensible (*sensuous appearance*) bajo la cual se manifiesta la Idea divina. Intérprete designado para revelar y representar la moderna «Idea divina del mundo», el hombre de letras tiene encomendada una misión de «predicador». Mediante su palabra y sus actos, asume el relevo con la función de «despertador» que en épocas precedentes era de la incumbencia del profeta, del sacerdote y de la divinidad. Esta «aristocracia del talento» ilustra al hombre ahogado en la masa, ajeno al hecho de la subterránea realidad de esta Idea divina. Porque «heroarquía» rima con jerarquía, mando con obediencia.

El reverso de la fascinación de Carlyle por el «espíritu germánico» es su prejuicio respecto al «espíritu francés» y su «culto de la lógica». El *pathos* frente al *logos*, lo vivido frente a lo concebido: las dos direcciones antagónicas del pensamiento alemán y de la Revolución francesa reparten el espacio de la literatura y de la filosofía entre quienes lo relacionan todo con un gran principio organizador y quienes invitan a una visión contradictoria del mundo. El pensamiento excesivamente claro, lanza Carlyle, anula cualquier forma de actividad espontánea y reprime la expresión de las órdenes ciegas e instintivas de la vida. El movimiento de nacionalización de la cultura en Inglaterra (pero también en Alemania, toda vez que ambas tradiciones se apoyan mutuamente) se opone abiertamente a la influencia del universalismo de Francia y a la supremacía de su lengua. Ese rasgo deja entrever de forma más precisa el envite estratégico que, para la sociedad inglesa, representa la *self-national definition* del espacio literario.

El antiindustrialismo y la crítica del vínculo mercantil

La soberanía otorgada por el humanismo romántico a la imaginación creadora en respuesta a las lógicas de la revolución industrial está en el origen de lo que algunos de sus críticos han convenido en llamar la «ideología inglesa» (Robins y Webster, 1987). Una ideología cuyo efecto fue el de «tender un cordón sanitario cultural alrededor de las fuerzas del desarrollo económico —tecnología, industria, comercio» (Wiener, 1985). Otros, a este respecto, han preferido hablar de «mal inglés» en el que han visto una de las causas de la recurrente separación entre las «dos culturas»: la del «hombre de letras», figura tutelar del intelectual, y la de los representantes de las disciplinas científicas ligadas al proceso industrial (Snow, 1960).

Así fustiga Carlyle la triunfante doctrina del libre-cambio comercial, defendida por los *free-traders*, agrupados en la Liga de Manchester. Denuncia a las dos principales fuerzas desencadenadas por sus ideólogos: el culto al Becerro de oro y el «diletantismo de doble filo»; por un lado los capitanes de industria cuyo evangelio es el beneficio y, por otro, la aristocracia ociosa y absentista de los grandes latifundistas que hacen pasar hambre al pueblo. El principio del «individualismo ilustrado» tan grato para Adam Smith (1723-1790) y la Ilustración escocesa se ha disuelto en la lógica de la ley de la oferta y la demanda. Sólo subsiste el *cash nexus*, «el pago en especie como único vínculo entre un hombre y sus semejantes». Los hombres han perdido su fe en lo invisible y trabajan en lo visible. Ha triunfado la «concepción mecánica del mundo». El universo es la imagen de «una máquina de vapor, una mecánica sin vida, que no funciona sino con mecanismos, pesas y contrapesos» (Carlyle, 1910, pág. 155). El materialismo

pudo con la vieja «sociedad orgánica», cuya moral solidaria ilustra Carlyle en *Past and Present* (1843), al establecer el paralelismo entre la vida idealizada de la comunidad monástica de San Edmundsbury en el siglo XII y las plagas del sistema industrial. El título de la edición francesa de esta obra expresa claramente la nostalgia: *Catedrales de antaño y fábricas de hogaño*. El dilema comunidad/sociedad formulado en Alemania (1887) por Tönnies reaparecerá unos cuarenta años más tarde entre los fundamentos de los primeros debates sociológicos sobre la naturaleza de la sociedad de masas.

Surge un nuevo sentido común que avala la filosofía utilitarista de Jeremy Bentham (1748-1832), esa doctrina que reduce la noción de lo justo a la de lo útil y convierte el interés bien entendido de cada uno en el principio del derecho y de la moral, en el criterio de la mayor felicidad. A través de la crítica del «benthamismo» y de sus seguidores, encabezados por John Stuart Mill (1806-1873), Carlyle pone en entredicho su verdadera fuente: el racionalismo y el jacobinismo de los revolucionarios de 1789, culpables de haber ocultado con sus esquemas geométricos el bullicio de las diversidades culturales labradas por la historia.

El jacobinismo y el racionalismo constituyen también la doctrina de la industrialización formulada por el sansimonismo en una Francia que, paradójicamente, a diferencia de Inglaterra, siempre está en busca de su porvenir industrial. Carlyle es el traductor de la obra de Claude Henri de Saint-Simon (1760-1825), *El nuevo cristianismo*, y mantiene intercambios epistolares con sus discípulos. A propósito de sus tesis, en *Past and Present*, hace suya la opinión de Goethe: «El jacobinismo, al revelarse como sansimonismo, presagia muchas cosas buenas: pero la cosa en sí provocaría lágrimas en un estoico». En lo esencial, todo los separa. Carlyle mira el futuro por el retrovisor. Saint-Simon sostiene que la edad de oro está por llegar. Carlyle erige a los

hombres de letras en garantes del retorno a la sociedad orgánica. Saint-Simon pone en la picota a los «literatos», cuyo «pensamiento negativo», en 1789, no logró sacar a la sociedad francesa de su estado crítico. Convierte, pues, la alianza entre industriales y científicos, portadores del pensamiento positivo, en la condición misma de la estrategia industrialista para la salida de la crisis de la organicidad social. Postula que la historia no puede seguir siendo una de las ramas de la literatura y debe abrir paso a una historia científica en la que la economía política se definirá como la «ciencia propia de la industria».

ARNOLD: LA CULTURA COMO SERVICIO PÚBLICO

La concepción voluntarista de la salvación mediante la cultura, y más concretamente el texto, se formaliza en la era victoriana con Matthew Arnold (1822-1888), inventor de una filosofía de la educación. Crítico literario a la vez que crítico social, ausculta el *ethos* de las nuevas clases ascendentes. Autor de numerosos ensayos sobre la igualdad, la democracia, la función de la crítica de la vida pública, destaca sobre todo por su obra, publicada en 1869, *Culture and Anarchy: An Essay in Political and Social Critique*. Mientras que sus contemporáneos Marx y Engels interpretaron las taras de la revolución industrial y el advenimiento del «mercado-universo», bajo la égida del capitalismo que rompe los grilletes del orden antiguo y libera las «fuerzas productivas», como el reverso de un orden nuevo que abre perspectivas inéditas al proyecto universalista de revolución social, Arnold, que sigue las huellas de Carlyle, razona en términos de «anarquía», «desorden» y desintegración de la «totalidad orgánica». No por ello comparte Arnold la devoción de su predecesor por el idealismo alemán. Galófilo, no oculta su admiración por los logros de la Revolución: la participación de la intelectualidad francesa en

la vida de la ciudad y el papel central del Estado, inteligencia colectiva que trasciende las voluntades individuales y garantiza la idea «pública» y «nacional». Se interesa sobre todo por el sistema de educación elemental francés, desarrollado por Guizot. Inspector de las escuelas durante treinta y cinco años y, además, profesor de poesía en Oxford, en 1859 emprende un viaje de estudios de cinco meses de duración por el continente, que dará lugar, dos años más tarde, a un informe publicado con el título de *The Popular Education in France*.

Este informe es un alegato para que el poder público instaure un sistema nacional de educación, obligatorio, universal y sin vínculos con grupos religiosos. Al poner como ejemplo la experiencia francesa, Arnold intenta demostrar la necesaria alianza entre un «Estado racional y activo» y las instituciones democráticas. Frente a los economistas liberales, Stuart Mill entre otros, que anteponen el riesgo del dominio del Leviatán estatal a la formación de las conciencias, sostiene que las escuelas públicas son las únicas que pueden dar la «mejor cultura de la nación», la que enseña la nobleza de los sentimientos y del espíritu. A falta de tal política, advierte de que Inglaterra correría el riesgo de «americanizarse», de verse privada de una «inteligencia general», según la expresión de Ernest Renan. Pasaría por alto las «cosas del espíritu», la «cultura» y la «totalidad», y dejaría así el campo libre a la religión sectaria del puritanismo. En una palabra, permitiría que la «mentalidad mecanizada» de la clase media impregnase el conjunto del cuerpo social.

LA CULTURA PARA CIVILIZAR

La antigua Inglaterra orgánica que Arnold pone por las nubes es la sociedad isabelina y su principal figura, Shakespeare. Este referente refuerza su fe en el poder humanizador de la alta literatura para instilar «el espíritu de sociedad» (Voltaire) en las nuevas capas sociales. La diana de *Culture and Anarchy* es la *middle class*, a la que califica de «filistea», que confunde

«grandeza» con «riqueza». Su comportamiento no acredita sino tosquedad: su forma de vida, sus costumbres, sus modales, su tono de voz, la literatura que lee, las cosas que le son placenteras, las palabras que salen de su boca, los pensamientos que alimentan las mentes. Beocia y utilitarista, es incapaz de definirse como referente cultural, autoaislada como lo está en su carrera por la hegemonía comercial. Fascinados por la «maquinaria» erigida como un fin en sí misma, los «filisteos» son, a la vez, los enemigos del universo de las ideas y del principio de la intervención del Estado (especialmente en lo que se refiere al sistema educativo). La prioridad debería consistir en «cultivarlos», es decir, «helenizarlos». Como el filisteísmo corre parejo a la obtusa mentalidad pueblerina, la educación literaria debería inyectar en esa clase un espíritu cosmopolita, es decir, exponerla a las ideas y a las perspectivas europeas. Porque si bien la revolución industrial de finales del siglo XVIII ha consagrado su ascenso social, ésta se ha venido preparando desde el siglo XVII. En el preciso momento en que se inicia el divorcio entre Inglaterra y el *mainstream* de la vida cultural del continente, al mismo tiempo que la crisis de su espacio literario.

Por los valores culturales y las normas estéticas e intelectuales de los que son portadoras, las grandes obras artísticas y literarias son «hijas de la luz». «Los hombres de cultura son los verdaderos apóstoles de la igualdad. Los grandes hombres de cultura son los que se apasionan por la difusión, para que prevalezcan, para que, de un extremo a otro de la sociedad, se propaguen el mejor conocimiento, las mejores ideas de nuestro tiempo; los que han trabajado para despojar a ese saber de todo lo que era áspero, zafio, difícil, abstracto, profesional, exclusivo; para humanizarlo, para que resulte eficaz más allá de la camarilla de gente culta y erudita, sin que por ello deje de ser el *mejor* conocimiento y el mejor pensamiento de la época, y, desde entonces, una verdadera fuente de templanza y de luz» (Arnold, 1993, pág. 79). Suavizar las costumbres es lo que sugiere el título del capítulo central de *Culture and Anarchy*: «Sweetness and Light», esos criterios de la civilización y

de la perfecta belleza legados por los griegos y por el helenismo. «La cultura, que es el estudio de la perfección, nos lleva a concebir la verdadera perfección humana como una perfección *armoniosa*, que desarrolla todos los aspectos de nuestra humanidad; y como una perfección *general*, que desarrolla todas las partes de la sociedad» (*ibid*, pág. 192).

Pacificar e integrar. Este mensaje se dirige a la clase obrera o «populacho». El historiador Jules Michelet, al que Arnold conoció durante su estancia en Francia, le decía que «el pueblo francés era una nación de bárbaros civilizados gracias al reclutamiento masivo». «Nuestras masas —comenta Arnold—, son tan zafias e incultas como lo eran las masas francesas» (*ibid*, pág. 84). A falta de servicio militar obligatorio en Inglaterra, la escuela es la que debería servirles para el aprendizaje de la disciplina y del sentido del «espíritu público». Como observa irónicamente Terry Eagleton, teórico de los estudios literarios y culturales, «si a las masas no se les tira alguna novela a la cabeza, corremos el riesgo de que nos lancen algunos adoquines» (Eagleton, 1994, pág. 24). Resulta significativo que la institucionalización de los programas de enseñanza de esta literatura humanizadora comienza, a finales del siglo XIX, por las escuelas técnicas, los centros de formación profesional y los cursos de educación permanente para adultos impartidos por las universidades. Ignorado por las altas instancias de la élite académica de Oxford y de Cambridge, que se decantan por la filología clásica, el estudio de la literatura inglesa hace pues su entrada por la puerta trasera.

LA POLÍTICA DE LA «ANGLITUD»

Antes que en la metrópoli, se experimentó en el banco de pruebas colonial. A partir de 1813, los estudios literarios ingleses estructuran una estrategia de *containment* de los colonizados en una parte del imperio, como es el caso de la India. A través de aquellos se construye y se propaga la representación de un tipo inglés ideal, un ejemplo moral, contrapunto de

la imagen negativa que los autóctonos podían tener del ocupante al observar en directo sus hechos y gestos. La política de la «anglitud» (*Englishness*) se adelanta a la política del «orientalismo», esa estrategia de integración basada en la incorporación de elementos de la «cultura india» que la administración colonial se había inventado hacia finales del siglo XVIII para facilitar la indigenización de sus dirigentes (Viswanathan, 1990). El antecedente de este laboratorio pedagógico hace que un historiador de los estudios culturales llegue a decir que se trata de la «metáfora colonial» que mejor expresa la «colonización interior» de las clases populares de la metrópoli por parte de los *English Studies*, dada la pregnancia, un siglo más tarde, del vocabulario misionero y civilizador con motivo de su reimportación (Steele, 1997).

Los editores, por su parte, no aguardaron la entrada en las aulas de los *English Studies* para aventurarse por el mercado de la «nacionalización de la literatura». De ello se encargaron, durante la segunda mitad del siglo XIX, unas antologías destinadas al gran público, como *English Men of Letters*, apoyadas por el *Oxford English Dictionary*, para el que la celebración del «genius of the English language» era una cuestión de honor (Collini, 1991).

De estos característicos debates del siglo XIX inglés cabe destacar tres aspectos: el primero hace referencia a la centralidad de una reflexión relativa al impacto de la revolución industrial en la cultura nacional, a las amenazas que representaría tanto para la cohesión social como para la preservación de una vida intelectual y de unas creaciones no sometidas al frío cálculo utilitarista que Dickens simboliza en el Gradgrind de *Tiempos difíciles*. El segundo se refiere a la responsabilidad que, más allá de sus contradicciones, los autores aquí evocados atribuyen a los intelectuales, productores o difusores culturales en cuanto despertadores y educadores, vestales de una cultura nacional. Un tercer aspecto tiene que ver con las contradicciones de esta referencia a lo cultural y a sus retos de poder. Incluso entre los más conservadores se observa una forma de sensibilidad moderna, antropológica, hacia lo cultural, que

Morris: una estética para una nueva sociedad posible

William Morris (1834-1896) establece la relación entre el humanismo romántico y la causa de la clase obrera, que abraza a comienzos de la década de 1880, al convertirse en cofundador de la Socialist League, ala izquierda del socialismo británico, y redactor jefe de su semanario *Commonweal*. Morris es arquitecto y artista. Durante su juventud estuvo vinculado a la «Pre-Raphaelite Brotherhood», pequeño círculo de jóvenes artistas pintores en rebeldía frente al arte académico. Posteriormente constituyó una empresa de decoración cuyos trabajos anticipan el «modern style». Creó una editorial y se interesó por las artes tipográficas. No deja de denunciar la «civilización moderna» y la «esclavitud de la división del trabajo». «Reflexionad a fondo en todo esto», le espetó a su auditorio en un barrio popular de Manchester durante una conferencia pronunciada en noviembre de 1894 sobre la «era del sucedáneo» (*makeshift*), «mientras que la casa de un obrero siga siendo fea, no tiene sentido querer hermosos cuadros» (Morris, 1996, pág. 132). Poco tiempo después de su conversión socialista, publica un relato utópico, que se edita primero como folletín en 1884 y, seis años más tarde, como libro con el título de *News from Nowhere* (1891). Describe una sociedad que ha resuelto la contradicción entre la ciudad y el campo. La tentacular metrópoli londinense ha dado paso a un modo de implantación disperso en una multiplicidad de puntos. El arte y la belleza están en el poder.

Morris considera que la arquitectura es la «madre de todas las artes y, por otra parte, que es el arte que las contiene a todas» (Morris, 1996, pág. 96). La revuelta romántica adquiere para él las formas de una revuelta contra las artes visuales y arquitecturales maltratadas por el

caos industrial. Se sitúa en la línea de Augustus W. N. Pugin (1812-1852), uno de los primeros en poner en entredicho la decadencia de la antigua unidad orgánica de la ciudad. En un libro titulado *Contrasts* (1836), auténtico manifiesto en pro del retorno a la arquitectura gótica, este arquitecto (que ha participado concretamente en el diseño de la abadía de Westminster) había comparado una ciudad católica en la Edad Media con la misma en 1840.

Los edificios religiosos contrastaban con la fábrica de gas, el manicomio, la cárcel y el vestíbulo de la exposición científica. El pensamiento fluctuante y contradictorio del teórico del arte John Ruskin (1818-1900) también ha sido determinante para la formación de la concepción artística de Morris.

La antigua nostalgia gótica de Morris, no obstante, cambia de sentido con su toma de conciencia política al leer las obras de Marx y Engels. Durante quince años, su itinerario político y teórico se inserta dentro de una reflexión sobre la ética y la estética de una «sociedad comunista». Londres entonces es un foco de pensamiento socialista heterodoxo. El período de militancia activa de Morris, en efecto, es contemporáneo de la aparición de un núcleo de reflexión cosmopolita —congregado en torno al geógrafo anarquista ruso Piotr Kropotkin (1842-1921), exilado en Londres— sobre el «postindustrialismo» y el papel de las nuevas técnicas eléctricas de producción y comunicación en la construcción de una sociedad desconcentrada y descentralizada (Mattelart, 1999).

A juicio de los pioneros de los estudios culturales, la visión poética de Morris representa un momento decisivo en la construcción de un pensamiento crítico que se aparta del economicismo que marca la conflictiva historia del movimiento obrero. Para Raymond Williams, que le dedica un capítulo entero en su genealogía *Culture and Society* (1958), su mérito es el de haber superado

el distanciamiento entre visión poética y práctica política. En cuanto a Edward W. Thompson, autor de una voluminosa biografía (1955) de Morris, lo considera como el «mayor diagnosticador de la alienación que jamás haya producido una larga tradición cultural propia de Inglaterra».

integra los estilos de vida, la estética de la cotidianidad. Simultáneamente, las humanidades, y concretamente la literatura nacional, aparecen como las privilegiadas herramientas de civilización y de comprensión del mundo, mientras que las ciencias, la economía o la naciente sociología son observadas con recelo (Lepennies, 1985). Estos tropismos intelectuales perdurarán más allá del siglo.

La consagración académica de los *English Studies*

LEAVIS, O LA SOBERANÍA DEL TEXTO

La entronización de los estudios ingleses en el plan normal de enseñanza de las universidades no se producirá realmente hasta el período de entreguerras. Se aprovechará la experiencia acumulada en la formación de adultos. ¿Es necesaria una pedagogía centrada exclusivamente en el análisis de los textos de la literatura inglesa? ¿O más bien hay que intentar sustraer la enseñanza literaria del aislamiento textual y volver a conectarla con las realidades sociales? Éstos son los términos en los que se plantean los retos intelectuales y políticos subyacentes en la definición de los programas y de los públicos. La corriente que se impone en el escenario académico opta por la primera fórmula. Esta elección se ajusta al informe gubernamental, redactado en 1921 por sir Henry Newbolt, titulado *The Teaching in English in England*, que ha asumido las grandes líneas del pensamiento de Matthew Arnold sobre el «hombre de cultura». En 1935, *Culture and Anarchy*, cuya

circulación, hasta entonces, había estado circunscrita a los círculos informados, será incluso editado para el gran público con el sello de la Universidad de Cambridge. Uno de los discípulos de Arnold crea entonces escuela: Frank Raymond Leavis (1895-1978), hijo de un comerciante de instrumentos musicales, representante por esta circunstancia de la pequeña burguesía que por vez primera accede al *sancta sanctorum* de la aristocracia universitaria de Oxbridge. Su libro *Culture and Environment*, publicado en 1932, en colaboración con Dennis Thompson, se convierte en la biblia de la nueva disciplina. La «lectura metódica» de los «textos verdaderamente ingleses» es el antídoto estético-moral para la contaminación de la lengua ordinaria por la sociedad mercantil.

SCRUTINY Y LA RELACIÓN CON LA «CULTURA DE MASAS»

El contexto político favorece la aparición de un proyecto cultural mesiánico. El choque de la Primera Guerra Mundial subraya la necesidad de un *cultural revival* de la nación inglesa. Para ciertos sectores de la intelectualidad esta restauración cultural resulta aún más urgente toda vez que ronda el espectro de la revolución bolchevique. La «crisis del espíritu» (Valéry), el derrumbamiento de los valores de la alta cultura heredados de la Ilustración y la irrupción de una cultura masiva producida industrialmente, fenómenos todos ellos percibidos en la Europa de la posguerra, adquieren una especial resonancia en una Inglaterra en trance de cederle a Estados Unidos el puesto clave que, en la economía-mundo, desempeñaba desde los comienzos de la revolución industrial.

En 1932, Leavis funda la revista *Scrutiny*. Este órgano del movimiento leavisiano se convierte en la tribuna de una cruzada moral y cultural contra el «embrutecimiento» practicado por los medios y por la publicidad. Para poner coto a la «degeneración de la cultura» *Scrutiny* adopta la «solución idealista» porque le repugna considerar una solución política. Según advierte Terry Eagleton, «la utilización de vuestras lecciones

de literatura inglesa para prevenir a los alumnos contra la fuerza de manipulación de la publicidad o de la pobreza lingüística de la prensa popular es ciertamente una tarea importante, mucho más importante que la de obligarlos a memorizar *La carga de la brigada ligera*... Pero también es posible explicarle a los niños que la publicidad y la prensa popular no existen en sus formas presentes sino por razones de lucro. La cultura de «masas» no es el producto inevitable de la sociedad «industrial», es el fruto de una forma específica de industrialismo que organiza la producción con vistas al beneficio» (Eagleton, 1994, pág. 34).

Con el fin de restablecer los lazos con la «sociedad orgánica», el equipo de *Scrutiny* propone someter la enseñanza y la opinión a la dieta de la «Gran Tradición» de la ficción inglesa. Esta representación de la anglitud exige una elección selectiva de los autores que supuestamente encarnan esta «Gran Tradición», así como un desglose de sus obras. Se selecciona, por ejemplo, a D. H. Lawrence por su crítica de la inhumanidad del capitalismo, pero se silencian sus opciones de extrema derecha respecto de la organización de la democracia. Aparece entonces a la luz del día un dilema que desde Carlyle no ha dejado de influir en la definición del «clásico nacional» y en el establecimiento de las condiciones de ingreso en el panteón del espacio literario de la nación. La publicación de *Scrutiny* se interrumpió en 1953, es decir, un cuarto de siglo antes de la desaparición de Leavis. El humanismo liberal de este defensor de la gran literatura en cuanto portadora de la «salud moral» se ha quitado la careta. Se ha deslizado hacia el rechazo obsesivo de la sociedad técnica, condenada por «cretina y cretinizante» y ha engrosado las filas de la reacción política: «Una gran hostilidad hacia la educación popular, una oposición implacable a la radio de transistores y una profunda desconfianza ante la apertura de la enseñanza superior a estudiantes embrutecidos por la televisión» (Eagleton, 1994, págs. 42-43).

Más allá de las derivas elitistas y nacionalitarias de la ideología leavisiana de la anglitud, una de las realizaciones más duraderas de los *English Studies* del período de entreguerras

es su enfoque de la crítica de los textos literarios. Es uno de los eslabones que permiten establecer una continuidad teórica con los estudios culturales.

ENTRE LA MASA Y LA CLASE ¿QUÉ PÚBLICO HAY QUE ELEGIR?

El predominio académico de la corriente leavisiana no debe ocultar, sin embargo, el debate entablado en la prensa de los formadores que se dedican a la formación de adultos en los ambientes populares (*Highways, Tutor's Bulletin*), respecto a las visiones contradictorias de la pedagogía a adoptar (Steele, 1997). Intervienen autores como Georges Orwell, Harold Laski o Herbert Read. A la hora de elegir el perfil de las enseñanzas, ¿hay que privilegiar a la «masa» o a la «clase»? La primera opción tiene el apoyo de los partidarios de una modernización de la educación popular más estrechamente vinculada al estilo universitario y centrada en las artes y las letras. La otra línea, más próxima a las realidades regionales, valora las tradiciones puritanas del movimiento obrero y milita a favor de un enfoque sociológico, en sentido amplio, apoyándose en la economía, la filosofía y la política e intentando movilizar a las personas más destacadas de la clase obrera y formar a sus dirigentes. El tema de una democracia de trabajadores frente a una aristocracia de personas cultas se suscita de manera recurrente en los debates. Los partidarios de las letras le reprochan a la visión sociológica su ceguera ante las formas mismas de los mensajes y de la cultura.

Más allá de sus contradicciones, Carlyle, Arnold y Leavis comparten un interrogante sobre el papel de la cultura como herramienta de reconstitución de una comunidad, la nación, frente a las fuerzas disolventes del desarrollo capitalista. Los estudios culturales participan en este cuestionamiento, pero, después de Morris, lo sustituyen de forma decisiva por un enfoque a través de las clases populares.

En los orígenes de los estudios culturales: los padres fundadores

HOGGART: LA COTIDIANIDAD DE LA *WORKING CLASS*

La etapa de cristalización que representa el reconocimiento institucional de los estudios culturales durante la década de 1960 sería ininteligible si no se tuviese en cuenta un trabajo de maduración que se inicia unos diez años antes y que puede simbolizarse mediante las figuras de los tres padres fundadores que, de hecho, a semejanza de los mosqueteros de Dumas, son cuatro.

En 1957, Richard Hoggart publica un libro que los investigadores de los estudios culturales considerarán como la base de su campo de estudios: *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with Special References to Publications and Entertainments*, traducido al francés con el menguado título de *La Culture du pauvre*. El autor estudia la influencia de la cultura difundida entre la clase obrera por los modernos medios de comunicación. Después de haber descrito con mucha sutileza etnográfica el paisaje cotidiano de la vida popular, este profesor de literatura inglesa analiza cómo las publicaciones destinadas a este público se integran en este contexto. La idea básica que desarrolla es que se tiende a sobrestimar la influencia de estos productos de la industria cultural en las clases populares. «Nunca hay que olvidar — escribe al concluir su investigación —, que estas influencias culturales ejercen una acción muy lenta sobre la transformación de las actitudes y que a menudo son neutralizadas por fuerzas más antiguas. La gente del pueblo no lleva una vida tan pobre como lo que una lectura, profunda incluso, de su literatura pudiera dar a entender. No es fácil demostrar rigurosamente esta afirmación, pero un contacto continuo con la vida de las clases populares basta para que se tome conciencia de ello. Incluso si las modernas formas de ocio fomentan entre la gente del pueblo actitudes que pueden considerarse nefastas, es cierto que amplios sectores de la vida cotidiana permanecen ajenos a estos cambios» (Hoggart, 1970, pág. 378).

Pandaemonium: el imaginario técnico

El choque de la Primera Guerra Mundial, además de suscitar en Gran Bretaña una movilización en pro de la «restauración cultural» entre los círculos de la intelectualidad conservadora, también provoca otros efectos tales como la ampliación del abanico de teorías y prácticas culturales entre los sectores críticos. Así surge, en los años treinta, el movimiento del cine documental asociado al proyecto antropológico — bautizado «Mass Observation» — de cartografía, mediante palabras e imágenes, del *popular feeling* en la vida cotidiana.

Bien es cierto que a la hora de hacer balance de estas iniciativas ancladas en una tradición romántica revisitada, no hay unanimidad, ni mucho menos, entre los historiadores británicos de la cultura y del cine (Pickering y Chaney, 1986). Quedan los interrogantes que no han dejado de plantear respecto de las formas de conceptualizar la cultura popular, el tejido íntimo del imaginario y del «mundo real» así como los métodos de observación etnológica empleados. También queda la magistral tarea de una de las principales figuras de este movimiento, marcada por el surrealismo. Humphrey Jennings (1907-1950), autor de *Pandaemonium*, una obra que, a partir de los textos más diversos, cartas, trabajos, artículos de revistas o periódicos, construye la historia imaginaria de la Revolución industrial entre 1660 y 1886, o, como indica el subtítulo, «la llegada de la máquina vista por los observadores contemporáneos». «Para Jennings, lo mismo que para Morris, las lecciones de la historia no inspiran nostalgia ni reacción (a diferencia de muchos de los partidarios de la tradición “Culture and Society”), sino la conciencia del “poder que viene” y de las posibilidades de creatividad e innovación política e imaginaria» (Robins y Webster, 1987, pág. 40). La empresa de Jennings es prácticamente contemporánea del

proyecto inacabado de Walter Benjamin de construir una filosofía material de la historia del siglo XIX, cuyos fragmentos quedarán recogidos en el *Libro de los pasajes: París, capital del siglo XIX*.

La llegada de numerosos intelectuales emigrados que huyen del nazismo, tales como Karl Mannheim, Karl Polanyi, Arnold Hauser o Norbert Elias, contribuirá a sentar una visión positiva de las ciencias sociales e influirá profundamente en la formación de una «sociología de la cultura» y de una «ciencia de la sociedad».

La atención prestada a los receptores que desprenden los análisis de Hoggart no impide que sus hipótesis estén profundamente marcadas por la desconfianza hacia la industrialización de la cultura. La idea misma de resistencia de las clases populares que subyace en el enfoque de sus prácticas culturales se basa en esta creencia. Los juicios de valor de los que advierte a su lector se reflejan en el empleo de términos antinómicos tales como «sano», «decente», «serio» y «positivo» por un lado, y «hueco», «debilitante», «trivial» y «negativo» por otro.

WILLIAMS Y THOMPSON: UNA HISTORIA MATERIAL DE LA CULTURA

La idea de resistencia al orden cultural industrial es sustancial a la multiplicidad de objetos de investigación que caracterizarán los ámbitos explorados por los estudios culturales durante más de dos décadas. Hace referencia a la convicción de que es imposible abstraer la «cultura» de las relaciones de poder y de las estrategias de cambio social. Este axioma compartido explica por otra parte la influencia ejercida en el movimiento por los trabajos de inspiración marxista de otros dos *founding fathers* británicos, que habían renegado de las teorías mecanicistas: Raymond Williams (1921-1988) y Edward P. Thompson (1924-1993), vinculados ambos a la formación de

Richard Hoggart (1918-)

Cualquier esbozo biográfico de Hoggart tiene que hacer referencia a *La Culture du pauvre*, que es una descripción del universo obrero en el que se desarrolla su infancia. Al término de la Segunda Guerra Mundial, durante la que es llamado a filas y participa en la campaña de Italia, Hoggart se incorpora al mundo de la enseñanza a través de un circuito que, como ocurre con Williams o Thompson, no es tributario de Oxford ni de Cambridge. Al principio enseña en el departamento *extra-mural* de la universidad de Hull, trabaja durante cinco años en el seno de las estructuras de formación para adultos en medios obreros (WEA). Muy influido por Leavis y la revista *Scrutiny*, sin embargo se distancia de ellos, especialmente por la influencia intelectual de Orwell, y se vincula, de forma más comprensiva, sin condescendencias, a las culturas populares. La traducción de *La Culture du pauvre* y de una autobiografía intelectual (*33, Newport Street*) y los trabajos de J.-C. Passeron (1999) han contribuido a que Hoggart sea el autor de los estudios culturales más conocido en Francia. Su producción científica, sin embargo, es más extensa y comprende numerosos artículos sobre culturas populares y sus evoluciones o la educación en Gran Bretaña (*Speaking to Each Other*, 1970; *Life and Time*, 1988 y 1990).

De todos los *founding fathers*, Hoggart es el único que no ha ejercido comercio intelectual privilegiado alguno con el marxismo teórico o político. Sus compromisos políticos son más discretos, más «liberales» que los de las otras figuras de los estudios culturales. En 1960 interviene como testigo de la defensa frente al ministerio público en un proceso por obscenidad que pretendía la prohibición de *El amante de Lady Chatterley*. Entre 1960 y 1962 participa en la comisión Pilkington que

contribuirá a la defensa de la televisión pública en Gran Bretaña. Intelectualmente, Hoggart reivindica una filiación humanista, una adscripción intelectual dentro de una tradición de estudios de la literatura y de la civilización, cuyos objetos y métodos contribuye a redefinir al recusar los apriorismos elitistas de la tradición universitaria. Siempre ha insistido en su no pertenencia al mundo de los sociólogos, pero, según sugiere J.-C. Passeron, nos abstendremos de afirmar que no llegó a producir buenos trabajos sociológicos.

Fundador del Centre for Contemporary Cultural Studies de Birmingham, lo abandona a comienzos de los años setenta para desempeñar durante cinco años las funciones de asesor del director general de la UNESCO en París. A su regreso, ocupa un cargo en el Goldsmith College de Londres y permanece un tanto retirado, desconectado de las evoluciones político-intelectuales de los estudios culturales durante los años ochenta.

adultos de las clases populares y en estrecha relación con la New Left, cuya aparición en los años sesenta supone un renacimiento de los análisis marxistas.

Thompson es uno de los fundadores de la *New Left Review*. Con Williams comparte sobre todo el mismo deseo de superar los análisis que han convertido a la cultura en una variable sometida a la economía y que, además de legitimar el estalinismo, han aplazado *sine die* la reflexión sobre las formas culturales. Según afirmaba Thompson en 1976, «mi principal preocupación a lo largo de toda mi obra ha sido la de abordar lo que para mí es un gran silencio de Marx. Un silencio en el ámbito de lo que los antropólogos llaman "el sistema de valores" [...]. Un silencio en relación con las mediaciones de tipo cultural y moral». El trabajo de Thompson puede describirse como el prejuicio de una historia centrada en la vida y en las prácticas de resistencia de las clases populares. Su obra más conocida es *The Making of the English Work*

Class (1963), clásico de la historia social y reflexión sobre la sociohistoria de un grupo social.

Cinco años antes, Raymond Williams había publicado *Culture and Society* (1958), una genealogía del concepto de cultura en la sociedad industrial, desde los románticos hasta Orwell. Van desfilando autores tan diversos como Stuart Mill, Carlyle, Newman, Arnold (personaje central), Ruskin, Morris, D. H. Lawrence, T. S. Eliot y Leavis. Al explorar el inconsciente cultural que conllevan los términos de «cultura», «masas», «multitudes» y «arte», asienta la historia de las ideas sobre una historia del trabajo social de producción ideológica. Las nociones, las prácticas y las formas culturales materializan visiones y actitudes que expresan regímenes, sistemas de percepción y de sensibilidad (*structures of feeling*, concepto elaborado en diálogo con los trabajos del sociólogo de la literatura Lucien Goldmann). Esta primera obra esboza una problemática que se desarrollará en *The Long Revolution* (1961), que subraya el papel de los sistemas de educación y comunicación (prensa, estandarización de la lengua) y de los procesos de alfabetización dentro de la dinámica de cambio social, y contribuye a bosquejar un programa democrático de reformas de las instituciones culturales.

Tanto en Williams como en Thompson se advierte una misma visión de la historia, construida a partir de las luchas sociales y de la interacción entre cultura y economía y en la que la noción de resistencia a un orden impuesto por el «capitalismo como sistema» es fundamental. La época, entonces, sigue dominada, entre los intelectuales de izquierda por el debate sobre la sumaria antinomia que enfrenta a la «base material» de la economía con la cultura, y que hace que esta última sea un mero reflejo de aquélla. Salir de este dilema imposible y reduccionista es uno de los desafíos a los que habrán de enfrentarse los estudios culturales. Este esfuerzo de superación desemboca en el redescubrimiento de las formas específicas que el movimiento social y el pensamiento socialista han adquirido en Gran Bretaña. De ahí la rehabilitación por parte de Thompson de los escritos de William Morris, en quien ve a

uno de los primeros críticos de un determinismo cerril que ha llevado al empobrecimiento de la sensibilidad, a la primacía de categorías que niegan la existencia efectiva (a lo largo de la historia y en el presente) de una conciencia moral y a la exclusión de toda una zona de pasión imaginaria. Esta misma idea clave acompaña a Williams lo mismo en su tarea de cronista cultural de *The Guardian* que en el creciente interés que ha prestado a los medios de comunicación, en su arraigo histórico. Ya en 1962, en su obra *Communications*, se implicaba en el debate político, formulando propuestas para un control democrático de los medios en el marco de un programa socialista, que se salían de la visión puramente instrumental de los medios de comunicación como instrumentos de influencia y *agit-prop*.

El trío de los padres fundadores se completará con un cuarto hombre: Stuart Hall. Aunque éste sólo tiene ocho años menos que Thompson, pertenece sin embargo a otra generación, que no ha participado directamente en la Segunda Guerra Mundial. Correa de transmisión de las revistas de la nueva izquierda intelectual, Hall también encarna esa distancia generacional por el hecho de que su producción científica no alcanza su madurez hasta el umbral de los años setenta.

EL ANCLAJE SOCIAL DE UNA EMPRESA POLÍTICO-INTELLECTUAL

Lo mismo que otras innovaciones intelectuales, los estudios culturales no se explican sólo por la acción de algunas personalidades. Más allá de su contribución teórica, los *founding fathers* también son constructores de redes que hacen posible la consolidación de nuevas problemáticas, como las encarnaciones de dinámicas sociales que afectan a extensas fracciones de las generaciones nacidas entre finales de los años treinta y mediados de los años cincuenta. Primero hay que recordar el contexto político de los años cincuenta. 1956 es, a la vez, el año de Budapest y el de Suez, el de una gran desilusión respecto del modelo comunista —Thompson abandona entonces

el Partido Comunista— y el de una agresión que relanza la movilización antiimperialista entre los intelectuales ingleses. Según recuerda Ioan Davies (1995), el vocabulario político británico acuña la noción de *Butskellism*, contracción de los apellidos de Butler, el *tory* de izquierda y de Gaitskell, el laborista centrista. La pérdida de atractivo del laborismo y del comunismo, el potencial movilizador de las luchas anticoloniales, la desconfianza ante las promesas de un consenso social milagrosamente alcanzado gracias a la abundancia suscitarán una serie de movimientos de reacción en los medios intelectuales. En un contexto de desarrollo del empleo terciario, los jóvenes de las clases medias o populares encuentran en el sistema escolar un trampolín para una movilidad ascendente hasta entonces poco accesible.

Este relativo deshielo de las estructuras sociales, que se observa bajo distintas formas en numerosos países de Europa hacia la mitad de los «treinta gloriosos años», estimulará un florecimiento crítico en los ámbitos artísticos, políticos y de la vida intelectual. El mundo literario británico de los años cincuenta, en concreto, está marcado por la irrupción de los «jóvenes airados» (*Angry Young Men*) como los autores de teatro John Osborne y Arnold Wesker, los escritores Allan Sillitoe y Kingsley Amis, cuyo libro de éxito *Lucky Jim* (1954) pone en escena a un recién llegado, despistado en el mundo universitario. Sus obras y sus personajes expresan una rebelión contra lo que perciben como el peso de las tradiciones y de las jerarquías sociales, como las rutinas hipócritas de su sociedad. También sugieren cierto malestar, cierta frustración ante la experiencia de una movilidad social ascendente. También puede observarse, concretamente en la colección de relatos de Sillitoe, que esta corriente, que se disgregará durante los años sesenta, introduce en la literatura una descripción realista de la cotidianidad de los sectores populares. En política, la *New Left* es un hervidero que refleja esos cambios y los articula mediante revistas que hacen las veces de puentes entre espacios de investigación heterodoxa en el mundo universitario (Kenney, 1995).

Ése es uno de los resortes del despegue y del impacto de los estudios culturales. La conversión de las culturas populares o de los estilos de vida de las nuevas clases en objetos dignos de una sabia inversión también puede leerse en su dimensión de acompañamiento de una movilidad social inconfortable para las nuevas generaciones intelectuales o como cuestión de honor para continuar la lucha política en el terreno académico. A propósito del ámbito de influencia de la New Left, Hall observa: «Esto surgió en aquella época concreta de los años sesenta en que se producía una notable evolución en la formación de las clases. Había un montón de gente en transición entre las clases tradicionales. Había gente con orígenes populares, escolarizados por primera vez en colegios o en *art schools*, que accedían a puestos dirigentes, se convertían en profesores y demás. La New Left estaba en contacto con la gente que se movía entre las clases. Un montón de nuestros clubes estaba en ciudades nuevas donde muchos tenían parientes que podían haber sido trabajadores manuales, aunque habían tenido mejor educación, habían ido a la universidad y regresaban como docentes» (en Morley y Kuan-Hsing Chen, 1996, pág. 494). No se trata de una reconstrucción retrospectiva toda vez que, en 1958, Hall publicaba su primer texto: «Un sentido de falta de pertenencia a una clase» (*classlessness*).

MARGINALIDADES Y SOLIDARIDADES

En el ámbito académico, dos son las formas de marginalidad que caracterizan a las figuras fundadoras de los estudios culturales. En el caso de Williams y de Hoggart —y también de Hall— se trata de su origen popular que los convierte en personajes que navegan a contracorriente del mundo universitario británico. Por lo que se refiere a Hall y Thompson, interviene una dimensión cosmopolita, una experiencia de la diversidad de culturas (presente también en la trayectoria de Benedict y Perry Anderson, otras figuras de la New Left), que, pese a no ser tan excepcional en la época del Imperio británi-

co, sin embargo diseña un perfil específico de intelectuales, suscita una forma de sensibilidad ante las diferencias culturales. Estas trayectorias sociales atípicas o improbables tropiezan con la dimensión socialmente muy cerrada del sistema universitario británico y desde entonces condenan a los intrusos a «elegir» inserciones ajenas (la formación para adultos en sectores obreros) a este sistema o situadas en la periferia. Los fundadores, a menudo, son destinados a centros pequeños o recientes (Warwick), a instituciones establecidas en los confines de las universidades (en Birmingham), factores «extraterritoriales» del mundo universitario (*extra-mural departments*, *Open University*).

Esta dinámica centrífuga podría haber supuesto un lastre para la consolidación de un foco de estudios culturales. Pero otra característica atípica de los *founding fathers*, el compromiso de la mayoría más allá de la izquierda laborista, representará un recurso para evitar su total marginalización. Lo que no puede facilitar la inaccesibilidad de Oxford y Cambridge, lo facilitarán las revistas. Hall y el filósofo canadiense Charles Taylor son el alma de la *University and Left Review*, creada en 1956. El matrimonio Thompson desempeña un papel clave en el funcionamiento del *New Reasoner*, revista nacida ese mismo año y que expresa entonces la sensibilidad humanista de izquierdas de antiguos miembros o disidentes del Partido Comunista británico. La fusión de estas dos cabeceras dará origen en 1960 a la *New Left Review*. Tres años más tarde, Perry Anderson y unos jóvenes intelectuales de Oxford no tardarán en tomar el poder, con procedimientos que Thompson considera golpistas, para darle a la publicación un perfil más universitario, una función de presentación de investigaciones extranjeras innovadoras (Davies, 1995). Esta revista se articula a su vez sobre la base de unos cuarenta *New Left clubs* en los que Hall y Davies desempeñan un papel importante. Contribuye a estructurar una red de conexiones entre los militantes de la Nueva Izquierda, entre las instituciones de educación popular. En el seno mismo del mundo universitario, los investigadores consagrados a temas de escaso relieve, elegidos en

función de sus compromisos políticos, también logran constituir redes de intercambios culturales. Éste será el papel de la revista *Past and Present*, del *History Workshop* entre los historiadores sociales (Brantlinger, 1990). Estos últimos valoran especialmente la importancia de la oralidad, del legado de las culturas no escritas en la tarea del historiador, coincidiendo en esto con parte de las orientaciones de los estudios culturales respecto de las culturas populares.

Los herejes y marginales de finales de los años sesenta supieron apoyarse en el terreno político para proporcionarse los medios de coordinación y, a la vez, dotarse de sólidas redes de aliados al valerse de su condición de bisagra entre el campo político y el académico, al crear una revista que contribuye a difundir un nuevo corpus de autores y temas de estudio. Sin olvidar el peso de personalidades del mundo cultural, como Doris Lessing, que gravitan sobre los círculos frecuentados por los *founding fathers*. La ocupación de los confines universitarios generará cierta rentabilidad cuando, allá por los años setenta, el desarrollo del sistema universitario británico se lleve a cabo a través de sus «suburbios» —la preservación de los santuarios académicos ante la democratización se realizará sobre la base de crear *polytechnics*—, mediante la puesta en marcha, en 1970, de la Open University. Esta doble red política y universitaria también se manifestará durante los años setenta, con la aparición de editores de izquierda (Harvester, Pluto, Merlin, Comedia) o feministas (Virago).

2. Los años Birmingham (1964-1980): la primavera de los estudios culturales

En la universidad de Birmingham es donde nace, en 1964, el Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS). La historia del centro nunca estuvo exenta de tensiones y debates (Grossberg, en Blundell, 1993). Y no todo lo que se publicó en sus *working papers* merece pasar a la posteridad. Momificar quince años en una decena de patronímicos y de libros canonizables sería olvidar el desorden, la pasión y la efervescencia creadora que le son propios a los «estados que nacen». Parte de la inteligencia empresarial de los sucesivos directores del centro consistió en su capacidad de maniobra entre las distintas iniciativas de unos investigadores con preocupaciones y referencias heterogéneas. Desde el marxismo althusseriano hasta la semiología, los miembros del centro han compartido una común atracción por lo que el *establishment* universitario consideraba entonces, en el mejor de los casos, como un pintoresco vanguardismo, y en el peor como el «opio de los intelectuales». Este interés por la renovación de las herramientas del pensamiento crítico jamás viró a la orto-

doxia. El centro fue un caldo de cultivo de importaciones teóricas, de chapuzas innovadoras sobre cuestiones hasta entonces consideradas indignas del trabajo académico. Frecuentemente pretenciosa, la noción de laboratorio adquiere toda su pertinencia en el CCCS. Durante más de quince años, una extraña combinación de compromiso social y político y de ambición intelectual produjo una impresionante masa de trabajos.

La invención de los estudios culturales

EL CCCS

La puesta en marcha del CCCS se hará lentamente. Expresado por Hoggart en una conferencia de 1964, el proyecto del centro es claro. Reivindica explícitamente el legado de Leavis. Quiere utilizar métodos y herramientas de la crítica textual y literaria mediante el desplazamiento de la aplicación de las obras clásicas y legítimas hacia los productos de la cultura de masas, hacia el universo de las prácticas culturales populares. Aunque, pese a estar asociado a una universidad, el centro quedará marcado desde sus comienzos por la marginalidad institucional en que vivió la generación de los padres fundadores. Los recursos financieros del equipo son tan limitados que Hoggart tiene que solicitar el mecenazgo de la editorial Penguin para algunas inversiones y la contratación de Stuart Hall, que le sucederá en 1968.

El reto también reside en lograr la aceptación de los sectores próximos a la universidad. Los sociólogos desconfían de estos recién llegados que cazan furtivamente en su territorio. Los especialistas en estudios literarios no son menos recelosos respecto de una iniciativa que a su juicio extravía su sabiduría por caminos subalternos. El primer desafío al que se enfrenta Hoggart es el de legitimar académicamente una rama original dedicada a la cultura, el de amaestrar a colegas desconfiados. Una de sus tácticas consistió en que formaran

parte de los tribunales académicos del departamento de estudios culturales los colegas más tradicionalistas, a veces los que se tenían por más severos, con el fin de acreditar ante sus homólogos el rigor de la formación. Por consiguiente, en el umbral de los años setenta es donde hay que situar el despegue del centro, una vez superadas las etapas de su trasplante a la universidad y de la formación de sus primeras promociones. Constituirán el vivero de lo que puede llamarse, después de los padres fundadores, la segunda generación de los estudios culturales: Charlotte Brunsdon, Phil Cohen, Cas Critcher, Simon Frith, Paul Gilroy, Dick Hebdige, Dorothy Hobson, Tony Jefferson, Andrew Lowe, Angela McRobbie, David Morley y Paul Willis por citar a los más conocidos. La creciente notoriedad científica del CCCS obedece concretamente, según una tradición anglófona, a la difusión, a partir de 1972, de *working papers* (artículos multicopiados que conforman una revista artesanal). Parte de estos textos será luego reunida en libros que condensan lo mejor de la producción del equipo.

La investigación en el CCCS partirá en primer lugar del acervo de trabajos de Hoggart y de la sensibilidad reflexiva ante todas las vívidas dimensiones de la cotidianidad de la clase obrera que había explorado desde una forma original y profunda de autoetnografía (Passeron, 1999). Pero una de las características del trabajo de Hoggart es la de hablar de un mundo que se erosiona, que inicia una secuencia decisiva de mutaciones en el momento mismo de su descripción y de su teorización. En un texto editado apenas cinco años después de la publicación de su libro fundamental, *The Uses of Literacy*, subraya hasta qué punto sus descripciones pueden resultar trasnochadas como consecuencia del incremento de la movilidad espacial, de un bienestar material relativo pero creciente, del impacto inédito del automóvil y de la televisión en la sociabilidad obrera (Hoggart, 1973).

Stuart Hall

De origen jamaicano, Stuart Hall nace en 1932 en una familia que define como «middle class». Su padre es empleado de la United Fruit: «Era el primer jamaicano en haber ascendido a todos los puestos que ha desempeñado». Hall insiste en la importancia de la experiencia del colonizado, de la reacción ante la postura paternalista de los británicos respecto de su familia durante la constitución de su identidad. Abandona Jamaica en 1951 para cursar estudios en Inglaterra. En Oxford, donde estudia letras, se relaciona tanto con los militantes nacionalistas de naciones colonizadas como con los círculos de la izquierda marxista, aunque sin afiliarse al Partido Comunista.

En 1957 obtiene una plaza docente en una escuela secundaria de Brixton, entre alumnos de sectores populares, donde desarrolla un proyecto pedagógico que intenta tener en cuenta la realidad de sus prácticas culturales. Se instala entonces definitivamente en Gran Bretaña. En 1961 empieza a enseñar medios y cine en el Chelsea College de la Universidad de Londres. En 1964 escribe, en colaboración con Paddy Whannel, su primer libro, *The Popular Arts*, que trata, especialmente, de jazz. Ese mismo año, Hoggart lo llama para que le ayude en la fundación del centro de Birmingham, de cuya dirección se hará cargo. Hoggart llegará a decir: «Yo no soy un teórico. Stuart Hall es un teórico. Habitual e instintivamente es un sutil manipulador de teorías, de forma que nos complementábamos perfectamente».

Coordinador de la mayoría de los grandes trabajos colectivos del centro, Hall ha desempeñado un papel considerable de empresario científico e intelectual en Birmingham. A diferencia de los restantes padres fundadores, Hall no es tanto el autor de algunos libros de referencia como el de una gran masa de artículos. Abor-

dan una gran diversidad de temas: desde la sección de «cotilleos» del diario a las fotografías de prensa pasando por el movimiento *punk*. Pero una parte significativa de la producción científica de Hall tiene forma de trabajo sobre conceptos: reflexión sobre la eventual productividad de los legados del marxismo, debates sobre las aportaciones y los riesgos de las teorías que se toman prestadas del posmodernismo o de la deconstrucción.

No siempre es fácil disociar en sus textos más directamente políticos el componente puramente científico, en la medida en que, como intelectual, se ha manifestado repetidamente en contra de este tipo de diferenciación, y en que su gran capacidad para comprender las evoluciones políticas le permite encontrar el punto de apoyo adecuado para replantear temas de investigación, e incorporar nuevas materias y cuestionamientos. En 1979, Stuart Hall se incorpora a la Open University.

Muy solicitado a lo largo de quince años para pronunciar conferencias en cualquier coloquio importante sobre estudios culturales, Hall, en ocasiones, pudo encerrarse en una postura de testigo privilegiado cuya misión consistía en recordar los grandes retos y los verdaderos problemas. Pese a que la fuerza innovadora de sus recientes contribuciones se desvanece, habrá sido, a la vez, el empresario y el universitario más preocupado por sistematizar la teoría en el seno de los estudios culturales.

Morley y Kuang-Hsing Chen (1996) ofrecen una exhaustiva bibliografía de los trabajos de Hall y una entrevista biográfica.

RECONSIDERACIÓN DE LAS SOCIABILIDADES
Y DE LAS CULTURAS POPULARES

El proyecto inicial de una etnografía comprensiva de la cultura de las clases populares supone pues múltiples replanteamientos sobre el terreno. El título del libro de Hoggart, *The Uses of Literacy*, significa literalmente, «los usos de la alfabetización». Se trata, pues, de estudiar también las nuevas formas de *literacy*, de competencias escolares y culturales. Hoggart cuestiona la influencia que ejercen el acceso a la televisión o la prolongación de la escolarización. Teoriza sobre la capacidad de resistencia a los mensajes de los medios, sobre la mera fuerza de inercia que representa un estilo popular de «consumo indolente» que simboliza con la fórmula «sigue hablando». Reconsiderar el mundo obrero es enfrentarse al impacto de las operaciones de renovación urbana del East End, al nacimiento de nuevas ciudades cuyos efectos desestructurantes sobre la sociabilidad popular —degradación de los lugares de esparcimiento (calle, *pubs*, jardines y patios) y, al mismo tiempo, alteración de la ecología de las relaciones de vecindad, parentesco o generación— relata Phil Cohen (en *Réseaux*, 1996). Aunque no llegan a representar una faceta relevante de los estudios culturales, el urbanismo y la arquitectura, entendidos como dispositivos organizadores de la sociabilidad y de la cristalización de identidades colectivas, entran así a formar parte de su propuesta temática. Este interés nunca será desmentido, conforme lo atestiguan, veinte años después, los dos textos que *New Times* (Hall y Jacques, 1989) dedica a las ciudades símbolo del neoliberalismo thatcheriano, como Basingstoke.

La reconsideración de las formas de sociabilidad obrera también implica prestar atención a una dimensión que Hoggart relegaría a un segundo término: la de las relaciones entre generaciones, las formas de identidad y las subculturas específicas que ponen en práctica los jóvenes del sector popular. Son múltiples los factores que ponen este asunto de actualidad. La transición de grandes conjuntos hacia el urbanismo socava los

mecanismos de control social que contribuían a la reproducción del grupo obrero. La escolarización más prolongada de parte de los jóvenes de sectores populares afecta a sus referencias culturales, redefine el ámbito de posibilidades en el que tienen cabida sus proyectos profesionales. De forma más global, el mundo obrero está sujeto a múltiples cambios que suscitan un debate sobre «el obrero de la abundancia» (Goldthorpe y Lockwood, 1968), trasunto de las discusiones francesas de entonces sobre la «nueva clase obrera». La crisis, la desindustrialización masiva de los años ochenta, significará otro gran traumatismo social e identitario. Las jóvenes subculturas representan uno de los ámbitos en los que los investigadores del CCCS han resultado ser los más productivos, los más inventivos, los más identificados con las dinámicas sociales (Hebdige, 1979).

Aunque estos trabajos no siempre están exentos de una cierta fascinación por su objeto, dos elementos, al menos, hacen que su lectura sea estimulante pese a que tratan de fenómenos que, nuevos para entonces, sólo parecerían justificar, en lo sucesivo, la nostalgia de los quincuagenarios.

Una primera fuerza procede de la capacidad de estos textos para restituir auténticos trozos de vida, alimentados por la observación, una preocupación por el detalle que raras veces degenera en exotismo social (Willis, 1978). Esta cualidad es apreciable en los estudios de Hebdige sobre la cotidianidad de los *punks* o de los *mods* (1979), sobre el valor simbólico que éstos atribuyen al *scooter* italiano (1988), o la minuciosa atención con que Corrigan describe y comprende lo que puede ser la ociosidad ordinaria de los adolescentes obligados a permanecer en su ciudad «sin hacer nada» (en Hall y Jefferson, 1993).

El interés de estos análisis también obedece a su densidad teórica. Es tributaria de los análisis de Becker (1963) sobre la desviación. Numerosos textos se fijan en la manera en que las autoridades sociales intervienen en las subculturas para estigmatizar los comportamientos y a sus autores. El carácter marginal no depende de sus componentes objetivos (pelo largo, *piercing*), sino de la actuación de las instituciones (Iglesias, medios,

«Subculturas» y significado de los estilos de vida

Las jóvenes «subculturas» —en el sentido de estilo cultural específico— son objeto de un gran número de monografías desde comienzos de los años setenta. *Bikers, hippies, mods, punks, rastas, rockers, ruddies, skinheads, teddy-boys...* No es seguro que todas estas «subculturas» británicas, algunas de las cuales tienen ya cuarenta años, les suenen a los lectores del siglo XXI que pueden tener dificultades para situar a los «blousons noirs» franceses de 1960.

El marco interpretativo compartido por los investigadores británicos permite precisamente darle sentido a este florecimiento de estilos y marcadores indumentarios, capilares (túnicas indias, *scooters*, imperdibles). El punto de partida es el de una crisis de reproducción del mundo obrero, en el sentido de la imposibilidad de repetición, sin grandes alteraciones, de los roles paternos por parte de los hijos. El auge del hábitat colectivo y de la escolarización, los cambios del entorno mediático, introducen una ruptura en la socialización de las generaciones del *baby-boom*. En esa misma época, los múltiples cambios (procesos de producción, remuneraciones, desempleo masivo más tarde) que vive el mundo obrero remodelan y desestabilizan su identidad.

La gama de estilos de vida puede entonces referirse a dos modalidades fundamentales de gestión de estas incertidumbres identitarias, expresión una de la continuidad, y otra de la ruptura. Para una parte de los jóvenes de los sectores populares (*rockers*, y más tarde *skinheads*), se trata de trasladar a un estilo de vida joven los valores tomados de la herencia obrera (solidaridad de grupo, valoración de una virilidad agresiva, de la fuerza), de adoptar incluso (*skinheads*) elementos más regresivos de esta herencia (racismo) o de superar un temible destino mediante un estilo reivindicado por mimetismo con el lumpenproletariado.

En el otro extremo, una segunda familia de estilos de vida (simbolizada concretamente por los *mods* de los años sesenta) pone en juego una panoplia que se vale de un imaginario de consumo hedonista, de movilidad social, de distanciamiento en relación con los aspectos más vulgares de la «virilidad» y de las exigencias del trabajo. Aunque es más característico de las clases medias, el estilo *hippy* también puede constituir una subcultura portadora de la simbología de salida de lo popular-obrero. Pero la literatura sobre las subculturas no se reduce a este apunte binario. Merecen destacarse dos de sus aportaciones.

Al introducir las dimensiones del tiempo (crisis de los años setenta) y de la etnicidad (los inmigrantes de primera o segunda generación también tienen sus subculturas que suscitan simpatía o animosidad), estas investigaciones permiten comprender las evoluciones, las hibridaciones, las contradicciones de esta sucesión de estilos, la coherencia de cada uno de ellos.

Estos enfoques, a la vez que hacen inteligible la forma en que las contradicciones de la socialización crean una confusión identitaria, evitan que los estilos de vida queden reducidos al resultado mecanicista de las exigencias sociales. El énfasis, al contrario, está en la forma en que, bajo determinadas condiciones estructurales, los jóvenes desarrollan tácticas de selección dentro de su potencial identitario. Los estudios de casos reales también demuestran cómo estas subculturas son, desde el momento de su cristalización en el espacio público, herramientas de los mecanismos de provocación, promoción o estigmatización a través de la publicidad, los medios, las autoridades. Semejante enfoque se distancia de los análisis en términos de consumo pasivo, de «norteamericanización» súbita, y presta atención a una posible participación creativa, furtiva, del consumo (S. Cohen, 1972; Hall y Jefferson, 1975; Hebdige, 1979, 1988; *Réseaux*, 1996).

legisladores) que los definen como indeseables. El «pánico moral» que a mediados de los años sesenta transforma las trifulcas entre *mods* y *rockers* en las playas del Kent en síntoma de crisis de la juventud y de la autoridad es un buen ejemplo (S. Cohen, 1972). El análisis de las subculturas se propone pues comprender sus retos políticos. ¿Cabe considerarlas, en primer lugar, como «resistencias mediante rituales», de acuerdo con el título de una obra del CCCS (Hall y otros, 1975)? ¿Hay que darles un valor subversivo? ¿O sugerir más modestamente que contienen una crítica latente a los valores establecidos? ¿O acaso no son más que recreaciones sin consecuencias que el capitalismo autoriza fuera del horario de la escuela o de la fábrica?

Expansión y coherencia de las problemáticas

LA MANCHA DE ACEITE DE LO CULTURAL

El cuestionamiento de la cultura en la vida cotidiana se extenderá concéntricamente como una mancha de aceite.

Una primera ampliación de las investigaciones versará sobre la relación de los jóvenes de sectores populares con la institución escolar. En un enfoque etnográfico de gran riqueza, Paul Willis (1977) ilustra la tensión en el seno de una escuela popular entre el comportamiento rebelde de los «tíos», y el de los «pelotas» que llevan la marca de las diversas formas de sumisión y de buena voluntad frente a la institución escolar. El propio subtítulo del libro («¿Cómo los chavales de la clase obrera encuentran empleos de obreros?») condensa también los atolladeros de esta resistencia. Al expresar en la escuela un estilo rebelde, una masculinidad agresiva, un rechazo de los compromisos con los valores intelectuales y de la docilidad exigida por la institución, los «tíos» resisten a sus empresas socializadoras y reivindican valores obreros. Y simultáneamente hacen que se cumpla el destino más probable al cerrarse los márgenes de movilidad social ofrecidos por la escuela. La contribución de Willis y el trabajo del CCCS sobre el papel

del sistema educativo —que en 1981 dará origen al libro *Unpopular Education*— tampoco tendrán repercusiones duraderas.

El interés prestado a las prácticas culturales, definidas a espaldas de su prestigio social, obliga a los investigadores del centro a tener en cuenta la diversidad de productos culturales consumidos por las clases populares. Birmingham será uno de los primeros equipos en atraer la atención de las ciencias sociales sobre bienes tan profanos como la publicidad o la música rock (Frith, 1983). Pero, como demuestra una obra colectiva (Hall, Hobson, Lowe y Willis, 1980), son los medios audiovisuales y sus programas de información y entretenimiento los que poco a poco serán objeto de estudio mediante encuestas. Merece ser destacado un texto importante. En «Codificación/descodificación» (1977), Hall desarrolla un marco teórico que pone de relieve que el funcionamiento de un medio no puede limitarse a una transmisión mecánica (emisión/recepción) sino que ha de darle forma al material discursivo (discurso, imágenes, relato) en el que intervienen datos técnicos, condiciones de producción y modelos cognitivos. Este marco analítico, hoy en día, puede parecer trivial. Pero entonces implicaba tener en cuenta todas las situaciones de desfase, de equívocos entre códigos culturales, es decir, las gramáticas mediáticas que prevalecen en la producción del mensaje, por un lado, y las referencias culturales de los receptores, por otro. Bastaba con eso para trastornar las rutinas de la sociología empírico-funcionalista de los medios, escasamente preocupada por las condiciones de producción de los mensajes. La noción de descodificación invita a tomarse en serio el hecho de que los receptores tienen sus estatus sociales, sus culturas, y que ver o escuchar un mismo programa no implica darle un sentido o evocar un recuerdo similar.

GÉNERO Y «RAZA»: NUEVAS ALTERIDADES

El movimiento que se extiende como una mancha de aceite tendrá finalmente dos ampliaciones cuyas consecuencias a

largo plazo serán esenciales. La primera desemboca en las cuestiones de género, en la variable masculino/femenino. Esta clave de lectura sirve de estructura al libro *Women Take Issue* (Women's Studies Group, 1978). La apreciación del género obedece al trabajo empírico que pone de manifiesto las diferencias de consumo y de valoración entre hombres y mujeres en materia de televisión o de bienes culturales. También se debe a la sensibilidad feminista de las investigadoras (Charlotte Brunson y Dorothy Hobson). No se puede pasar por alto que los personajes y los comportamientos analizados por la literatura sobre las subculturas casi siempre son masculinos, ni puede ignorarse una forma de connivencia machista en ciertas descripciones de la cultura obrera. Ésta es la razón por la que Willis y su forma de hablar de los «tíos» son objeto de crítica hoy en día por parte de la literatura feminista sobre la escuela.

Valorada desde sus primeros trabajos por Hebdige, la otra alteridad, simbolizada por las comunidades inmigrantes y por el asunto del racismo, ocupará un lugar preeminente gracias al libro *The Empire Strikes Back* (CCCS, 1982). La atención a estas variables también se impone aquí por el terreno y la presencia de poderosas comunidades de inmigrantes, por las reacciones de atracción y de rechazo racista que suscitan. Esta sensibilidad también se debe a la presencia de inmigrantes o de hijos de inmigrantes entre los investigadores del centro, empezando por Hall o por Paul Gilroy. Cabe añadir que la situación británica contrasta con la de Francia en un punto esencial: los creadores procedentes de la inmigración disfrutaban allí de una mayor presencia y un mayor reconocimiento en el mundo cultural, especialmente en literatura (Kincaid, Kureishi, Rushdie).

LOS REFRACTARIOS: PASADO/PRESENTE

Aunque Birmingham represente la sede institucional motora de los estudios culturales, el auge de estos enfoques no acaba aquí. Williams, tardíamente reclutado en Cambridge —¡pri-

mero como titular de inglés y luego (1974) como catedrático de «dramaturgia»!—, desarrolla entonces allí sus investigaciones. La aportación de la vertiente «historiadora» de los estudios culturales ilustra la coherencia de los cuestionamientos, tanto si se dirigen al pasado como al presente.

Thompson saca provecho de la creación de una nueva universidad en Warwick donde logra que lo contraten en 1964. Allí crea un centro de investigaciones en historia social. Tras el libro de referencia que había preparado sobre la formación de la clase obrera británica (1963), desarrolla allí sus investigaciones relativas al universo de las costumbres y culturas populares inglesas desde el siglo XVIII. Aunque llegan a detenerse en comportamientos «folclóricos» como las cencerradas, estas contribuciones, reunidas en *Customs in Common* (1991), se proponen, sobre todo, comprender cómo las contradictorias potencialidades de la cultura popular, compuesta de respeto a la autoridad y de espíritu rebelde, de anclaje en las tradiciones y de una picaresca dimensión de búsqueda del movimiento, interactúan con los poderes sociales. Se trata entonces de plantearse una «economía moral» del mundo popular —para el que la tierra y sus productos han de atender ante todo las necesidades de la comunidad aldeana— frente al auge de una economía monetarizada, de percibir las fricciones entre las representaciones tradicionales de la sociabilidad y las exigencias (de puntualidad, por ejemplo) de una disciplina de producción en la naciente industria. Uno de los resultados más concluyentes de esta iniciativa es *Whigs and Hunters* (1975), donde Thompson se esfuerza en elucidar lo que a primera vista parece ser la inexplicable ferocidad de una ley de 1723 que reprime la caza furtiva. El estudio exhaustivo de los archivos judiciales permite revivir un mundo de cazadores y pescadores furtivos, espigadores, guardas forestales y grandes aristócratas cazadores. Demuestra cómo la caza furtiva, el sabotaje de las pisciculturas de los poderosos o los robos de madera pueden interpretarse como un registro de quejas, una forma de acción popular. Contrapone con hechos la representación del bosque como un bien sobre el que cualquier miembro de la co-

munidad tiene unos modestos derechos a su privatización a través de una evolución jurídica que sólo reconoce los derechos exclusivos del propietario.

Se comprende entonces cuál es, más allá de las desiguales figuras del *mod* del Soho de 1964 o del furtivo de Windsor de 1714, la coherencia de estos trabajos. Se trata, siempre, de abordar lo social por abajo, de observar la cotidianidad de los sectores populares. Los estudios culturales nacen del rechazo del legitimismo, de las jerarquías académicas de los objetos nobles e innobles. Se fijan en la aparente trivialidad de la publicidad de las emisiones de entretenimiento, de las modas indumentarias. El estudio del propio mundo popular se detiene mucho menos en las heroicas figuras de los dirigentes que en la cotidiana sociabilidad de los grupos o en el detalle de los decorados, prácticas y costumbres.

Esta predisposición implica favorecer métodos de investigación susceptibles de conocer de cerca estas vidas ordinarias: etnografía, historia oral, investigación de los escritos que enseñan lo popular (archivos judiciales, industriales, parroquiales) y no sólo la gesta de los poderosos. Por último, y por encima de todo, estos trabajos dependen de lo que Passeron llama —sin añadir nada que sea despectivo— un análisis «ideológico» o externo de la cultura. No se proponen solamente cartografiar las culturas, percibir su coherencia, o demostrar que la manera de frecuentar el *pub*, asistir al partido de fútbol o participar en las ferias puede constituir un conjunto de prácticas coherentes. Las actividades culturales de las clases populares se analizan para preguntarse por «las funciones que asumen en relación con la dominación social» (Grignon y Passeron, 1989, pág. 29). Aunque la cultura es el meollo de la iniciativa, no es sino el punto de partida de un cuestionamiento sobre sus retos ideológicos y políticos. ¿Cómo se dotan las clases populares de sistemas de valores y de universos de sentido? ¿Cuál es su contribución a la constitución de una identidad colectiva? ¿Cómo se articulan dentro de las identidades colectivas de los grupos dominados las dimensiones de la resistencia y de una aceptación, resignada o maltrecha, de la subordinación?

Las circulaciones de la teoría

DOMINACIONES Y RESISTENCIAS

Desde el momento en que se piensa en el tema de la cultura dentro de una problemática del poder, resulta necesario un conjunto de interrogantes teóricos y de conceptos. Cuatro de ellos ocupan un lugar estructurante.

En primer lugar, la noción de ideología: forma parte del legado marxista en el que bebe la mayoría de los investigadores de esta corriente. Pensar en los contenidos ideológicos de una cultura no es más que comprender, en un contexto determinado, en qué medida los sistemas de valores, las representaciones que contienen, intervienen para estimular procesos de resistencia o de aceptación del *statu quo*, en qué medida discursos y símbolos le otorgan a los grupos populares una conciencia de su identidad y de su fuerza, o participan del registro «alienante» de la aquiescencia a las ideas dominantes.

La referencia a la ideología conduce a la temática de la hegemonía, formulada por el teórico marxista italiano Antonio Gramsci en los años treinta. Aunque comparte la idea de que «las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante», Gramsci también se dirige a las mediaciones a través de las que funcionan esta autoridad y esta jerarquía e incorpora el papel de las ideas y de las creencias como soporte de alianzas entre grupos sociales. La hegemonía es fundamentalmente una construcción del poder a través de la conformidad de los dominados con los valores del orden social, con la producción de una «voluntad general» consensual. Se comprende entonces la atención que la noción gramsciana sugiere prestar a los medios de comunicación. Ian Connell demuestra así cómo las rutinas del periodismo televisual llegan a poner de relieve el punto de vista patronal en la presentación del debate sobre política salarial (en Hall y otros, 1980).

La frecuente utilización del término «resistencia» conduce a una tercera referencia conceptual y pone en entredicho la

especificidad del poder cultural que pueden ejercer las clases populares. La borrosa noción de resistencia sugiere más un espacio de debate que un concepto acotado. Por un lado, lejos de ser unas consumidoras pasivas, unas idiotas culturales, por utilizar la expresión del antropólogo Clifford Geertz (1973), las clases populares ponen en juego un repertorio de obstáculos a la dominación. Se trata del conflicto social, pero también de esa indiferencia práctica ante el discurso, que Hoggart denominaba «consumo indolente». También podría tratarse de los efectos de la burla, de la mala conciencia, del acondicionamiento de microespacios autónomos o festivos (S. Cohen y Taylor, 1976). El problema que subyace en la noción de resistencia es el que plantea, en el ámbito de los movimientos sociales, la pregunta de las armas de los débiles (Neveu, 2002a). ¿Sólo son débiles armas? Atestiguan un potencial de acción autónomo. Pero ¿acaso no están condenadas a una postura meramente defensiva, a éxitos parciales y provisionales, a oscilar entre el gol del honor o el corte de mangas, sin poder invertir las relaciones de fuerzas? Hebdige expresa esta ambivalencia cuando advierte de que las subculturas no son «ni simple afirmación ni rechazo, ni “explotación comercial”, ni “auténtica revuelta” [...]. Se trata, a la vez, de una declaración de independencia, de alteridad, de intención de cambio, de rechazo del anonimato y de estatus subordinado. Es una insubordinación. Y se trata, al mismo tiempo, de la confirmación del hecho mismo de la privación de poder, de la celebración de la impotencia» (1988, pág. 35).

Por último, entre líneas, se perfila la problemática de la identidad. A medida que la dinámica de los trabajos superpone sobre las clases sociales variables tales como generación, género, etnicidad o sexualidad, pasa a ocupar un lugar estratégico todo un cuestionamiento sobre el modo de constitución de los colectivos, una creciente atención a la forma en que los individuos estructuran subjetivamente su identidad.

LA TEORÍA COMO OBJETO DE IMPORTACIÓN

Hebdige señala en *Hiding in the Light*: «Muchos de los puntos de referencia críticos y teóricos que proporcionan la orientación básica de este libro son franceses. Algunos son italianos o alemanes. Muy pocos son identificables como británicos. Igual que otros muchos diplomados en artes y ciencias sociales, escolarizados a finales de los años sesenta y durante los años setenta, he intentado huir de la tradición inglesa, encontrar mi propio lugar en otra parte... » (1988, pág. 11). Esta actitud entonces es la regla. Los primeros *working papers* son soportes de divulgación de autores continentales no traducidos en el Reino Unido.

La atracción por las teorías continentales es una forma de reacción ante las orientaciones dominantes de las ciencias sociales anglófonas, cuya crítica había sido desarrollada en Estados Unidos por Wright Mills (1958). Pese a sus virtudes objetivadoras, la investigación «administrativa» o aplicada, basada en financiaciones contractuales y en el tratamiento cuantitativo de datos, no es nada propicia a enfoques cualitativos ni al sometimiento a prueba de cuestionamientos críticos e innovadores. En cuanto al funcionalismo, entonces todopoderoso, las enormes maquinarias teóricas de Talcott Parsons laminan los «terrenos», disuelven, precisamente, la cuestión del poder y de la dominación. La mayoría de los usos de esta teoría postulan un mundo en el que todo, empezando por la desigualdad, es funcional, como el *escapismo*, esa búsqueda de evasión que sería el principio impreciso de numerosas prácticas culturales.

La búsqueda de nuevas herramientas teóricas también depende de los retos a los que se enfrentan los investigadores. Los estudios culturales proceden de un desplazamiento fundacional que pone al servicio de la cultura profana las herramientas teóricas que provienen de los estudios literarios. Ahora bien, aunque los cuadros de preguntas fecundas para el análisis de Dickens todavía pueden aclarar textos menos canónicos, su rentabilidad resulta más dudosa cuando se trata de

interesarse por los *mods* o por los campamentos *scouts*. A partir de entonces, hacer la compra teórica en lonjas de investigación más críticas, ya sean de Europa continental o de los opositores norteamericanos a la sociología oficial, no parece que esté desprovisto de coherencia.

El ámbito de la sociología es un buen ejemplo. Aunque Hall evoca la tarea colectiva de lectura crítica de Weber, queda claro, no obstante, que, identificada con el funcionalismo, esta disciplina no es la fuente de inspiración del equipo, distancia que entonces no puede sino aumentar la falta de interés que tiene la Asociación Británica de Sociología por la cultura. Pero el ámbito de las subculturas, la atención prestada a la desviación, la preocupación por observar tan de cerca como sea posible las interacciones sociales en la cotidianidad suscitarán el interés del grupo por la aportación del interaccionismo simbólico, el prejuicio etnográfico de la escuela de Chicago. Becker (1963) pronto se convertirá en una referencia de culto. Su condición de observación de la calle también convertirá la Street Corner Society de Whyte (1943) en un punto de apoyo. Estas incursiones hacia las iniciativas sociológicas más adecuadas para captar la trama de las experiencias vividas se siguen identificando con el interés por el planteamiento biográfico. Éste estructura los grandes libros de Hoggart (1957, 1991), se expresa en otros lugares de forma más programática (Crichter, en Hall y Jefferson, 1975).

La noción de «marxismo sociologizado» expresaría bastante bien las lógicas de importación conceptual del CCCS. Sugiere un itinerario que sociologiza un planteamiento de crítica literaria a través de un marxismo crítico. Ya se ha visto en qué medida el interés dispensado a Althusser y Gramsci respondía a la voluntad de prestar más atención a la densidad y a la complejidad de las mediaciones y las interacciones entre cultura y cambio social.

La atracción que ejerce el estructuralismo, la creciente importancia de los medios entre los temas de los estudios culturales explican, en última instancia, la considerable trascendencia adquirida por otras importaciones francesas, hasta

Superar el marxismo... ¿con el marxismo?

La teoría marxista, tal y como pudo ser divulgada por el movimiento comunista, plantea la primacía de las infraestructuras económicas cuyas superestructuras (sistemas políticos, derecho, creación cultural) no son sino sus productos. Raras veces tomada en cuenta con precisión, la diversidad de las superestructuras de una sociedad, de una a otra «formación social», no es más que un mero «reflejo» de las relaciones de clase y de producción. La propia contribución de la cultura a la estabilidad (o no) de un modelo de sociedad, su posible margen de autonomía son, por lo tanto, rechazados.

Esta visión, mecanicista, hace que cualquier reflexión resulte superflua, toda vez que la explicación de las culturas se da por adelantado. Tampoco cuestiona mucho más las modalidades concretas o las mediaciones a través de las cuales la infraestructura económica puede tropezar con la inercia o con la resistencia de creencias o de comportamientos, ni las múltiples articulaciones entre ambos niveles. La incomodidad teórica, tempranamente expresada por Thompson o Williams —dos investigadores próximos al marxismo y conscientes, a la vez, por el hecho de sus investigaciones, de los callejones sin salida de este marco de análisis—, orienta sus objetivos y sus préstamos teóricos.

Por eso es por lo que Williams convierte estas cuestiones en el zócalo de su proyecto de «materialismo cultural»: «Lo que suele confundirse con la noción marxista tradicional de producción económica es la producción directa de lo “político”, cuando toda clase gobernante dedica una parte significativa de producción material a la instauración de un orden político. Tanto el orden social y político que sostiene un mercado capitalista como las luchas sociales y políticas que este último engendra son, necesariamente, producción material. Desde los cas-

tillos, palacios e iglesias hasta las prisiones, hospitales y escuelas; desde el armamento bélico hasta la prensa controlada: toda clase gobernante, de distintas maneras, pero siempre materialmente, produce un orden social y político. Estas actividades jamás son superestructurales [...]. La complejidad de este proceso puede detectarse especialmente en las sociedades capitalistas avanzadas, en las que no resulta pertinente separar "producción" e "industria" en la producción, también material, de "defensa", de "ley y orden", de "bienestar", de "opinión pública" y de "entretenimiento". Al fracasar en la aprehensión del carácter material de la producción de un orden social y político, el materialismo selectivo (y, puestos a decir, burgués) tampoco ha logrado comprender, y esto de forma todavía más patente, el carácter material de la producción de un orden cultural» (Williams, 1977).

En cuanto a los préstamos teóricos, han pasado por las segundas lecturas de Marx propuestas por Louis Althusser, por su teorización del papel específico de los «aparatos ideológicos de Estado» como la escuela y los medios, por su búsqueda de vínculos entre marxismo, estructuralismo y psicoanálisis (Sparks, en Morley y Kuang-Hsing Chen, 1996).

Este redescubrimiento de un marxismo heterodoxo también explica el recurso a la escuela de Frankfurt (sobre todo Walter Benjamin), la atención prestada al sociolingüista Mijail Bajtin, a los teóricos marxistas de la literatura como Lucien Goldmann y el húngaro György Lukács. Desemboca sobre todo en Gramsci por sus reflexiones sobre el papel de los intelectuales y sus relaciones con las clases populares, sobre la desigual capacidad de los grupos sociales para dotarse de portavoces que le den forma coherente a sus creencias y aspiraciones. El pensamiento de Gramsci será objeto de numerosos desarrollos y comentarios (Laclau, 1977; Laclau y Mouffe, 1985), sobre todo porque destaca que las rela-

ciones de poder no son el calco obtenido de antemano de las relaciones económicas. Gramsci se toma en serio la fórmula de Marx sobre «la ideología como fuerza material», intenta reflexionar tanto sobre la capacidad de resistencia de los dominados como sobre la manera en que un «sentido común» difundido por las élites contribuye a su conformidad con el orden social. Más allá de posiciones abstractas, Gramsci desarrolla sus intuiciones en una serie de análisis de campo: sobre el papel de la literatura popular de folletín como herramienta de difusión de una ideología, sobre las resistencias y la autonomía de una «sociedad civil», sobre los efectos políticos y culturales de las disparidades del desarrollo (el asunto del *mezzogiorno* italiano), sobre los vínculos de los intelectuales como mediadores «orgánicos» de los dispositivos de poder, o como promotores de estrategias de «contrahegemonía».

tal punto que Thompson despotrica contra lo que denominará «la electrificación de la línea París-Londres». Barthes será el principal y más precoz beneficiario de este interés, y pronto se verá acompañado de autores como el teórico del cine Christian Metz o Julia Kristeva, que participan entonces en la «aventura semiológica» desde la revista *Communications* y desde *Tel Quel*. Este momento vanguardista de la importación no debe dejar en el olvido empréstitos anteriores y más previsible (Sartre y su visión de la literatura) por parte de una comunidad cuyo territorio inicial ha sido la crítica literaria.

Estas importaciones no han dejado de suscitar polémicas, a menudo agrias. Cristalizan en torno a la muy althusseriana revista de análisis filmico *Screen* (Robins, 1979). Hall llegará incluso a plantearse la aparición de un «segundo paradigma», estructuralista, en los estudios culturales (en Collins y Curran, 1986). Thompson dispara una verdadera andanada antialthusseriana en *The Poverty of Theory* (1978).

Hipotecas y aciertos

UN DISTANCIAMIENTO COSTOSO PARA LA SOCIOLOGÍA

El hecho de poner de relieve las aportaciones y las contribuciones del CCCS no impide señalar algunas debilidades.

Son visibles a través del bagaje sociológico de muchos de los investigadores del CCCS. Su escasa consistencia tiene explicaciones lógicas. Aunque los estimulantes usos de las aportaciones de la escuela de Chicago por parte de Cohen o de Hebdige desmientan la regla, muchos de los investigadores procedentes de las humanidades, más que de las ciencias sociales, están escasamente familiarizados con la sociología, incluida la de la cultura, laguna que plantea algunos inconvenientes en una empresa intelectual que no obstante hace buenas migas... ¡con una sociología de la cultura! El meollo del debate no está en un patriotismo o una ortodoxia disciplinar, sino en los efectos prácticos de un desconocimiento de los «fundamentales» de las ciencias sociales.

El reto epistemológico planteado por el estudio de las culturas populares es un buen ejemplo. Hoggart o Thompson, sin duda, han sabido prestarles a las culturas dominadas una atención minuciosa, respetuosa y comprensiva, sin dejarse llevar por una complacencia acrítica; pero no todas las investigaciones de Birmingham han escapado a la doble trampa del miserabilismo y del populismo. Ciertos análisis de la dislocación de la identidad obrera exageran a veces sobre la erosión simbólica y estatutaria del grupo y de sus infortunios. Aunque no ignoran la ambigüedad de las subculturas, los seductores análisis de Hebdige sobre los *mods* no eximen de halagos a su objeto. De hecho, el principal atractivo se encuentra en esa vertiente populista, muy especialmente en la atribución, generosa en ocasiones, del marchamo de «resistencias» a unas prácticas que también pueden interpretarse como burbujas de autonomía, nada susceptibles de poner en entredicho las relaciones sociales. Destacar estas tensiones es percibir una gran dificultad que obedece a las propias contradicciones de las cuestio-

nes analizadas, pero también significa entrever atajos interpretativos que se sistematizarán más tarde.

Un punto de vista sociológico más elaborado permite considerar la creación cultural como un espacio de competición e interdependencia entre productores, de lo que da cuenta, en concreto, la noción de campo. En su defecto, tendemos a sobrevalorar la visión de una producción cultural como respuesta explícita a las expectativas, claras por su parte, de clases o de grupos de consumidores. Esta especial laguna puede relacionarse con el hecho de que las importaciones francesas no engloban sino modestamente las aportaciones de Bourdieu. Esta prolongada ignorancia obedece en parte a una percepción británica de Bourdieu como etnólogo y sociólogo de la educación, en detrimento de sus trabajos sobre la cultura o las clases populares. Nicholas Garnham y Raymond Williams destacarán el costo de este desencuentro: «El valor potencial del trabajo de Bourdieu en este momento específico por el que atraviesan los medios y los estudios culturales británicos reside en el hecho de que, en un movimiento de crítica, en el sentido marxista clásico, confronta y supera dialécticamente posiciones parciales y opuestas. Desarrolla una teoría de la ideología (o mejor dicho del poder simbólico toda vez que, por lo general, reserva el término de ideología para cuerpos de pensamiento más explícitos y coherentes) que se basa, a la vez, en una investigación histórica concreta y en el uso de las clásicas técnicas de la sociología empírica, como el análisis estadístico de datos de encuestas. Desarrolla conjuntamente su crítica del teoricismo, especialmente del estructuralismo marxista y de las tendencias concomitantes al formalismo» (1980, pág. 210).

¿AHORRARSE LA ECONOMÍA?

Fundamentalmente, el pecado original de los estudios culturales obedece a su déficit de interés por la historia y por la economía. La consideración reflexiva de los legados históricos, de la dimensión de la larga duración en lo cultural es evi-

Legitimismo, populismo y miserabilismo

En un trabajo que pretende ser, a la vez, prolongación y crítica de la sociología de la cultura desarrollada por Bourdieu, Grignon y Passeron explicitan las dificultades específicas que plantea el análisis de las culturas populares, estudiadas, casi siempre, por autores cuya posición de intelectuales les separa de los mundos populares.

La dificultad más evidente reside en el riesgo de una forma de condescendencia, el «legitimismo», que lleva a observadores «doctos» y «cultos» a restringir la noción de cultura: «gran» literatura, música «clásica», obras expuestas en los museos. Este sesgo lleva a plantearse la relación de las clases populares con la cultura desde la perspectiva de la carencia, del menos, de la in-cultura, toda vez que están menos familiarizadas con la cultura legítima, es decir, socialmente consagrada. Una ruptura necesaria consiste entonces en asumir un relativismo que no consiste tanto en fingir que vale todo sino en considerar que los universos de las prácticas y consumos culturales populares merecen la misma atención, el mismo respeto que los de un académico, que pueden encerrar significados subjetivos igual de intensos y engendrar un sistema simbólico, también valioso y coherente.

Esta ruptura con el legitimismo plantea dificultades epistemológicas igualmente importantes. Surge entonces la amenaza de dos posibilidades de análisis. El miserabilismo puede enfocarse como una forma de reconsideración del rechazo legitimista. Eventualmente observada con atención y simpatía, la cultura popular, sin embargo, todavía sigue siendo percibida como un modo lacrimoso o reductor. Sólo puede ser dominada, incompleta o patética, o caracterizarse por la carencia, la pobreza o la ingenuidad. Su trágico destino es el de no poder acceder al estatus de cultura completa, con ma-

yúscula. El populismo sociológico es simétrico al miserabilismo. Consiste en celebrar y magnificar todas y cualesquiera prácticas culturales populares revestidas sistemáticamente esta vez de un «plus»: de autenticidad, de profundidad, de simplicidad, de virtud. Un acordeonista mediocre en un baile «popular» se encontrará de esta manera dotado de virtudes creadoras que le serían regateadas a Horowitz si interpretara a Musorgski. A menudo, en su afán por señalar buenas intenciones, el miserabilismo oculta la realidad de la institucionalización social de jerarquías sociales, frecuentemente interiorizadas por los dominados (un Crichton no «vale» un Rushdie, ni en la escuela, ni en las páginas de «cultura» de los periódicos). Basado en el golpe de mano de una inversión de las jerarquías culturales, el populismo no siempre es ajeno a la demagogia. Sus efectos respecto de la revaluación efectiva de las culturas populares son, a menudo, dudosos o efímeros. Desemboca en la paradoja de que las preguntas iniciales (¿qué es una cultura «popular»? ¿En qué se diferencia de una cultura dominante legítima?) se quedan sin objeto y sin respuesta. (Bourdieu, 1979; Grignon y Passeron, 1989).

dente en Thompson y apreciable en Williams. Aparte de Gilroy, es menor el impacto en el seno de la generación formada por el CCCS. Para Thompson (1978), por otra parte, se trata menos de un silencio sobre la historia que de los efectos del singular materialismo de Althusser, poco atento a las tensiones internas de una sociedad, a la trama de las resistencias y del funcionamiento material de lo social. Desde entonces se declara que «el pensamiento histórico carece de valor no sólo científicamente sino también políticamente».

El escaso interés por las aportaciones de la economía constituye otra debilidad que no puede sino hipotecar el proyecto de materialismo cultural que integra la dimensión de la producción y de la circulación de los bienes culturales. Aun-

que poco preparado para esta apertura debido a la formación recibida en los cursos de Leavis durante los años treinta, Williams será uno de los únicos en intentar de forma consecuente esta integración de la dimensión económica de la cultura y de los medios. La importancia que tienen las estadísticas económicas o la referencia a los trabajos de los economistas tanto en *Communications* (1960) —probablemente la primera síntesis del tema publicada en Europa— como en sus posteriores libros sobre televisión (1974) así parecen indicarlo.

Este descuido económico será objeto, esporádicamente, de una confrontación intelectual entre los estudios culturales y una corriente de investigadores, británicos pero también franceses e italianos, para quienes un enfoque interdisciplinar de la cultura no puede pasar por alto su «economía política». La creación, en 1979, de *Media, Culture and Society*, primera revista británica dedicada a estas cuestiones, permite iniciar pronto el debate. Lanzada por unos investigadores de Leicester y del Polytechnic of Central London, y no por el equipo de Birmingham, cruzará periódicamente la espada con los partidarios de los estudios culturales. Garnham subraya, en concreto, que el legítimo rechazo del «reduccionismo económico» no puede justificar el defecto inverso. La «autonomización idealista del nivel ideológico» lleva a considerar los bienes culturales como simples portadores de mensajes y a descuidar la existencia y el funcionamiento de las industrias culturales, del mundo social organizado de sus productores (Garnham, 1979, 1983).

MATERIALISMO CULTURAL Y TROPISMO TEXTUAL

La viveza de la crítica de Garnham no pretende descalificar los estudios culturales, y menos aún incitar a una opción de método binario entre economía de bienes culturales y análisis de sus significados. Más bien indica una serie de tensiones que recorren la aventura de los estudios culturales desde sus orígenes.

Estas contradicciones se aprecian en la relación con Marx y con el marxismo, que constituye —con la excepción de Hoggart— una referencia común a los padres fundadores y a la generación de Birmingham. La forma dominante de apelar a Marx o a sus intérpretes se debe a una doble y curiosa ocultación. Los textos del Marx historiador-sociólogo (*El 18 brumario*, *Las luchas de clases*) y los del Marx economista son objeto de un uso poco intensivo. El Marx y el marxismo apreciados en el CCCS son más bien los que miran a la filosofía, al análisis de las ideologías. Ahora está bien visto señalar con lástima la inspiración marxista de un pensamiento para devaluarlo. Pero, aunque no ocultan su pertenencia a una *episteme* marxista, los grandes libros de Thompson siguen siendo capaces de estimular tanto al investigador como al ciudadano. También es verdad que el lector menos avisado hallará en el corpus inicial de los estudios culturales textos que entroncan con la exégesis marxológica más soporífera. La fuerza de las más bellas contribuciones de aquellos años no puede ocultar la frecuencia de los textos que «revisitan» machaconamente a tal o cual teórico marxista, o incluyen tales o cuales glosas de los conceptos de hegemonía o de articulación. Hall en ocasiones se lleva la palma. Pero apenas si tiene acompañantes de su nivel. La posterior invasión de los estudios culturales por parte de una proliferación de textos que, en esta ocasión, se extienden en comentarios sobre la nadería conceptual del «posmodernismo» sugiere que la postura aquí objetada obedece más a un hábito intelectual, a una relación con la teoría, que a las singularidades de la de Marx.

También hay una cierta tensión entre el proyecto declarado y las predisposiciones de buena parte de sus promotores. Detrás de la idea de «materialismo cultural», de la que Williams fue el primer heraldo, se oculta la intención de una confrontación total con los hechos culturales. Total, porque tiene en cuenta todas las culturas y no sólo la de los doctos; total, porque entiende la cultura como universo de sentido, pero también por estar sometida a procesos de producción y circulación, por ser capaz de producir efectos en las correlaciones

Policing the Crisis
**Las ambivalencias de una investigación
 de referencia**

Las severas condenas impuestas a jóvenes inmigrantes en Birmingham a raíz de un suceso criminal (robo con intimidación) son el punto de arranque de uno de los libros colectivos del CCCS. *Policing the Crisis* (Hall y Critcher, 1978) expone, partiendo de un extenso análisis de prensa, el mecanismo del pánico moral. En unas condiciones que sugieren con creces una empresa de orquestación y aumento de la amenaza, la policía y las autoridades británicas advierten del peligro que representaría la explosión de los robos con intimidación, cuyas víctimas serían principalmente mujeres y personas de edad, y sus autores jóvenes inmigrantes.

La obra postula de forma fecunda las problemáticas interaccionistas de «construcción» de una desviación, y demuestra, en concreto, cómo la invención de nuevas tipologías de actos delictivos por parte de policías y magistrados contribuye a otorgar crédito a la percepción de una amenaza inédita. Al destacar el hecho de que la estigmatización apunta sobre todo a jóvenes procedentes de la inmigración, esta investigación saca a la luz la creciente importancia que tienen los cuestionamientos acerca de las identidades, del racismo. El volumen, que trabaja con relatos de prensa, tiene la mirada puesta en los medios, en la manera en que los modelos narrativos pueden dar crédito a la idea de una forma de peligrosidad natural o innata en jóvenes originarios del Caribe o de la India. La principal contribución del libro radica en la atención que presta a los juegos de poder, de hegemonía, que este pánico moral transmite. El equipo del CCCS desarrolla en concreto el concepto de «definidor primario» para valorar el poder que detentan ciertas autorida-

des (en este caso, la policía y la justicia en cuanto fuentes de información y gestores de la delincuencia) para producir definiciones legítimas y autorizadas de los problemas y situaciones que la prensa difunde en la opinión. Publicada el año en que Margaret Thatcher llega al poder, la obra ofrece un cuadro estimulante del clima ideológico de la época, una presciencia, retrospectivamente impresionante, de sus usos por parte de los conservadores.

Simultáneamente, la obra deja entrever algunas de las limitaciones de los trabajos del centro. Su actividad sigue estando mayoritariamente centrada en los textos; se trabaja sobre los relatos de prensa sin cuestionar las recepciones y, más aún, sin llevar a cabo una verdadera investigación sobre la tarea de los periodistas que los redactan. Tal y como demostrará Philip Schlesinger, la noción clave de «definidor primario» puede ser muy valiosa. No obstante, tendría que evitar una excesiva simplificación de la complejidad social: podría alimentar una visión en términos de complot que los autores rechazan explícitamente. En efecto, da por supuesta una coherencia absoluta en el discurso de las autoridades y la impotencia de las fuentes alternativas. Su uso, sobre todo, trata a la ligera la forma que el periodismo, entendido aquí más como un altavoz activo o forzado de las autoridades que como un campo social y un ámbito de trabajo, tiene de retransmitir, o no, los discursos y las categorías oficiales. Por último, ciertos tratamientos, como las consideraciones finales sobre el buen uso de la noción de lumpenproletariado, son más propios de la erudición marxológica que de una gran aportación al problema planteado.

de fuerzas sociales. Sin embargo, para un sector de la generación de Birmingham este proyecto «materialista», ante todo, está teóricamente pertrechado con saberes procedentes de las tradiciones literarias y de la semiología, de un marxismo frecuentemente teorístico, de una disposición para «textualizar» hasta las culturas profanas, sin siquiera beneficiarse de esta forma de materialismo prosaico que podía aportar a los padres fundadores la experiencia de una larga inmersión en la práctica de la formación permanente de adultos de las clases populares. El funcionamiento del CCCS, la mayoría de las veces, ha permitido rechazar este tropismo textual. Pero hay tendencias que reaparecen...

LA ECUACIÓN DE LA FECUNDIDAD

Destacar así las limitaciones del centro de Birmingham no significa devaluar un radiante momento de fecundidad para ahorrarse la hagiografía. Tres datos expresan, pese a sus limitaciones, el dinamismo de aquellos años.

El primero se refiere a la renovación del temario y de los planteamientos. La cultura ya no era objeto de devoción o de erudición sino que era cuestionada por su relación con el poder.

El segundo nace de una singular combinación entre investigación y compromiso. El legado del centro, lo más innovador y duradero que científicamente tiene, no se explica *a pesar* de los compromisos de sus promotores sino *porque* dos generaciones de investigadores invirtieron en un trabajo concienzudo diversas formas de pasión, de cólera, de compromiso frente a un orden social que consideraban injusto y se proponían cambiar. El compromiso, ciertamente, no es la condición necesaria y suficiente para una buena ciencia social. Pero el centro ha encarnado uno de esos raros momentos de la vida intelectual en los que el compromiso de los investigadores no se esteriliza en la ortodoxia o la obcecación, sino que se apoya en una gran sensibilidad ante los retos sociales que neutraliza el efecto gueto del mundo académico. Al concentrar en una sede

central a la mayor parte de una segunda generación de investigadores, el auge del centro ha producido una masa crítica de trabajos. Las lógicas competitivas propias del mundo intelectual inducen entonces efectos virtuosos que obligan a los investigadores a gestionar sus rivalidades mediante la búsqueda de armas teóricas, de protocolos de investigación innovadores, en resumen, a través de la carrera de armamentos científicos, incluso para resolver desacuerdos de origen político en relación con la evaluación de un sistema social.

La última variable se refiere al rechazo de los patriotismos de disciplina. Birmingham no hizo desaparecer por encanto las divisiones establecidas por las especialidades universitarias. Pero el rechazo de las fronteras entre análisis literario, sociología de la desviación, etnografía y análisis de los medios ha engendrado una fecunda interdisciplinaridad.

Se esboza entonces una triple superación. La de un estructuralismo que se limita a herméticos ejercicios de descodificación de textos. A través de Gramsci, la de las versiones mecanicistas de la ideología dentro del marxismo. La de la sociología funcionalista norteamericana de los medios: frente al mecanismo del modelo estímulo-respuesta, se perfila un interés por las repercusiones ideológicas de los medios, por las respuestas dinámicas de las audiencias. Alcanzará su plenitud durante los años ochenta, en un contexto político muy distinto.

3. Las ambivalencias de los campos de estudio de la recepción

En la evolución de los estudios culturales, los años ochenta se asocian a la imagen del «giro etnográfico». La expresión designa de forma cómoda un desplazamiento hacia el estudio de las modalidades diferenciales de recepción de los medios por los distintos públicos, concretamente en materia de programas televisados. Pero después de una curva puede haber otra. Si se quieren comprender los retos epistemológicos y políticos de esta nueva etapa, conviene, pues, mantenerse a distancia de la versión encantada que la historia oficial de los estudios culturales ofrece acerca de esta ruptura.

¿Giro o reescritura de la historia?

EL HILO ETNOGRÁFICO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Basta con remitirse al anterior corpus de trabajos de los investigadores de Birmingham para evaluar en qué medida la

reivindicación de un «giro» depende más de un golpe de mano que de una descripción creíble de las evoluciones. Los estudios de Richard Hoggart sobre las culturas populares implicaban, a partir de 1957, una manifiesta predisposición etnográfica. Los trabajos de Hebdige o de Willis tampoco eran ajenos a esta actitud. La mayoría de los textos elaborados durante los años setenta, que se encuentran reunidos en un *reader* del CCCS (Hall y otros, 1980), figuran, por cierto, en un apartado titulado «Ethnography». Y si nos remontamos a la prehistoria de los estudios culturales, veremos que, durante los años treinta, los partidarios de la tradición *Culture and Society* han postulado las herramientas de la observación participante puestas a punto por la antropología cultural.

La historia oficial resulta un tanto sospechosa, máxime cuando uno de los trabajos que, de forma retrospectiva, han ascendido al rango de obras de referencia de esta mutación, no es otro que *Watching Dallas: Soap Operas and the Melodramatic Imagination*, de Ien Ang, cuya primera edición en los Países Bajos se remonta a 1982, y la segunda, en Gran Bretaña, a 1985. Sin embargo, aunque esta investigación es de gran interés por los interrogantes que plantea acerca del placer de los/las telespectadores/as de *Dallas*, o por la noción de «realismo emocional» que construye, se basa en cuarenta y dos cartas de lectores/as del semanario femenino holandés *Viva*, obtenidas por la investigadora gracias a un pequeño anuncio que invitaba a los lectores a contarle por escrito sus reacciones ante la telenovela. La pregunta formulada era la siguiente: «Me gusta mirar la serie *Dallas*, pero al verla a menudo experimento determinadas reacciones. ¿Querría usted escribirme y contarme por qué le gusta también, o por qué no le gusta? Me gustaría incorporar estas reacciones a mi tesis universitaria». Distaba bastante de la etnografía descrita por el manual de Marcel Mauss...

COMPRENDER LA RECEPCIÓN DE LOS MEDIOS

Si hubo un «giro» que marcara el comienzo de los años ochenta, ése es el inicio de un campo de estudio sobre la recepción de los medios, que intenta hacer operativos modelos como el de la codificación-descodificación de Hall (véase el capítulo 2). Un campo de estudio que hasta entonces no había pasado de la fase de esbozo. A tal fin, algunos investigadores desplegarán una gran inventiva en busca de métodos de observación y comprensión de los públicos reales, especialmente mediante técnicas etnográficas (Moore, 1993).

Este retorno crítico hacia el modelo de codificación-descodificación lo llevará a cabo David Morley mediante el estudio de la recepción de *Nationwide*, la revista informativa que, ya en 1978, había sido objeto de una lectura semiótica por parte de Morley y Brunson. Dos años más tarde, el investigador británico publica *The «Nationwide» Audience*. Su intención es la de liberarse de la fascinación semiológica que sitúa en el texto un programa de percepción y de lectura lo suficientemente potente como para imponerse a todos los receptores y, a la vez, la de comprobar empíricamente el modelo de Hall. Será el primero en introducir la técnica de los *focus groups* y en observar, en veintinueve grupos que representan sectores extremadamente diversos, las reacciones ante la difusión de episodios de aquella emisión. La investigación de *Nationwide* encarna un doble avance científico. Verifica empíricamente el fundamento del marco analítico planteado por Hall. También permite poner de manifiesto sus insuficiencias y sus lagunas: el modelo de Hall mezcla cuestiones de comprensión, reconocimiento, interpretación y reacción. Centrado en la importancia de los estatus de clase, impedía comprender la importancia del marco doméstico de percepción, de las relaciones en el seno de la familia y, más concretamente, del lugar que ocupa la mujer. El trabajo con los *focus groups* hizo surgir interrogantes innovadores sobre el papel de los medios en la producción de distintos registros identitarios. Se acentúa así la reorientación de las problemáticas iniciada por Morley, en la direc-

ción de la dimensión del «género» (*gendered*) dentro de los procesos de recepción y en relación con los instrumentos técnicos de comunicación. También trae consigo la integración de una parte consecuente de los estudios culturales, y de sus trabajos más notorios, en el ámbito más antiguo y más clásico de las investigaciones que se reclaman de las ciencias de la información y de la comunicación.

En 1986, Morley publica otra investigación titulada *Family Television: Cultural Power and Domestic Leisure*. Las técnicas utilizadas consisten sobre todo en la observación participante, el diario, la cartografía mental de los espacios domésticos, la de las distancias afectivas, las modalidades de comunicación, la discusión del álbum familiar. Siguiendo la estela de estas investigaciones, la utilización de protocolos de encuesta que intentan conocer de forma cada vez más precisa las reacciones, los comportamientos de los telespectadores, terminará propagándose ampliamente.

Giro epistemológico, giro político

¿HACIA LA SOCIEDAD POSFORDISTA?

Para comprender la evolución de los estudios culturales no hay que amputarles su parte política ni olvidar que la investigación no se desarrolla sólo en el mundo de las ideas y de los métodos.

El «giro etnográfico» es inseparable de otros giros que dejan huella en la Gran Bretaña de los años ochenta. Giro político con la instalación de Margaret Thatcher en el gobierno durante más de una década; giro conservador en general con las políticas que ésta aplica en materia de privatizaciones y de desregulación, de confrontación directa con las organizaciones sindicales (mineros); giro económico con los efectos crecientes de la globalización de las economías sobre el desempleo, la evolución del paisaje social. A partir de 1984, es decir, al mismo tiempo que en Estados Unidos y diez años antes que

Los estudios de la recepción televisual: un paisaje diversificado

Aunque los estudios culturales han contribuido en gran manera a conferirle notoriedad a la problemática de la recepción, se trata de un campo de investigación que los supera. Coexisten, conviven, se relacionan o entrecrocán temas, hipótesis epistemológicas y estrategias de investigación muy diversos. Como lo demuestran algunos estudios realizados siguiendo la estela del ya citado «giro etnográfico» y convertidos en modelo, entre los que cabe destacar los de James Lull, John Fiske, Elihu Katz y Tamar Liebes.

En 1980, el norteamericano James Lull publica un artículo programático sobre los «usos sociales de la televisión» o las «audiencias activas» y entra en los hogares para observar *in situ* a los telespectadores (Lull, 1980, 1990). Desde China hasta Brasil, pasando por los países ex comunistas, sus ámbitos de investigación acreditan la diversidad de su experiencia universitaria internacional. La obra que en 1988 ha coordinado sobre «las familias del mundo mirando la televisión» y que reúne ensayos sobre China, Venezuela, Alemania, Inglaterra, la India y Estados Unidos es un clásico. Algunos consideran que este investigador ha sido el iniciador del «giro etnográfico». Lo cierto es que a él le debe Morley el descubrimiento de los llamados estudios de «usos y gratificaciones» (véase cuadro pág. 102) que precipitarían y convertirían en natural el encuentro contra natura entre este enfoque desarrollado por la sociología funcionalista de los medios y la herencia crítica. Su propia problemática de la recepción se inició bajo el signo de esta particular sociología de los usos para luego evolucionar progresivamente hacia la antropología y los estudios culturales. En cuanto a su práctica sobre el terreno, prefiere definirla en tono pro-

vocativo: «Estoy más cerca del periodismo que de cualquier clase de fascinación epistemológica por la reflexividad. ¡Supongo que preferiría ser *paparazzi* a académico aburrido y moralizante!» (en Jacks y Tufte, 1998, pág. 148), observación que parece el eco de la de Jen Ang (1990): «Sensibilidad y “sensitividad” crítica ante lo concreto, esto es más importante que el profesionalismo teórico y la pureza metodológica».

El británico John Fiske es uno de los pioneros de los estudios culturales. Para él, lo social se reduce al lenguaje (Fiske, 1987). Todo es cuestión de semiótica y de textos, definidos de manera amplia. Ya puede mirar *Dallas* o un cartel de Madonna, deambular por un centro comercial o por un supermercado, el receptor detenta el poder soberano de dar a conocer el sentido de un «texto abierto y polisémico». En cuanto al método, procede del impresionismo y de la abusiva generalización de sus impresiones. No hay estudio empírico alguno de la morfología, las condiciones de existencia o las movilizaciones de los grupos culturales que escoge como campo de observación. Ya sean grupos de adolescentes, de aborígenes australianos o poblaciones afroamericanas. Brigitte Le Grignou ha indicado claramente donde le aprieta el zapato: «En el caso de Fiske circulan textos (significaciones y placeres) pero pocos interrogantes sobre las condiciones de producción, de circulación, de reproducción de estos textos, y especialmente sobre las instituciones que no sólo producen, sino también estructuran la recepción de estas formas simbólicas que son los textos. Fiske permanece ciego (¿o mudo?) ante la desigual distribución de bienes materiales y parece estar convencido de que el “mercado capitalista que facilita una amplia disponibilidad de gran cantidad de textos agradables ejerce un efecto de democratización”, del mismo modo que evita interrogarse sobre la distribución de las competencias para resistir al mensaje, para negociar con él, para utilizarlo como

un recurso no sólo individual sino social» (Le Grignou, 1996, pág. 113). Sólo prevalece la «democracia semiótica».

La investigación de Elihu Katz y Tamar Liebes, publicada primero en forma de artículos, a partir de 1984, y en la obra *The Export of Meaning* (1990), examina la interpretación de *Dallas* por parte de cuatro tipos de israelíes (árabes, rusos recién llegados, residentes establecidos desde hacía tiempo en Marruecos, miembros de *kibbutzim*). Está en la línea de la sociología funcionalista de los medios, atenta a los «usos y gratificaciones». Las descodificaciones de los receptores varían en función de la implicación de estos últimos, implicación vinculada a lo que sus respectivas culturas construyen como el papel de lector del texto. Las entrevistas están llenas de observaciones detalladas y reveladoras sobre las reacciones de los miembros de estos grupos. Así, los judíos rusos que acaban de llegar consideran que *Dallas* es una crítica del capitalismo, un programa que «demuestra que los norteamericanos no tienen cultura». Los árabes israelíes se interesan primero por las relaciones familiares, por la autonomía de que disfrutaban las mujeres. Pero por mucho que se busque no se encontrará un análisis del contexto sociocultural diferencial en el que cada uno de ellos evoluciona y define su identidad, ya sea nacional, de género o de clase. Lo cual conduce a criterios de clasificación de las audiencias locales inspirados en una teoría de la modernización (los «más» tradicionales, los «más» modernos) ampliamente rechazada por la antropología cultural desde los años setenta.

en el continente, se inicia la liberalización del servicio público de las telecomunicaciones.

Stuart Hall, el más «político» de los investigadores de la corriente, pone de manifiesto una muy precoz intuición de estos cambios. Resulta emblemático que abandone la dirección del centro de Birmingham a finales de los años setenta para reinvertir, casi inmediatamente, una parte importante de sus energías de empresario en *Marxism Today*, de la que se convierte en uno de los redactores más importantes, por no decir en la cabeza pensante. En esta revista, en la que publicará una quincena de artículos durante los años ochenta, es donde desarrolla en caliente su reflexión sobre los cambios en la Gran Bretaña thatcheriana, en la cultura y en el mundo. En 1988-1989, promueve un amplio foro al que invita a los intelectuales críticos para que expliciten e interpreten esos cambios y, de paso, para encarar acontecimientos tozudos y desagradables para su *doxa* y sus compromisos. Muchas de estas contribuciones serán reunidas en el volumen *New Times* (Hall y Jacques, 1990) que explora los cambios en la economía y en el Estado-providencia capitalistas, los retos de las identidades, las tensiones entre global y local. Estos textos abordan temas tradicionales de los estudios culturales (la ciudad, las identidades, el consumo). El conjunto se caracteriza, sin embargo, por el peso dominante de las contribuciones procedentes de los editorialistas de prensa, y también de universitarios economistas y politólogos, mientras que la contribución de las figuras consagradas de los estudios culturales se reduce, con la excepción de Hall, a un texto de Hebdige. Libro más político que académico, *New Times* plantea, hasta por los ausentes del sumario, la cuestión de una forma de retiro o de marginalización de los intelectuales críticos. En sentido contrario, sugiere que habrán sido necesarios diez años de rodillo thatcheriano para que se revalorice el interés por las estructuras económicas, sociológicas y políticas en torno a las que se articula lo «cultural».

Para Hall, una de las características de estos nuevos tiempos del posfordismo es que ocasionan el debilitamiento de las «solidaridades tradicionales» y dan origen a un nuevo tipo de

«individualidad» que se «aparta de las líneas de continuidad que antes estabilizaban nuestras identidades sociales». «Ya no podemos concebir al individuo en términos de un ego completo y monolítico o de un yo autónomo. La experiencia del yo está más fragmentada, marcada por la incompletud, compuesta por múltiples yoes, múltiples identidades vinculadas a los distintos mundos sociales en los que nos situamos. Estas vicisitudes del sujeto tienen su propia historia que se refiere a los episodios clave del tránsito a los nuevos tiempos. Incluyen la revolución cultural de los años sesenta, especialmente 1968, con su agudo sentido de la política como teatro, el eslogan feminista «The personal is political», el psicoanálisis con su redescubrimiento de raíces inconscientes de la subjetividad, las revoluciones teóricas de los años sesenta y setenta —la semiología, el estructuralismo y el postestructuralismo— con su interés por el lenguaje y por la representación. Esta dimensión del retorno de lo subjetivo sugiere que no podemos quedarnos satisfechos, en materia de lenguaje, para dar cuenta de los nuevos tiempos, con un discurso que respeta las viejas distinciones entre dimensiones objetiva y subjetiva del cambio. Pero tamaña renovación conceptual plantea problemas a la izquierda. «Su cultura convencional, que pone el énfasis en las “contradicciones objetivas”, las “estructuras impersonales”, los procesos que operan “a espaldas de los hombres”, nos ha incapacitado para enfrentarnos de forma coherente a lo subjetivo en política» (Hall, 1988, pág. 41).

LA EROSIÓN DE LAS IDENTIDADES

Con el pretexto de tener que adaptarse a estos nuevos tiempos, *Marxism Today* incluso ha cambiado progresivamente el *look*, procurando incorporar «la nueva pluralidad de estilos de vida» y recuperando ¡los esquemas de los socio-estilos de la industria publicitaria! Se ha podido apreciar en estas remodelaciones la expresión del cambio de orientación de sus redactores y un indicio de ese repliegue de los intelectua-

Estudios feministas y medios

Durante los años ochenta, los estudios feministas sobre los medios, hasta entonces mantenidos a raya por el *establishment* universitario, adquieren carta de naturaleza. En Estados Unidos y en los países anglosajones florecen los *woman's studies*, *gender studies* o *feminist studies*. El postulado «The personal is political» se declina de múltiples maneras en la investigación: sexualidad, belleza, cuerpo, placer, medios y géneros (en el sentido de programas o publicaciones) destinados a las mujeres: revistas, *soap opera*, melodrama o novelas sentimentales.

Este nacimiento en el universo académico tuvo el inmenso mérito de legitimar temas de estudio hasta entonces despreciados. También es contemporáneo de una ruptura política y epistemológica respecto de la primera generación de estudios feministas (M. Mattelart, 1986, 2003).

En 1975, Laura Mulvey, en su ensayo *Visual Pleasure and the Narrative Cinema*, intentaba demostrar, con la ayuda del psicoanálisis, que el cine hollywoodiense identifica el placer con la «mirada masculina» e invita así a las espectadoras a identificarse, a mirarse a través de él, a alinearse con esa objetualización de la mujer. La investigadora inglesa concluía que era urgente que el movimiento de las mujeres rompiera con ese punto de vista determinante del placer, que lo «destruyera», para escapar a la opresión. Trece años más tarde, los autores de *The Female Gaze*, editado bajo la dirección de Lorraine Gamman y Margaret Marshment, defienden la posición contraria y reivindican el carácter positivo del placer que *Dinastía*, *Madonna* o las películas de Steven Spielberg proporcionan a quienes las miran. La popularidad de los productos de la cultura de masas, argumentan, es tal que resulta imposible situarse

fuera de su alcance, máxime si las espectadoras tienen el poder de determinar el sentido de lo que miran. Una versión acrítica del «placer» inicia entonces una carrera universitaria bajo el signo de la «política de lo popular» (Brown, 1990).

Al descartar la valiosa acumulación de interrogantes del movimiento feminista a partir de los años sesenta, Ang y Hermes (1992, pág. 323) sostendrán que esta redefinición de los enfoques del placer también es una «reacción frente al absolutismo normativo y moralista de los primeros feminismos». Semejante postura se inscribe bajo la forma de alta teoría o la más modesta de nuevo sentido común, en la órbita de las teorías «post» (moderna, estructuralista, feminista). Decadencia del discurso del maestro, fin de todas las viejas certezas, universalidades y solidaridades socavadas por la fragmentación, la discontinuidad, la diversidad de las culturas, de los estilos de vida y de los intereses, cuestionamiento del ostracismo decretado por el modernismo respecto de las industrias culturales y, por consiguiente, caducidad de la dicotomía cultura de masas/alta cultura, fuente de la protesta contra la sociedad existente por parte de la *intelligentsia*, revalorización de lo ordinario, relativismo cultural (que puede hacer buenas migas con el etnocentrismo que subyace en la creencia en el advenimiento de una «condición posmoderna» accesible para todas las mujeres).

La «revelación» de las virtudes ideológicas de *Dallas*, *Dinastía*, las *soap operas* y otros signos de la cultura de masas ha suscitado en el transcurso de esos mismos años ochenta virulentas controversias, especialmente entre las feministas, en los países anglosajones. La australiana Meaghan Morris ha creído ver en esa actitud complaciente el comienzo de la trivialización de los estudios culturales, la evicción de lo político (Morris, 1986). La inglesa Judith Williamson, discípula de Barthes y autora de una obra de referencia sobre la descodifica-

ción de los mensajes publicitarios, se ha burlado de los heraldos de ese «populismo agresivamente filisteo» que «distribuyen títulos de doctor *honoris causa* en semiótica a todas las mujeres de las clases populares para demostrar mejor la inanidad de la crítica antinorteamericana». Menos polémico, el balance establecido en el umbral de los años noventa por Margaret Gallagher acerca de los estudios feministas relativos a los medios también es severo: «Hoy en día predomina la tendencia conscientemente apolítica. Es lo que más fragiliza este campo de estudios. Existe una fuerte propensión a evitar el compromiso teórico respecto de la cuestión del poder (sea cual sea el nivel), una cuestión en relación con la que el proyecto feminista en su conjunto había tomado posición [...]. Para poner remedio a estos obstáculos, resulta necesario retomar con urgencia las preocupaciones más generales de la economía política que le han proporcionado toda su fuerza a los primeros trabajos feministas» (Gallagher, 1992, pág. 14).

les que en la misma época también suscita algunas alarmas en el seno de la izquierda francesa. Al poner el acento en los nuevos marcadores de la «sociedad de consumo» y en la «libertad de elección del individuo», el diagnóstico de Hall se presta a estas críticas. Se le reprocha su adhesión al mito del *boom* del consumo orquestado por el gobierno neoliberal, su fascinación, en cierto modo, ante su discurso y el hecho de pasar por alto el balance de la política económica, que produce más y más desigualdades (Saville, en Milliband y Panitch, 1990). Y, efectivamente, la lectura que Hall propone de los medios puestos en práctica por el Estado thatcheriano para afianzar la hegemonía de un régimen «populista autoritario» sobrevalora su consistencia ideológica y la influencia que ejerce sobre la mentalidad colectiva. Esta visión monolítica del poder y del control estatal sobre los medios parece estar en contradicción con su propia teorización sobre la construcción de la hegemo-

nía de un grupo social como discurso «fluido», resultado filtrado de interacciones y mediaciones culturales; por consiguiente, no manipulado por la autoridad política (Wood, 1998). Y es que Hall oscila entre la filosofía de Althusser y su visión de la hegemonía como exigencia impuesta por «aparatos ideológicos», y la de Gramsci, más sensible a la hegemonía como juego de negociación y mediación.

La paradoja a la que conduce el diagnóstico de Hall está en señalar cuáles de los aspectos de esos nuevos tiempos y sus desplazamientos de problemática también constituyen resultados y continuidades respecto de los temas fundamentales de los estudios culturales. Éstos pueden interpretarse, al menos en parte, como la crónica paralela de una dislocación (la de la identidad obrera cuya erosión es Hoggart el primero en observar) y la búsqueda de nuevas cartografías identitarias, especialmente a través de la cristalización de las subculturas. Los nuevos tiempos del thatcherismo también tienen como efecto la aceleración de esta dislocación de las identidades sociales ligadas al mundo obrero de ayer. En Gran Bretaña, también están marcados por una forma de hundimiento de los grandes referentes políticos que se traduce en la impotencia de un Labour Party relegado a la oposición. En este contexto en el que unas formas, hasta entonces sumamente estructurantes de identidades políticas, sociales o nacionales, se ven privadas de su herencia, la cuestión de las recomposiciones identitarias se convierte en un reto político de la máxima importancia.

Lejos de constituir dos ámbitos disyuntos, los trabajos sobre los medios y el espacio público por un lado, y sobre las identidades sociales, por otro, encontrarán entonces una estrecha articulación. El sociólogo norteamericano Craig Calhoun (en Bourdieu y Coleman, 1991) hace que se comprenda el sentido de esta complementariedad. En una discusión sobre la noción de espacio público (es decir, el conjunto de instituciones políticas y mediáticas a través de las cuales una sociedad se expresa, organiza el debate sobre sus valores y su funcionamiento) acuñada por Habermas, Calhoun pone en duda su percepción hiperracionalista imputable a la Ilustración. El espacio

público nunca es un puro ámbito de racionalidad, de confrontación lógica de *logos*, o un comercio de discursos entre los que los ciudadanos escogerían racionalmente. Siempre es, al mismo tiempo, una forma de mercado identitario, de estructura de exhibición y de ofertas en la que, a través de los discursos políticos, el flujo de información, los productos culturales e incluso las modas, circulan modelos de realización, la valoración de comportamientos de panoplias identitarias (*gay*, negro, rural, musulmán) a partir del que, en una mezcla constante de racionalidad y afectos, se realizan procesos de construcción de colectivos, de combinatorias del «yo» y del «nosotros».

Se comprende entonces que el «giro etnográfico» también puede interpretarse como continuidad, como identificación de los medios más eficaces para analizar sobre el terreno los enigmas ligados a los procesos de descomposición/recomposición identitaria, para entender unos consumos culturales, unas opciones identitarias e ideológicas, unos «placeres» mediáticos que no pueden sino parecerles escandalosos a unos intelectuales marcados por el marxismo. Basándose en sus diagnósticos relativos a las nuevas condiciones de formación de las identidades sociales, Hall, desde entonces, no ha dejado de afirmar la importancia adquirida por la cultura en la gestión de las sociedades y, por tanto, en la forma de plantear la acción política.

En materia de investigaciones académicas, Hall explicaba en 1991 el «replanteamiento» de los estudios culturales, e insistía en algunos de los principales factores que obligaban a «traspasar las fronteras». Entre otros: 1. la «globalización» de origen económico, ese «proceso parcial de descomposición de las fronteras que han configurado tanto las culturas nacionales como las identidades individuales, especialmente en Europa»; 2. la fractura de los «paisajes sociales» en las «sociedades industriales avanzadas» que hace que el «yo» (*self*), de ahora en adelante, forme parte de un «proceso de construcción de las identidades sociales en el que el individuo se define por su situación en relación con distintas coordenadas y no puede reducirse a una u otra coordenada (ya sea la clase, la nación, la raza, la etnia o el género)»; 3. la fuerza de las migraciones que «transforman

nuestro mundo en silencio»; 4. el proceso de homogeneización y diferenciación que socava, por arriba y por abajo, la fuerza organizadora de las representaciones del Estado nación, de la cultura nacional y de la política nacional (Hall, 1991).

Cabe añadir a su lista la ruptura que representa, para aquellos investigadores que siguen estando políticamente comprometidos, la cuasi obligación de invertir sus energías en movimientos sociales, en vez de hacerlo en organizaciones partidistas. Si bien estas concepciones siempre han sido las de Hall, se convertirán también en las de Thompson, pieza clave del movimiento pacifista y para el desarme nuclear (CDN), que chocará a veces con la incompreensión de sus colegas. Menos conocido, el compromiso de Morley también refleja esa nueva focalización en los movimientos sociales, toda vez que fue uno de los principales responsables de la editorial Comedia, estrechamente vinculada a los movimientos alternativos (feministas, antinucleares, antirracistas y cooperativos).

Relevos y revisiones

GIROS GENERACIONALES

Lejos de poder ser interpretados únicamente a través del prisma de los debates epistemológicos, ni siquiera el de un contexto sociopolítico, los nuevos tiempos y el giro etnográfico también obedecen a procesos generacionales. Se trata en primer lugar de la llegada de la que podría denominarse tercera generación de investigadores. Se trata también del acceso a la edad adolescente y adulta de generaciones socializadas por la televisión y por todos los recursos de las industrias culturales desde su más tierna infancia, cuyas jerarquías culturales ya no son las de la generación a la que todavía pertenecían los investigadores de la segunda ola de estudios culturales. Las sensibilidades ante la cultura y las relaciones con los medios cambian y también exigen métodos de investigación más adecuados para percibir la «dimensión corriente del sujeto».

Las intervenciones de jóvenes estudiantes que participan en el seminario *Crossing Boundaries* organizado en Amsterdam, en 1991, por la European Network for Cultural and Media Studies, son un buen exponente del cambio de sensibilidad respecto de la cuestión de la constitución de la identidad. «Mientras que la escuela de Birmingham, con Hebdige y Hall, ha estudiado a fondo las subculturas, en los últimos años se aprecia una disminución de este tipo de estudios. Y esto por dos razones. En primer lugar, durante la gran época del centro, las subculturas se enfocaron como identidades realmente fijas, como conceptos estables de formas auténticas, originales, de resistencia, en un momento histórico dado y en un lugar geográfico determinado. En segundo lugar, se daba por supuesto que cada subcultura causaba su propia muerte cuando era aceptada por la *mainstream culture*: la originalidad de los *punks* británicos residía en la extravagancia de su estilo y de su forma de expresión, pero cuando sus chaquetas de cuero se convirtieron en una moda, ya no quedaron verdaderos *punks* [...]. [Hoy en día], no existe, por ejemplo, una identidad precisa de la subcultura *hip-hop*. Y eso porque el *hip-hop* es una cultura ampliamente internacional. Originaria de los guetos negros de Harlem y del Bronx, se ha extendido en unos pocos meses, especialmente en Holanda y en Inglaterra. Hoy por hoy hay que hablar de la dicotomía global/local. Cada subcultura *hip-hop* local, regional o nacional ha añadido sus propias fuentes de preocupación» (Wermuth, 1996, pág. 62).

Otro interviniente en aquel foro expresa otra evolución: «A mi juicio, los estudiantes de estudios culturales no son muy diferentes de los restantes humanos. Quizá seamos sólo un poco más conscientes. La mayoría de nosotros preferimos Madonna a Mozart, Kundera a Kinsella, sabemos que políticamente la izquierda vale más que la derecha, y por lo que se refiere a los medios, preferimos las redes privadas a las cadenas públicas. En resumen, somos los hijos de nuestro tiempo, y nuestro tiempo son los años noventa».

¿Hacia el fin de la polarización de las identidades?

La evolución de las líneas de investigación del norteamericano Lawrence Grossberg, formado directamente en el centro de Birmingham durante los años setenta, es una muestra de la aparición de una tercera generación de investigadores.

Destaca el malestar que le inspira la noción de identidad basada en una diferencia negativa que, según él, ha impregnado los estudios culturales y su noción de resistencia. La identidad cultural ha de concebirse como una «producción positiva». De ahí su intento de «inyectar movimiento y movilidad en la formación de la identidad» con el fin de superar lo que denomina «concepciones polares de la identidad», que distribuyen a la gente entre dominantes y marginados, metropolitanos y periféricos, etc. Frente a las nociones de totalidad social y verdad universal, los estudios culturales han de definirse como un «coyunturalismo posmoderno» (*sic*). Frente a cualquier cosificación de la identidad cultural, se suman a los trayectos del «sujeto nómada» llamado a remodelarse sin parar como un «conjunto móvil de vectores en un contexto fluido» (Grossberg, 1993, págs. 40 y 61). Al interpretar a su manera los análisis de los filósofos Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil mesetas; capitalismo y esquizofrenia*, Grossberg habla —de una forma un tanto confusa— de «territorialización de la vida cotidiana» y de «lógica espacial de la vida cotidiana» como «la forma en que la gente vive la libertad siempre parcial de establecerse y desplazarse por la superposición de realidades en el seno de la cual sus identidades e identificaciones, su representación, se constituyen mutuamente [...]. Sus efectos pueden visualizarse como un diagrama, una configuración o circulación móvil de “lugares”, de puntos en el espacio social en el que se articulan prioridades con densidades específicas,

para cristalizar en formación (identitaria), en alianzas» (Grossberg, 1996, págs. 106-107).

Por su propia oscuridad, las formulaciones de Grossberg son bastante representativas de los tropismos intelectuales de parte de la tercera generación. Entre los que puede incluirse la tendencia a simplificar excesivamente las aportaciones de las generaciones anteriores cuya visión de la identidad y de los estilos de vida no tenía ni el monolitismo ni la simplicidad sugeridas. Más aún, semejante enfoque plantea el interrogante de una forma de teoricismo *light*. Éste tiende a diluir cuestionamientos pertinentes —pese a que la calificación de la identidad de fundamentalmente «relativa» y «contingente» se debe a Max Weber— en un mar de referencias teóricas, capaces de funcionar sin material empírico.

LAS DERIVAS DE LA RELACIÓN SIN COMPLEJO CON EL MEDIO

Resulta revelador el progresivo deslizamiento hacia la trivialización de la televisión en su modalidad comercial. Se inició durante la primera mitad de los años ochenta. El primer coloquio internacional sobre Television Studies, organizado en Londres en julio de 1984 por el British Film Institute y el Instituto de Educación de la Universidad de Londres fue un importante indicio. Ien Ang «fue uno de los focos de atracción del encuentro: hizo de la noción de placer proporcionado al auditorio por la televisión comercial el punto de partida de una confrontación entre la herencia de servicio público y los paradigmas de la televisión del mercado. Confrontación que se convirtió en acusación contra el servicio público y en enaltecimiento unívoco de lo comercial, considerado como más liberador y emancipador, al estar pendiente de las expectativas populares de entretenimiento» (A. Mattelart y M. Mattelart, 1986, pág. 150). Con este rasero, la idea de servicio público, ajeno a los «deseos y preferencias populares», no era más que

una «coartada para colocar a los telespectadores en un marco paternalista» (Ang, 1985b, págs. 264-265).

Hacia finales de la década, este *leitmotiv* se transformó en una declaración de guerra contra la directiva «Televisión sin fronteras» aprobada por los países de la Comunidad Europea. «Los “europeístas” han exteriorizado una preocupación obsesiva respecto de la supuesta amenaza de “americanización” cultural como consecuencia de la transnacionalización del sistema de medios. Esta postura oculta una evidencia: el hecho de que los símbolos culturales americanos se han convertido en parte integrante de la forma en que millones de europeos construyen sus identidades culturales. A partir de entonces, las políticas oficiales basadas en un antagonismo totalizante entre “Europa” y “América” están necesariamente en contradicción con la vida cotidiana en la Europa contemporánea. El discurso “paneuropeísta” no es sólo una respuesta contrahegemónica a la hegemonía muy real de Norteamérica en el ámbito de la producción y distribución cultural. Él mismo es una estrategia de hegemonía que tiende a marginar las respuestas, difíciles de percibir, de los europeos corrientes» (Ang, 1990, pág. 257).

El retorno al placer ordinario se producía explícitamente en nombre de la necesaria ruptura con la fuerte tradición de las teorías negativas inspiradas por la escuela de Frankfurt y la corriente estructuralista. El problema no es evidentemente el paradigma del placer en sí, por cuya rehabilitación no podemos sino felicitarnos, sino la función que se le obliga a desempeñar al escamotear su duplicidad, su estatus profundamente ambiguo que alude a la relación deseo/«servidumbre voluntaria».

Detrás de la dimensión ordinaria del placer que se confunde con la dimensión ordinaria de la televisión comercial se perfilaba la conformidad o cuando menos la neutralidad de la investigación ante el proceso de privatización y desregulación de los paisajes audiovisuales, en el preciso momento en que los países de la Comunidad Europea iniciaban un largo debate sobre la televisión sin fronteras y se inquietaban por los escollos de una salvaje mercantilización a la italiana. Según hemos

visto, esta idea concreta del placer sirve de inspiración a *Watching Dallas*, trabajo precursor tanto del seísmo «etnográfico» como de un interés nuevo y libre de tabúes ideológicos por la cuestión del placer en la recepción.

Convergencias

TRATADOS DE PAZ

No puede negarse el mérito de las nuevas reflexiones sobre las audiencias que no hacen sino insertarse en un movimiento epistemológico más general de «retorno al sujeto» y a los juegos de la intersubjetividad (A. Mattelart y M. Mattelart, 1986, 1995). Perturban las teorías deterministas que, en el transcurso de las décadas anteriores, han puesto demasiado énfasis en el peso de los «invariantes», en la estructura, y en la alienación que produce en un consumidor reducido a la condición de receptáculo. Semejante cambio de óptica permite interrogarse acerca del margen de maniobra que, entre la autonomía individual y la obligación, el orden social y productivo le deja efectivamente a «los que practican», pero es necesario señalar su ambivalencia. Existe un riesgo real de pasar de la clausura del texto soberano a la reclusión en la recepción soberana.

Más de quince años de evolución permiten identificar una de las paradojas a largo plazo del «giro etnográfico». Pensado para poder operar con modelos teóricos, para proporcionar apoyos empíricos a los estudios culturales allá donde hacían falta, este «giro» parece suscitar a veces sorprendentes cambios de dirección que aproximan a partidarios del nuevo curso de los estudios culturales y a investigadores de enfoques más tradicionales. Se parece a una reinención de los buenos y viejos estudios inspirados por la sociología funcionalista. Algunas especulaciones infructuosas, que pueden advertirse en juegos de cita o en informes de ciertas obras, ofrecen el espectáculo de una asombrosa paz de los valientes donde investigadores

«empiristas», frecuentemente considerados hasta entonces, en el ámbito de los estudios culturales, como las sombrías encarnaciones del academicismo conservador, rinden homenaje a los investigadores «críticos» finalmente preocupados por el realismo, mientras que los liberados hijos de la vanguardia descubren las desconocidas virtudes de los viejos clásicos. Morley no se quedará a la zaga en este juego de referencias cruzadas. Al reseñar, en 1991, la obra de Katz y Liebes, *The Export of Meaning*, en el *Journal of Communication*, emite un juicio benevolente que justifica por la contribución de estos dos autores «a desenmascarar las teorías del imperialismo cultural». Ahora bien, éstos dan de esta noción una visión caricaturesca en forma de «mensaje hegemónico [que] el analista discierne en el texto y que se transfiere a la mente indefensa de los telespectadores a lo largo y ancho del mundo». En un artículo posterior, a la vez que se desmarca de los enfoques «populistas», Morley invoca sus trabajos, los de Ang, Radway, Katz y Liebes, asociados en una discutible coherencia, para argumentar de nuevo contra una «tesis simplona de la ideología dominante» (1993, pág. 14). El hecho de que en los años setenta se produjeran visiones excesivamente duales de las correlaciones de fuerza entre las distintas culturas, así como de la ideología dominante, resulta difícilmente objetable. Pero ¿estamos en paz con estos debates al triunfar sin riesgos sobre los dictérios más pobres? ¿Y al valernos de una retórica negativista, equidistante del populismo de algunos teóricos de los estudios culturales y de las visiones apocalípticas de la «dominación»?

En *Television Audiences and Cultural Studies* (1992), Morley analiza retrospectivamente, con una mezcla de lucidez autocrítica y de alegato *pro domo sua*, los curiosos reencuentros que a veces parecen suscitar estas evoluciones, los patinaos que acompañaron a la superación del «giro». Su crítico alegato gira esencialmente en torno a la reivindicación de un doble adelantamiento. El reto del giro de los años ochenta, que se ha vuelto más transparente gracias a la perspectiva del tiempo, habría consistido en una ruptura con las aporías de los estudios culturales anteriores: mediante la utilización de las he-

Michel de Certeau y los estudios culturales

L'Invention du quotidien. Arts de faire, que Michel de Certeau (1925-1986) publica en 1980 es editado cuatro años más tarde en lengua inglesa con el título de *The Practice of Everyday Life*, por los servicios editoriales de la Universidad de California (Berkeley). Recibe su mejor acogida en el ámbito de los estudios culturales. Muy pronto se convierte en una obra de referencia. Los investigadores se identifican con el enfoque que propone de las tácticas propias de los consumidores en sus relaciones con los medios y otros dispositivos culturales.

La originalidad de este pensador de conocimientos polimorfos, psicoanalista, antropólogo y, a la vez, exégeta de textos sagrados, es, en efecto, la de haber liberado los interrogantes sobre los minúsculos procedimientos de la creatividad cotidiana. En contraste con las teorías de Michel Foucault sobre la influencia del tupido entramado de las tecnologías de vigilancia y disciplina que organizan la ordenación sociopolítica, intenta exhumar los procedimientos populares, igual de minúsculos y cotidianos, de las redes de una «antidisciplina». Cómo el usuario, a través de sus «artes de hacer», sus astucias, sus chapuzas, sus pirateos, sus reutilizaciones, las prácticas del rodeo y del contorno, hace otra cosa con las estructuras tecnocráticas. Prácticas todas ellas que «ponen en juego una *ratio* "popular", una forma de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar» (Certeau, 1980, XLI).

La apropiación de las tesis sobre «resistencia activa» por parte de los estudios culturales dista mucho de haberse librado de patinazos populistas (Ahaerne, 1995). Esta iniciativa enaltecedora está en las antípodas de la de Certeau, que nunca ha pecado de ingenuidad a pro-

pósito de los límites de las «antidisciplinas». El combate táctico contra el orden productivo y social se entabla entre el fuerte y el débil, incluso si este último no deja de construir su cultura.

ramientas sociológicas más rigurosas, mediante una adecuada puesta a prueba empírica de los modelos teóricos de análisis de la recepción, y también mediante el replanteamiento de una visión a veces mitificada de las «resistencias» que haya podido suscitar una lectura exageradamente optimista de *L'Invention du quotidien*, de Michel de Certeau. Simétricamente, este momento de superación habrá significado una rehabilitación crítica de parte del legado empirista, al destacar, por ejemplo, en qué medida los trabajos de Katz, Klapper, Lazarsfeld o Merton habían permitido contrarrestar las visiones más simplistas del poder de los medios ligadas al modelo conductista de la «aguja hipodérmica» o del «estímulo-respuesta», al restituir a las investigaciones sobre «usos y gratificaciones» su parte innovadora de desplazamiento de la mirada hacia un receptor activo. Morley destacará, no obstante, cómo, a pesar de todo, este empirismo «revisitado» no puede ser totalmente rehabilitado cuando el interés por la autonomía de los receptores se desliza hacia una apología ingenua donde la capacidad de los telespectadores para recodificar o piratear el flujo televisual invalida cualquier interrogante sobre los contenidos. También vuelve a tomar sus distancias respecto de Liebes y Katz, que se ocupan de «códigos culturales» sin molestarse en explicitar su génesis ni el *modus operandi*.

REAJUSTAR LOS BALANCES AUTOCOMPLACIENTES

Incluso en sus propias vacilaciones y contradicciones, la mirada retrospectiva de Morley constituye un testimonio importante. Da cuenta de una investigación «en acción», cuya coherencia raras veces es la del planteamiento del manual.

«Usos y gratificaciones»

A través de un cuestionamiento recurrente de los «efectos», la recepción de los medios ha obsesionado a los investigadores desde la Segunda Guerra Mundial. La experiencia de las «propagandas» y la creciente necesidad de medir y evaluar audiencias han sido los causantes de este interés.

Los primeros modelos de análisis, conocidos como los de la «aguja hipodérmica», postulaban, a la vez, un simple esquema «estímulo-respuesta» y poderosos «efectos». La sociología funcionalista, a partir de los años cincuenta, ha buscado mediaciones entre emisión y recepción (Curran, en *Hermès*, 1993). Los estudios conocidos como «Usos y gratificaciones» constituyen en este sentido una avanzadilla. Postulan un receptor más activo. Ponen en entredicho los «usos» que éste hace de los medios, los placeres que encuentra en éstos, la forma en que «negocia» sus lecturas (Katz, 1990). El parentesco entre los mejores de estos trabajos y recientes estudios sobre la recepción es evidente; las debilidades que comparten, también. A los receptores se les atribuye una capacidad para rendir cuenta de sus prácticas, lo que los convierte en sociólogos en tiempo real. Las explicaciones, a menudo psicologizantes, de las «gratificaciones» hacen caso omiso de las exigencias de la oferta de programas, de los efectos de socialización. La capacidad de negociación de los receptores suele ser evaluada de forma hiperbólica (Gitlin, 1978; Beaud, 1984).

¿Cabe por ello aceptarla renunciando al beneficio de inventario? Se queda uno perplejo ante la curiosa asimetría de un doble adelantamiento que rehabilita con mucha generosidad lo mejor del empirismo para renovar las problemáticas de los estudios culturales, pero que demuestra bastante poco celo a la

hora de explicitar y utilizar lo que sería la parte positiva de la herencia crítica.

La iniciativa de retorno reflexivo sobre las investigaciones inspiradas por los «Usos y gratificaciones» no es en sí ni censurable ni inútil. No hay que ocultar, sin embargo, los fundamentos epistemológicos de estos trabajos. Recordemos sencillamente lo que decía Piemme en 1980: «Se ponen frente a frente dos elementos (los medios/la gente, los grupos, la sociedad) que previamente han sido autonomizados, luego nos hacemos preguntas sobre su relación. Esto significa claramente que al principio no hay localización de los medios en el seno de las instancias de la formación social. Se dan fuera de la estructura y parece que engendran un efecto *sui generis* sobre gente/grupos/una sociedad de los que se silencian las determinaciones estructurales y las contradicciones que los recorren o de las que son uno de los términos. En esta teoría todo ocurre como si éstos no tuvieran nada que ver con las relaciones de poder que le dan a la formación social su particular configuración. Parece como si esta teoría ignorara que los medios son parte integrante de las contradicciones sociales, que sus efectos son intervenciones susceptibles de aumentar o modificar la correlación de fuerzas enfrentadas» (Piemme, 1980, pág. 95).

Hay en definitiva buenas razones para sospechar que las reconciliaciones con la vieja tradición empirista no se explican sólo por el simple abandono de los sectarismos ni por la efervescencia creadora del «giro» de los años ochenta. En 1990, Katz escribe a propósito del «retorno de los públicos»: «La noción de participación o de papel del espectador, en la medida en que prolonga la idea de una selectividad del público, se convierte en un notable punto de convergencia entre neomarxistas, funcionalistas y teóricos del texto. Los neomarxistas acceden a confrontar sus propias lecturas de textos (análisis cualitativos del contenido) con el estudio empírico de las lecturas hechas por los espectadores. La idea de que un texto pueda ser recibido por sus destinatarios mediante el modo de oposición y contrariando sus ambiciones hegemónicas repre-

senta una apertura de la teoría crítica —Hall, Morley— ante la posible vulnerabilidad del *statu quo*» (Katz, 1990, págs. 282-283).

Aunque el interés por la recepción llegó a representar un momento importante de ruptura con los dogmas del período estructuralista, también ha llegado a ocultar importantes interrogantes y a suscitar una forma de confusión que tiene los rasgos de la *receptionitis*, que elimina todos los cuestionamientos acerca de los medios y se reconcilia con el viejo mediacentrismo. El hecho de destacar que sus aportaciones no han descalificado ni agotado las problemáticas relativas a las correlaciones de fuerza internacionales en materia de productos culturales, o las de la génesis de instrumentos de «descodificación» no significa devaluar la fuerza de renovación de los trabajos de Morley o Ang (y también de Katz y Liebes). Una vez pasada la fiebre del oro etnográfico, Morley no lo negará, como lo indica su colaboración con el geógrafo Kevin Robins (1995). Ambos se proponen rearticular los estudios culturales, la economía política de la comunicación y la geografía cultural.

Lo que no quita para que estudios culturales y neofuncionalismo se hayan aliado en algunas ocasiones para oponerse a quienes persisten en interpretar la interpenetración de las culturas, las economías y las sociedades desde el reconocimiento del desigual intercambio entre estas culturas y de las lógicas de exclusión inherentes al proceso de integración mundial de los sistemas técnicos y económicos. El debate que se pretende difícilmente puede tener lugar. Partidarios de los estudios culturales y neofuncionalistas abusan con demasiada frecuencia de las mismas simplificaciones extremas. La somera visión del espacio global de los medios que emana de la acusación de Ang contra las políticas públicas de la Unión Europea es reveladora. También es sintomática de la endogamia intelectual de la «tercera generación», de su escasa familiarización con los avances de la ciencia política y los de la economía política de la comunicación y de la cultura que desde finales de los años setenta, sin embargo, han desarrollado el conocimiento de los

complejos juegos de articulaciones y rupturas entre lo local, lo nacional y la esfera transnacional (Mattelart y Mattelart, 1986, 1987; Mattelart, 1992; Mosco, 1996; Roach, 1997, Miège, 2001; T. Mattelart, 2002).

4. Internacionalización y crisis de los estudios culturales

Apenas cincuenta años después de *The Uses of Literacy*, treinta años después de los primeros textos significativos de Birmingham, la influencia de esta corriente de investigación se extiende, sus focos se redistribuyen. Estados Unidos constituye un nuevo relevo y una base esencial para este desarrollo. Apenas si quedan países en los que no existan departamentos o profesores de estudios culturales. Se multiplican los manuales, los libros y las revistas, lo mismo que los objetos que se van seleccionando. En el otoño de 2002, un motor de búsqueda proporcionaba en la Web cerca de dos millones y medio de referencias distintas a partir del término. Queda por conocer la amplitud del desarrollo institucional de los estudios culturales y de la forma en que puede verse afectado un movimiento intelectual originariamente contestatario. Esta prodigiosa expansión no puede analizarse como un simple proceso de desmultiplicación de los investigadores y de los descubrimientos. Sus contrapartidas negativas llevan por nombre pérdida de identidad, de rigor y de fecundidad.

El *big-bang*

LA REVANCHA DE LOS *POLYTECHNICS*

La institucionalización se observa en primer lugar en el Reino Unido, como un cuasi accidente ocurrido por la pusilanimidad de las instituciones universitarias. A causa precisamente de su ilegitimidad académica, los estudios culturales, básicamente, han sido confinados en los *polytechnics*. Estas instituciones, consideradas de segundo nivel, han constituido, a la vez, desde finales de los años setenta, cauces destinados a absorber gran parte del creciente flujo de estudiantes y espacios de institucionalización de focos de investigación sobre la cultura. Ahora bien, una de las políticas públicas desarrolladas por los conservadores británicos a mediados de los años ochenta consistirá en ir transformando gradualmente las *polytechnics* en universidades de pleno derecho, para responder a la presión demográfica estudiantil, sin abrir demasiado las instituciones más elitistas. En una situación en la que el súbito crecimiento del número de universidades entorpece la legibilidad del mapa académico, los *polytechnics* se esforzarán en afirmar su originalidad y en marcar su territorio científico, haciendo valer, en concreto, su competencia interdisciplinaria: *European Studies*, pero sobre todo estudios culturales que ven cómo se refuerzan tanto su legitimidad como sus efectivos. Al mismo tiempo el notable éxito de la Open University también contribuirá a consolidar la disciplina.

LAS CONDICIONES SOCIALES DE UNA DIFUSIÓN

Aunque los años ochenta son los de la institucionalización de los estudios culturales en Gran Bretaña, son todavía más los del arranque de su expansión mundial, que prosigue en el umbral del siglo XXI. La dificultad que existe para dar cuenta tanto de esta propagación como de la existencia de zonas de impermeabilidad obedece a la diversidad de sus orígenes.

¿Cuáles son los denominadores más comunes de su auge? Puede contestarse con la ayuda de los análisis de Perti Ala-suutari (1999) sobre el caso finlandés. En el caso de los países capitalistas avanzados se aprecian tres factores de forma recurrente. El primero obedece a la aparición en los años sesenta de un nuevo público de estudiantes que, gracias a la democratización de la universidad, son los primeros de su familia en poder acceder a esta institución. Este público evidencia actitudes más críticas y más escépticas respecto de los valores y los rituales de un mundo académico que le parece formalista. Estas modificaciones morfológicas de la población universitaria desencadenan casi siempre —especialmente cuando «becarios» y nuevos fichajes son reclutados para su cuerpo docente— un segundo fenómeno: la puesta en entredicho de las materias y jerarquías académicas. Los retos de esta protesta son múltiples. Puede funcionar con fidelidad a su ámbito de origen y reivindicar la dignidad y el valor de su cultura. Puede insertarse en una crítica más directamente política. También implica intereses prácticos en el microcosmos académico: valorizar el estudio de la cultura de masas, financiar encuestas sobre los estilos de vida de los jóvenes también supone ejercer de árbitro en materia de plazas, presupuestos, creación de cauces en competencia con otras disciplinas y conocimientos.

Y ya que una de las particularidades de las luchas en el campo científico es la de poner en juego recursos específicos (teorías, paradigmas), nos encontramos con la tercera clave explicativa del auge de los estudios culturales. Las lógicas sociales e intelectuales que habían convertido a Birmingham en un gran foco de importación conceptual hallarán su equivalente en numerosos países. Esta proximidad de situaciones se traduce en el frecuente recurso a las variantes no mecanicistas o extremadamente teóricas de los marxismos de los años setenta, en la utilización de disciplinas nuevas como la semiología. Pero similitud no es identidad. La situación de los estudios culturales británicos se invierte: a comienzos de los años ochenta, se convierten en objeto de exportación. La producción de los investigadores británicos ofrece desde entonces un

conjunto de estudios de campo de gran valor, y textos más teóricos, cuyos temas (culturas jóvenes, medios) adquieren sentido más allá del Reino Unido. Pero la lengua también es una condición de esta posible influencia. El inglés, mucho más que el francés o el alemán, constituye el idioma de los intercambios académicos internacionales. Le da una ventaja competitiva a los textos y teorías anglófonas o traducidas al inglés. Por consiguiente, Birmingham y los estudios culturales se encontraron de hecho en condiciones de funcionar como relevos e intérpretes (en el doble sentido de lugares de traducción, a veces de traición) de numerosos trabajos franceses o italianos.

LA ACELERACIÓN DE LOS AÑOS NOVENTA

Estas explicaciones de la difusión internacional de las investigaciones anglófonas en materia cultural dejan en suspenso importantes preguntas. Una de ellas es explicar su inserción en la duración. Los años setenta habían visto cómo la primera generación de la semiología francesa se instalaba como ciencia relevante. Diez años después desaparecerá del horizonte de la investigación. Sin embargo, lejos de quedarse en agua de borrajas, la expansión de los estudios culturales se ha consolidado mucho durante los años noventa. Pueden aducirse cinco explicaciones.

La primera se refiere a los desfases temporales en los procesos de democratización universitaria. El movimiento vinculado a la aparición de los estudios culturales se desarrolla más tardíamente en algunos países del sur de Europa, con mayor razón en el hemisferio sur. Los años noventa también son, en numerosos países europeos, los de una segunda ola de ampliación de efectivos universitarios, numéricamente comparable a la de los años sesenta.

La difusión de estas investigaciones también se debe, en el mundo anglófono, a la acción de expatriados británicos. Aunque los años Thatcher han generado la institucionalización de los departamentos de estudios culturales, al principio

estuvieron marcados por el agotamiento de las contrataciones y una degradación de las condiciones de trabajo de los universitarios, que se han traducido en un significativo, y no siempre voluntario, movimiento de expatriación. Un colega inglés, que entonces destacaba mucho en una universidad del sur de Estados Unidos, interrogado acerca de las motivaciones de su marcha, nos contestó: «In fact I was more a push than a pull». Obligados por la falta de plazas para los jóvenes fichajes, por condiciones de trabajo más gratificantes para los antiguos más conocidos (Hebdige), numerosos investigadores británicos del sector cultural abandonarán el Reino Unido y desempeñarán un papel activo de embajadores, de empresarios de los estudios culturales.

El refuerzo de la red internacional de estudios culturales también se debe en gran medida al atractivo que ejerce sobre los departamentos de lengua y civilización británica y anglosajona a lo largo y ancho del mundo. Sus profesores representan un porcentaje significativo de los coloquios internacionales de la disciplina.

Asimismo, el importante crecimiento de lo cultural como objeto de investigación y de formación universitaria obedece simplemente al lugar que ocupa la producción de bienes culturales. Lo mismo da que hagamos referencia a una definición que evoca la idea de creatividad (edición, productos audiovisuales), la de transmisión y explotación del conocimiento (formación, tratamiento de datos) o significados más extensivos (actividades recreativas, ocio, turismo): lo cultural adquiere cada vez mayor importancia dentro de las actividades económicas. La observación es válida para las «industrias culturales». También se aplica al diseño, a las técnicas de embalaje que se anticipan a los esquemas culturales de los consumidores para captarlos. David Chaney (1994) propone asociar esta nueva pregnancia de lo cultural a la noción de *cultural turn*: la cultura ha dejado de ser un factor extraordinario de la vida social (ritos, obras prestigiosas) para penetrar la carne de lo cotidiano. Podría objetarse que esta omnipresencia depende de la propia definición antropológica de la cultura. Sin duda es

ahí donde el adjetivo «cultural» sirve de auxilio. Expresa, a la vez, una dimensión más reflexiva de la relación con la cultura y una saturación de los objetos y comportamientos más prosaicos mediante elementos de cultura legítima. El diseño, la publicidad, su estetización de los actos de consumo más corrientes serían otros tantos ejemplos. Este viraje cultural pone en juego cada vez más recursos cognitivos, especialmente conocimientos organizados, tanto en los nortes como en los sures, entre los grupos sociales integrados en la modernidad y en sus modelos de consumo. Cabe recordar a este respecto que sólo el 7 % de los ciudadanos de Estados Unidos dispone de pasaporte. La conversión contemporánea del turista en «viajero» (Munt, 1994) ilustra este giro. El turista consumía rayos ultravioleta, playa, pintoresquismo. El «viajero» explora, descodifica la cultura local. La densidad cultural de su mirada le permitía revestir un vestigio inca o maya con todo un bagaje, constituido por lecturas eruditas, relatos de ficción, películas, bandas sonoras, artículos de prensa (desde Indiana Jones a Malcolm Lowry, pasando por Las Casas o un ensayo sobre el pensamiento mestizo y la silueta del subcomandante Marcos). El riesgo, sin embargo, consiste en ver en la vena «posmoderna» la confirmación de que el mundo no es más que signos, representaciones, *collage* de discursos y préstamos culturales.

Esta ubicuidad de lo cultural produce efectos directos sobre el sistema de formación y la apertura de cauces universitarios, muy especialmente en un mundo anglosajón dominado por universidades privadas (Estados Unidos, Canadá) o en un sector público en el que unas elevadas matrículas constituyen la principal fuente de recursos de las instituciones académicas. El auge de las plazas y departamentos de estudios culturales o la introducción de sus programas en formaciones muy diversas (*management*, turismo, publicidad, relaciones públicas, arquitectura...) no son del todo ajenos a una «programación» pedagógica sometida al audímetro, susceptible de atraer a un alumnado consecuente, de infundir a los proveedores de fondos la sensación de una enseñanza que, más allá de la «comu-

Los departamentos universitarios de inglés y la mundialización de los estudios culturales

No tiene nada de sorprendente que unos profesores especializados en civilización y cultura británica o anglófona se dirijan a los autores y a la nebulosa disciplinar que precisamente se han enfrentado de forma innovadora con sus temas de investigación y enseñanza. Estos especialistas formados en su juventud en la exégesis de las novelas de Jane Austen o de Nathaniel Hawthorne acababan por encontrar en la evocación de la etnicidad de Hanif Kuneishi o Toni Morrison, o en la crítica social del cineasta Ken Loach, objetos inéditos, más excitantes o sencillamente más propicios para renovar la creatividad de una investigación.

La ambigüedad de estas adhesiones también merece atención. Sus aportaciones son evidentes. El eco que han tenido entre los departamentos de lengua y civilización inglesa/británica ha reforzado los estudios culturales gracias a la movilización de un considerable tropel de universitarios, de relevos institucionales. Estos compañeros tienen un conocimiento de la sociedad británica que puede evitar que se queden fuera de contexto algunas recepciones ingenuas o mal informadas de los trabajos anglófonos. Esta consolidación tiene un precio. Formados predominantemente en el mundo disciplinar de las humanidades (lenguas, literatura, filosofía), estos investigadores y compañeros de viaje a menudo tienen un conocimiento muy somero de las ciencias sociales o cierta propensión a considerar los textos de los sociólogos como objetos de exégesis antes que como una caja de herramientas para la investigación.

No se trata de interponer ante el proyecto interdisciplinar una nueva querrela de facultad, sino de señalar dos fenómenos que están en el centro de la crisis de los estudios culturales. La ruptura del momento Birmin-

gham había consistido en trasplantar sobre competencias «literarias» préstamos tomados de los conceptos y las técnicas de investigación de las ciencias sociales. Esta vez se perfila un proceso a la inversa, con el retorno de la exégesis, una «textualización» de todos los temas, que invita a descodificarlos y comentarlos, pero que evita las incomodidades del trabajo de campo. Acometer un proyecto intelectual próximo a una sociología que comprende la cultura, sin conceptos ni hábito de sociólogo, también representa una apuesta arriesgada.

nicación», estaría en conexión con los futuros yacimientos de empleo del terciario. De hecho, esta oferta comprende lo mejor y lo peor, el verbalismo empalagoso y el rigor analítico, formaciones así llamadas avanzadas (vídeo, música, medios) y formaciones «parking» que desembocan en empleos basura.

Las «excepciones culturales»

ASINCRONÍAS

Esta expansión planetaria plantea por último la cuestión de sus disparidades. Frente a su enorme éxito en América del Norte y en Australia, y a su influencia en el sudeste de Asia, se opone su no recepción en Francia y en Alemania o en Centroeuropa. Se añaden a la desigual influencia de la lengua y de la cultura inglesas el grado de inserción de los países respectivos en la mundialización de los bienes culturales así como la estructuración del campo intelectual. Las estructuras del ámbito intelectual hacen referencia, entre otras, a la importancia de la configuración de los sistemas universitarios (grado y ritmo de «democratización», sensibilidad ante las expectativas de un público de pago). Cabe destacar otros dos factores de esta organización académica. También parece que las posibilidades de que los estudios culturales se implanten en un siste-

ma académico son menores si éste ya ha desarrollado sus propios marcos de análisis de la cultura y si los temas tratados por un sistema de disciplinas de ciencias sociales ya institucionalizadas no dejan espacios en los que pueda desarrollarse esta interdisciplina.

A la inversa, las secuencias de brusca democratización, como las que se producen a la caída de las dictaduras, crean teóricas salidas de aire. El economista Gerschenkron ha puesto de relieve los efectos dinámicos de las modernizaciones del aparato productivo en países atrasados, que a veces saltan por encima de dos o tres generaciones de innovaciones para disponer de entrada de las tecnologías más modernas sin tener que amortizar inversiones anteriores. El efecto Gerschenkron se aprecia con la penetración de los estudios culturales en el sudeste de Asia (Corea del Sur, Taiwan). Introducidos por la diáspora de los estudiantes y profesores que frecuentan los campus de Estados Unidos, acumulan los prestigios de la última elegancia teórica, de un perfume subversivo y, de forma más práctica, de su interés por un conjunto de retos (consumo, estilos de vida) directamente puesto de moda por la acelerada modernización de esos países. Este marco de explicación, en cambio, no funciona en los países anteriormente sometidos a la tutela soviética, en los que la influencia de los estudios culturales sigue siendo tenue. Cabe pensar que, en los países asiáticos influenciados por Estados Unidos y el *mainstream* de sus investigaciones a partir de 1950, los estudios culturales permitiesen establecer las distancias respecto de la «investigación administrativa», mientras que el funcionalismo o el mero ejercicio libre de la investigación cuantitativa desprenden en Rusia un perfume de revolución intelectual, como atestiguan, en el umbral de los años noventa, una ola de trabajos rusos que huelen a naftalina, a empirismo versión años cincuenta. La primacía de las influencias alemana y, subsidiariamente, francesa sobre las anglófonas en el mundo académico del Este europeo también desempeña su papel.

FRANCIA, ALUMNA RECALCITRANTE

Los estudios culturales permiten desarrollar una vez más el tema de la excepción francesa (Neveu, 2002b). Ha de destacarse una cuestión práctica: en la todavía provinciana universidad francesa de los años sesenta, la lengua inglesa sigue constituyendo una barrera para la recepción. Además, aunque los padres fundadores y el CCCS son grandes importadores de teorías francesas, apenas si mantienen vínculos orgánicos con las redes parisinas. Básicamente, el terreno está ocupado. El análisis de las culturas «de masas» es el destino de las inversiones de la revista *Communications*, creada en 1962, en la que participan Morin, Metz y Barthes. Se desarrolla una sociología de la lectura bajo el impulso de Robert Escarpit, cuyos vínculos con Hoggart son más personales que teóricos. Bourdieu y su revista *Actes de la recherche en sciences sociales* (nacida en 1975) exploran temas afines a los del CCCS, participan de un mismo proyecto que cuestiona los retos políticos de la cultura y se toma en serio las culturas populares o ilegítimas: fotografía, novelas «populares», historietas, literatura infantil. Al traducir a Hoggart y algunos textos de Williams, Thompson y Willis, Passeron y Bourdieu instalan una de las escasas interfaces con el enfoque inglés de la cultura. Esta cooperación, sin embargo, seguirá siendo limitada, por desconfianza ante la orientación excesivamente semiológica de algunas producciones británicas y, lo que es más, por las debilidades sociológicas y por el tufillo populista de parte de estas investigaciones. El terreno permanece ocupado por el hecho de que las tradiciones intelectuales y las fronteras académicas propias de la universidad francesa no dejan el equivalente al barbecho en el que se instalaron los estudios culturales en las islas Británicas. Siguiendo la estela de los *Annales* y, más concretamente, de la historia de las mentalidades, los historiadores franceses (Agulhon, De Certeau, Corbin, Le Roy Ladurie) se adentran ampliamente en lo «cultural». La arqueología del conocimiento inaugurada por Michel Foucault abre otros caminos (Farge). Incluso durante las etapas de eclipse de la tradición durk-

heimiana, la sociología francesa le ha seguido prestando atención a la socialización y a la cultura, y nunca ha sido una mera sucursal del funcionalismo. Su permanente polarización en torno al sistema escolar como legítima institución de socialización no carece de vínculos, por cierto, con la subexploración del mundo «profano» de los medios.

Los años setenta asistirán a la consagración, como disciplina instituida, de las «ciencias de la información y la comunicación». Pero la apertura a los estudios sobre los medios, que se organiza en torno a *Communications*, permanece aislada en el gueto dorado de la *École Pratique des Hautes Études* en Sciences Sociales, sin difundirse por las universidades. Los medios audiovisuales tardarán en ocupar un lugar destacado entre las ciencias de la comunicación francesas. Los trabajos precursores de finales de los años setenta versan más, al comienzo, sobre las industrias culturales. Luego, la disciplina favorecerá a las nuevas tecnologías, los análisis del discurso, la comunicación corporativa e interpersonal. El estatuto de los estudios de recepción es otro ejemplo de este particularismo francés. Michel Souchon (1969) fue uno de sus precursores, antes incluso que el CCCS. Pero sus trabajos no tienen eco y habrá que esperar un cuarto de siglo para que ese terreno se explore de nuevo, con mayor apoyo, esta vez, en la aportación anglófona (Pasquier, 1999). La sociología de los usos de los objetos técnicos, en cambio, ha resultado ser pionera. Desde comienzos de los años ochenta, este tipo de investigación acompañaba a los experimentos de las nuevas tecnologías interactivas (Minitel) inauguradas en el marco de una política industrial de informatización (Jouët, 2000).

Por último, el desarrollo de una iniciativa similar a la de los estudios culturales también habría supuesto una articulación entre compromiso e investigación en la que ambas piezas se fecundan mutua y simultáneamente, supuesto rarísimo en Francia. Las expresiones francesas del intelectual comprometido se han puesto sobre todo de manifiesto mediante formas de suspensión de la autonomía intelectual ante el Partido, mediante la desconexión entre el trabajo científico y un compro-

miso reducido a menudo a las adhesiones..., aun cuando Henri Lefèvre, comunista y explorador de lo cotidiano, Foucault comprometido con los prisioneros o Bourdieu, que coordina *La misère du monde*, constituyen notables excepciones.

Sin perjuicio de esta situación excepcional de la investigación francesa sobre la cultura, un grupo de universitarios británicos ha fundado, en 1989, una prestigiosa revista llamada *French Cultural Studies*.

LOS ESTUDIOS CULTURALES: UNA CONTRIBUCIÓN PROPIA DE LATINOAMÉRICA

En el mapa de los flujos mundiales de importación y exportación de investigaciones sobre los procesos culturales, los países de Latinoamérica también ocupan un lugar aparte.

Los interrogantes sobre las culturas populares y las identidades culturales en Latinoamérica ofrecen una extensa memoria política. Consustanciales a las luchas de emancipación contra la hegemonía cultural de Europa, y luego de Estados Unidos, estos interrogantes han estado presentes en numerosos proyectos de reforma y revoluciones sociales que han salpicado las respectivas historias de las naciones que componen el subcontinente. Cuando, en el período de entreguerras, el peruano José Carlos Mariategui se preguntaba por la transición entre el modelo educativo de su país, heredado de la Ilustración francesa, y los «métodos americanos», ya hacía suyo el concepto de hegemonía de Gramsci, con quien había hecho amistad. Cuando el pedagogo brasileño Paulo Freire intentaba, a comienzos de los años sesenta, poner en marcha una «pedagogía de los oprimidos», se refería, de hecho, a una reflexión sobre los elementos de resistencia contenidos históricamente en las culturas populares. Bajo la presidencia (1970-1973) de Salvador Allende, los primeros estudios etnográficos sobre la recepción de las series norteamericanas y las telenovelas en los sectores populares de Santiago de Chile han abierto una brecha precoz en una izquierda que no había salido de la edad

del *agit-prop* y era incapaz de percibir la cotidianidad de la cultura de los medios (M. Mattelart y Piccini, 1974).

La investigación latinoamericana sobre culturas populares contemporáneas también se ha institucionalizado durante los años ochenta, sin perder por ello su inventiva. Buena prueba de ello son las aportaciones del hispanocolombiano Jesús Martín Barbero sobre las «mediaciones» y el «placer popular» (1987). Néstor García Canclini, argentino afincado en México, trabaja sobre la «hibridación cultural», la desterritorialización y las «comunidades de consumidores», el brasileño Renato Ortiz sobre la «moderna tradición» y la mundialización de lo «internacional-popular», o el mexicano Jorge González sobre los «frentes de la cultura cotidiana». Los cuatro, por cierto, han construido, al principio, su propio marco conceptual apropiándose de los teóricos de la cultura a menudo procedentes de tradiciones europeas distintas de la británica. En relación con el primero, se trata del fenomenólogo Mikel Dufrenne, de Paul Ricœur y los teóricos franceses del melodrama (y más recientemente, Michel Serres); en relación con el segundo, de Gramsci y Bourdieu; con el tercero, de Roger Bastide y Marcel Mauss; y con el último, del teórico italiano de las culturas populares Alberto Cirese. Estas referencias, evidentemente, las pusieron a dialogar con las que procedían de América Latina. Aunque más tardíamente, la obra de Michel de Certeau se ha convertido en una fuente de inspiración. Los estudios de Hoggart y de Williams fueron leídos en primer lugar por los teóricos de la literatura, como fue el caso de Argentina, entonces bajo la dictadura (Sarlo, 1997). Fuera del cuarteto antes mencionado, ha florecido una amplia corriente de investigaciones sobre la recepción, especialmente de las telenovelas (Orozco, 1996, Vassallo, 2002), así como sobre los imaginarios urbanos y la antropología de las megalópolis (Reguillo, 1996, 1997a).

Pero, a diferencia de los *Cultural Studies* británicos, iniciados por investigadores procedentes de una izquierda en busca de un modelo alternativo de cambio social, los estudios culturales se han estructurado en una Latinoamérica que esta-

ba padeciendo aún los años de plomo de los regímenes autoritarios, o apenas estaba saliendo de ellos para entrar en los años de ceniza de las transiciones democráticas, entre el fracaso o el desconcierto de las fuerzas progresistas, por no hablar de la sangría que para la comunidad académica han significado las trágicas desapariciones y las salidas al exilio de numerosos investigadores. El deber de reserva que les imponen o que se imponen en los países de acogida orienta a veces sus temáticas: ocuparse del consumo o de la identidad es menos comprometedor que analizar las estructuras de poder, los movimientos sociales o la extremada concentración de los medios. Las políticas neoliberales de «estabilización macroeconómica» y de «ajuste estructural» en un subcontinente convertido en laboratorio de las instituciones financieras globales no han logrado sino consolidar la tendencia a abstraerse de la acción política. El retorno a la «cultura» también equivale, para algunos, a un refugio en la cultura que de entrada se manifiesta resueltamente crítico respecto de la «politización» de las décadas del compromiso.

DE LOS *CULTURAL STUDIES* A LOS *ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS*

En un mundo en que la Web ha nacido de la creencia de la comunidad científica en el advenimiento de la fluidez y la transparencia de los intercambios entre iguales, siguen existiendo correlaciones de fuerza que condicionan las oportunidades y modalidades de acceso de las distintas visiones del mundo a la esfera de la llamada ciencia global. La atención prestada aquí a la génesis, a las particularidades de las contribuciones latinoamericanas permite apreciar un típico ejemplo y ver cómo opera la fuerza de atracción de la teoría metropolitana norteamericana. Porque si bien durante los años noventa el mundo universitario de Estados Unidos ha logrado constituirse parcialmente en el relevo y en la segunda patria de los estudios culturales, la correlación de fuerza que entabla

con los trabajos latinoamericanos es más desequilibrada. Los estudios culturales van a ser nacionalizados con el marchamo de *Latin American Cultural Studies* y reconducidos al estatus de rama de un saber anglófono por universitarios estadounidenses que trabajan sobre Latinoamérica. Claro que, hasta entonces, los investigadores latinoamericanos no habían considerado necesario reagrupar bajo una única denominación la diversificada gama de sus estudios. El hecho dice mucho sobre la forma en que la mundialización, que también es geopolítica de la apropiación, se ocupa de las excepciones, intelectuales o culturales. Algunos latinoamericanos se enorgullecen de tal promoción. Otros ponen mala cara y señalan con toda la razón que esta estampilla induce a una representación errónea de la trayectoria de los estudios producidos en Latinoamérica. Para obtener la concesión de un piso en el rascacielos de los estudios culturales anglófonos, los trabajos latinoamericanos son invitados a reinventarse una genealogía situada en el tiempo corto de esta corriente, a costa de sacrificar sus raíces y su singularidad (Lull en Jacks y Tufte, 1998).

Los departamentos de literatura iberoamericana o de lenguas española y portuguesa en las universidades de Estados Unidos son uno de los pivotes de difusión de los estudios culturales latinoamericanos, marchamo reproducido por las colecciones de obras y las revistas científicas. El papel clave que desempeñan las universidades y las fundaciones educativas estadounidenses en el reconocimiento de estos estudios obedece al hecho de que son las únicas en poder ofrecer la posibilidad de hacer carrera a numerosos investigadores latinoamericanos y en financiar proyectos de cooperación intracontinentales, lo cual permiten cada vez menos las economías del subcontinente, en crisis o en vías de derrumbamiento. Estos renovados lazos de dependencia son otros tantos desafíos a los que se enfrentan tanto los que se quedan en casa, como los que optan por o están obligados a expatriarse, o los que comparten su tiempo entre las dos partes del continente. Todos tienen que darles respuesta si no quieren pagar los derechos que legitiman el acceso a una comunidad académica mundial con la

ruptura respecto de sus sociedades de origen, con el olvido del lugar geocultural de enunciación de sus estudios. Se arriesgan, a la vez, a la neutralización de cualquier posible efecto social de su investigación en sus sociedades y a la clásica «traducción-traición» del sentido de unos estudios elaborados desde Latinoamérica, con ocasión de su importación por los centros universitarios de Estados Unidos (Roig, 1998; Kaliman, 2000). El panorama amenaza con complicarse ante la obsesión de los imperativos de seguridad nacional. Después del «11 de septiembre» las diásporas críticas estarán cada vez más obligadas a interiorizar la autocensura.

A la vista de los retos potenciales que entrañan las desiguales condiciones del intercambio, no cabe sino felicitar por las iniciativas de investigadores como Schlesinger para la creación de un espacio de encuentro entre los investigadores latinoamericanos y las figuras de los estudios culturales británicos (Hermès, 2001; *Media, Culture and Society*, 2002).

La expansión temática

¡SIEMPRE MÁS LEJOS!

La expansión de los estudios culturales no sólo es espacial. También es temática. La dinámica de la investigación pronto había engendrado la integración de nuevos temas: etnicidad, género, comportamientos sexuales, generaciones. La creciente sensibilidad ante esta diversidad de rasgos sociales de los individuos había llevado lógicamente a cuestionamientos sobre las identidades, sobre la subjetividad.

Los años ochenta han sido el punto de partida de una doble expansión de los temas y de las referencias teóricas. La consulta, hoy en día, de manuales o libros de texto sugiere irresistiblemente la metáfora de ¡una bola de nieve que evoluciona hacia la avalancha! En el catálogo de la editorial Routledge de 1995, *Media and Cultural Studies*, los libros disponibles cubren todo el abanico de los medios y sus programas

(películas, telenovelas), de las «tecnoculturas». Tratan de etnicidad, de racismo, de poscolonialismo. Asimismo figuran obras sobre arte, literatura, museos o memoria social, pero también sobre modas, tabúes o sexualidades. El catálogo incluye además libros sobre periodismo, identidades y geografía cultural. En algunos manuales (Barker, 2000; Lewis, 2002) las entradas de los capítulos todavía incluyen el lenguaje, las políticas culturales, la ciudad, y hasta anuncian las promesas de sinergia ¡entre los estudios culturales y los recientes avances de la biología «evolucionista»!

Puede objetarse que pocos de estos territorios de investigación serían los que no encontrarían al menos un explorador en el balance de Birmingham. Sin embargo, las evoluciones se imponen a las continuidades al menos en tres formas. La primera es demográfica: no hay nada en común entre la vía de investigación que abren uno o dos doctorandos en las columnas de un *working paper* multicopiado y el rastreo sistemático de ciertos terrenos (telenovelas, consumo) por decenas de investigadores en un flujo editorial de decenas de volúmenes. Esta escalada, por cierto, engendra microcomunidades de investigadores que constituyen una segunda innovación. La otra ruptura obedece a la lógica anxionista de los estudios culturales. Su génesis estaba marcada por la instalación en el equivalente a un barbecho académico constituido por temas abandonados o despreciados. Su expansión dependerá en lo sucesivo de una reivindicación «antidisciplinar» que se traduce en la desaparición generalizada de las fronteras entre estudios culturales y trabajos sobre los medios, el género, la estructuración del espacio. ¿Rechazo de las crispaciones disciplinares? En parte. Pero rechazo que también le da a los paladines de esta disciplina derecho a voz en casi todas las cuestiones que puedan tratar las ciencias sociales y las humanidades. Así es como las revistas de estudios culturales han podido abordar la polémica que surgió a raíz del libro de Goldhagen sobre el genocidio de los judíos de Europa, el papel del islam contemporáneo y los usos de la Web.

¡SIEMPRE MÁS ARRIBA!

La principal ambigüedad de esta exploración en todas las direcciones radica en que se desarrolla en un discurso de alto vuelo. Los que la realizan no están necesariamente obligados a justificar competencias o investigaciones que otras comunidades más «disciplinares» solicitarían para controlar el acceso al campo científico. La enloquecida inflación del número de revistas que crean mecánicamente una salida de aire para la publicación de un número de artículos que crece sin cesar, no está en disposición de intervenir en el sentido de reforzar los controles científicos. El resultado, a veces, es gracioso. En la presentación de su enorme compilación de textos, Simon Durning, profesor del departamento de inglés de la Universidad de Melbourne, explica intrépidamente que ¡la familia es un excelente ejemplo de lo que es un «campo» para Bourdieu!

Más allá de un enfoque de todos los hechos sociales a través de lo cultural, la evolución del sector también está marcada por la creciente movilización de autores y de referencias que permiten reivindicar planteamientos de altura y profundidad teórica y poner de relieve los talentos de exégeta del lector instruido. El manual de Lewis (2002), lo más parecido a una recopilación de fichas de lectura, integra en la «genealogía» de la corriente a Kant, Durkheim, Park, Heidegger y Geertz. En su enorme caja de herramientas (de Pandora) se encuentra a Berger, Derrida, Foucault, Jameson, Habermas, Lacan, Lyotard, Ricœur y Wittgenstein. Sugerimos a estos autores la publicación de una compilación —que no parece que pueda superar el espesor de un folleto— de los grandes textos que no guardan relación con los estudios culturales, a la vista de que el proceso de alistamiento forzoso de un ejército de «a pesar nuestro» transforma los manuales recientes en anuarios de un siglo de humanidades y ciencias sociales.

Esta multiplicación de los «fundamentales» de los estudios culturales se realiza masivamente en beneficio de los filósofos, de los autores tildados de posmodernos. A menudo viene acompañada de una purga más vigorosa que nunca de

La inflación de las revistas

Este panorama muy incompleto de las revistas de estudios culturales no tiene en cuenta las revistas dedicadas exclusivamente a los medios, los *gender studies*, ni las revistas «periféricas» al campo.

- 1978: *Social Test* (Duke University Press).
- 1983: *Theory, Culture and Society* (S), *Australian Journal of Cultural Studies* (Murdoch University).
- 1986: *Continuum* y *Cultural Studies* (C).
- 1987: *Strategies* y *Journal of African Cultural Studies* (C).
- 1988: *Public Culture* (Duke University Press), *Cultural Dynamics* (S), *Difference* (Indiana University Press).
- 1989: *French Cultural Studies* (S, desde 2003).
- 1990: *Emergences* (C).
- 1994: *Parallax* (C), *Body and Society* (S), *Convergence*.
- 1995: *Limina* (University of Western Australia), *Standards @*.
- 1996: *City* (C).
- 1997: *Postcolonial Studies* (C), *Enculturation @*.
- 1998: *European Journal of Cultural Studies* e *International Journal of Cultural Studies* (S), *(In)visible Culture @*.
- 1999: *Cultural Values* (B), *Inter-Asia Journal of Cultural Studies* (C).
- 2000: *Journal of Consumer Culture* (S), *Cultronix @*.
- 2001: *Cultural Studies/Critical Methodologies* y *Tourist Studies* (S), *Culture Machine @*.
- 2002: *Cultural Values y Culture, Theory and Critique* (C), *Space and Culture* (S).

El año mencionado es el de su creación; las letras indican el editor (B: Blackwell; C: Carfax; S: Sage; @: únicamente «en línea»).

toda la aportación de los enfoques de «historia», «geopolítica» y «economía política» de los medios y de la cultura, y de una marginación explícita del papel y de las referencias asociadas a los padres fundadores, hasta tal punto que la antigua herencia reivindicada por todos será muy escasa (Barthes, Hall, Hebdige, Morley, Williams).

El desligamiento del compromiso de los investigadores

LA POLÍTICA EN LEVITACIÓN

La evolución de los estudios culturales desde los años ochenta no puede dissociarse de un proceso de despolitización. Hemos destacado por qué la génesis de esta corriente era inseparable, en el Reino Unido, de la de una «nueva izquierda», de una voluntad de vincular cuestiones existenciales con retos científicos.

Ahora bien, una parte importante de la red que agrupaba a los intelectuales de izquierda británicos y les proporcionaba puntos de contacto con los movimientos sociales y el sector popular se ha disgregado desde hace veinte años. La crisis del movimiento sindical, los ataques de los gobiernos conservadores contra las políticas de intervención cultural, de formación continua, las dificultades de estructuración de los factores integrantes de la izquierda laborista se han conjugado para dejar reducidas a poca cosa las articulaciones entre investigadores y movimientos sociales (Mellor, 1992). La desaparición de *Marxism Today* en 1991 parece un síntoma del desmoronamiento de estas interfaces. Durante el mismo período, el sentimiento de impotencia y, a veces, de incompreensión ante los reiterados éxitos de los conservadores alimenta el distanciamiento respecto de la política, que va en aumento durante los años noventa con la llegada de Blair al frente de un New Labour que decididamente pone rumbo al centro. La desaparición o la retirada de los padres fundadores, con la excepción de Hall, también contribuye a convertir a los herederos de los estudios culturales en huérfanos del compromiso.

Aunque aporta una seguridad y una legitimación apreciables, la institucionalización de los departamentos británicos de estudios culturales también contribuye, al reducir la marginalidad de sus investigadores, a abrir la posibilidad de domesticar a los herejes a través de instituciones donde ya pueden disponer de plazas, de créditos, de poderes. Parte de los investigadores son muy conscientes de este desligamiento del compromiso/despolitización, como lo demuestran, por ejemplo, las reflexiones de Ang (1996) sobre los riesgos de una postura demasiado académica. Pero esas palabras apenas si van más allá de la afirmación imprecisa de que el trabajo de los investigadores ha de servir «a los públicos». Cabría haber pensado que la desmonetización de las referencias marxistas iba a eliminar tabúes, permitir análisis libres de eventuales autocensuras en las formas de abordar las culturas populares. Ha ocurrido casi lo contrario. La menor polarización en torno a la noción de clase ha permitido en efecto prestar más atención a la composición de las identidades sociales e individuales. Pero los malestares ligados a su despolitización alimentan sobre todo, y poderosamente, las tendencias populistas, al dotar a los consumidores de productos culturales de una reflexividad soberana que convierte en superfluo el trabajo crítico.

Otra variante de la gestión populista del desligamiento del compromiso puede expresarse a través de un tercermundismo que busca en el Sur un «popular» preservado, un mundo perdido, un El Dorado donde los problemas de hegemonía, de resistencia, de conflicto de clases tendrían algún sentido. El estatus otorgado a partir de los años ochenta al tercer mundo, concretamente a Latinoamérica, puede ilustrar la ambigüedad de una forma de reconocimiento de teóricos latinoamericanos, entronizados en el club de los estudios culturales, en calidad de guardianes del templo, donde las viejas problemáticas y los viejos combates conservan un sentido. Esta evocación simplista del mundo latinoamericano resulta aquí aún más paradójica toda vez que ignora las contradicciones y las ambigüedades que, también allí, afectan a los estudios culturales y suscitan vivos debates entre los investigadores (Schmucler,

1997; Esteinou, 1997; Ford, 1999; Guinsberg, 2001; Follari, 2003).

Porque los autores del Sur no son ajenos a esta tendencia a confinar la «resistencia» en las prácticas de consumo; hay cierta confusión epistemológica de la que es buena prueba el ecléctico amontonamiento de referencias en los comentarios sobre las identidades. El concepto de «mediaciones» que, emparejado con el de hegemonía, había demostrado su fecundidad heurística con motivo de la ruptura con un estructuralismo fascinado por los textos, se ha convertido en una muletilla: «La comodidad con la que hoy, por ejemplo, se utiliza en los discursos académicos de la comunicación la noción de “mediación” es sospechosa. Pocos estudios se toman el trabajo de explicitar desde dónde y cómo se utiliza, como si la noción por sí misma fuera portadora de su propia explicación o como si hubiera una especie de acuerdo tácito que volviera innecesario cualquier tipo de discusión» (Reguillo, 1997b).

Entre los factores que han contribuido a la disminución del sentido político de los estudios culturales en Latinoamérica, cabe destacar: la ausencia de visión histórica que explica, en particular, la adhesión precoz y acrítica a la noción de globalización; el desconocimiento de los análisis formulados por la economía política de las industrias culturales y de las industrias de la información; la reticencia a interrogarse sobre las lógicas de los sistemas técnicos; el creciente desfase respecto de las nuevas dinámicas del movimiento social; por último, *last but not least*, la falta de problematización del nuevo estatuto del saber y de los intelectuales dentro del capitalismo contemporáneo, que se caracteriza por el doble movimiento de «subsunción» del trabajo intelectual y de intelectualización general del trabajo, y del consumo a partir de la expansión, en todos los ámbitos de la vida, de las tecnologías de la información y la comunicación. Estas lagunas resultan cada vez más patentes durante los años noventa, a medida que otros focos innovadores de interrogantes sobre la cultura y la comunicación iban tomando forma en la propia Latinoamérica. Citemos, entre otros: los estudios que exploran la «memoria de

la represión» y la televisión como «escenario de la memoria», definido como el espacio en el que se hace ver y oír a un público determinado un relato «verdadero» sobre el pasado» (Feld, 2002; Jelin, 2002); la economía política de las tecnologías de la información y la comunicación y la formulación de estrategias de apropiación crítica de estos nuevos dispositivos con miras a la democratización (véase, por ejemplo, la revista digital www.eptic.com.br); las problemáticas vinculadas a la irrupción de los movimientos sociales y de sus redes de protesta contra el orden y el desorden mundial tal y como acreditan los debates sobre los medios, la llamada sociedad de la información, las nuevas formas de hegemonía y de contrahegemonía en el seno del Foro Social Mundial de Porto Alegre. Las actas multilingües del coloquio panamericano «Industrias culturales y diálogos de las civilizaciones en las Américas» y del coloquio internacional «Globalismo y pluralismo», organizados en abril de 2002 por la Université du Québec à Montréal, son el testimonio de esta investigación multiforme, insoslayable en lo sucesivo, de pasarelas y de articulaciones entre los procesos culturales, los imaginarios de la mundialización, la economía, la historia y la geopolítica (www.uqam.ca/gricis).

EL TEORICISMO ELEGANTE E IMPACTANTE COMO SUCEDÁNEO DE COMPROMISO

El desligamiento del compromiso de los investigadores no puede reducirse a una opción. También refleja la posición de los intelectuales en países en los que éstos jamás han alcanzado el magisterio moral o el eco en el espacio público conquistado por sus homólogos franceses o latinoamericanos en el umbral del siglo xx. Margaret Thatcher se complacía en denominar a los intelectuales con la expresión de «clases charlatanas». En cuanto a los intelectuales críticos norteamericanos, su situación es todavía más inconfortable desde la «revolución conservadora» reaganiana. Las formas organizacionales, las utopías e ideologías del *movement* de los años 1960-1970 per-

tenecen sobradamente al pasado mientras que triunfa la ideología del liberalismo económico y del conservadurismo moral y político. Las lógicas económicas de rentabilidad a corto plazo adquieren una importancia cada vez mayor incluso en el funcionamiento de las instituciones y editoriales universitarias, en el acceso al espacio mediático. En estas condiciones, el éxito del teoricismo, la utilización de conceptos y autores dotados de un impresionante poder para «relativizar» y «deconstruirlo» todo, la fascinación por los simulacros («La guerra del Golfo no ha tenido lugar»), la reducción del mundo social a un calidoscopio de textos y discursos expresan un humor intelectual cuyo sentido es profundamente político. Según la cruel frase de Gellner, los universitarios críticos norteamericanos compensan su impotencia temporal con la construcción de una «jauja filosófica». Según demuestra Wacquant (1997), el radicalismo de campus también es un modo de gestión de la impotencia política. No cabe negarle una doble función de racionalización freudiana (el sentimiento de omnipotencia teórica y de extralucidez crítica puede ayudar a sublimar el no acceso a la influencia social real) y weberiana (se puede formar parte de la *jet-set* universitaria al convertirse en sumo sacerdote de la suprema teoría, por no decir del guirigay). Pero la eficacia de este radicalismo es más que dudosa. La movilización bushiana en torno a la seguridad nacional y la «guerra justa» tras los atentados del 11 de septiembre ha reducido todavía más el poder de estos enclaves, al mismo tiempo que ha puesto al desnudo la ambivalencia de numerosos intelectuales protestatarios de Estados Unidos (*Société*, 2002).

Lo que se ha convertido en el *affaire* Sokal-*Social Text* parece por tanto más un indicio revelador que un suceso académico. La revista, ciertamente, es más representativa de los últimos encantos teóricos del posmodernismo filosófico y literario que de los estudios culturales, entre los que, pese a su antigüedad, dista mucho de ser la más citada. La impostura de la que ha sido víctima cómplice no parece inexplicable, ni siquiera ilógica, si se tiene en cuenta la definición de «antidisciplina» de los estudios culturales reivindicados por Grossberg:

«Una forma de politizar la teoría y de teorizar la política». A semejante definición, elegante pero hueca y narcisista, responde Todd Gitlin: «Unos estudios culturales atemperados y realistas deberían [...] abandonar su pretensión de *ser* la política, de confundir la universidad con la sociedad en su conjunto [...]. Menos sería más. Quienes cultivan de forma rigurosa los estudios culturales deberían tener más curiosidad por lo que queda por explorar y cambiar en el mundo. Tenemos que aprender más acerca de la política, la economía y la sociedad y, con ello, apreciar mejor lo que la cultura y los estudios culturales dejan de realizar. Si lo que queremos es hacer política, organicémonos en grupos, coaliciones y *lobbies*, manifestémonos, en una palabra, hagamos política. Pero no finjamos creer que nuestro trabajo como universitarios ya consistiría en eso» (en Ferguson y Golding, 1997, pág. 37).

Gran parte de los partidarios vanguardistas de los estudios culturales han querido reunir en su trabajo intelectual las posturas y los prestigios del científico y del político, de las ciencias sociales y las humanidades, de la investigación y la creación artística. El resultado, con demasiada frecuencia, han sido producciones que no hacen honor a ninguno de estos registros de acción e invención.

El *crac* rampante

METADISCURSO Y DERIVA «TEXTUALISTA»

El desbocamiento de los mecanismos bursátiles desde los años noventa sugiere una serie de analogías con las evoluciones simultáneas de los estudios culturales: burbuja «especulativa», desconexión entre «títulos» sobrevalorados y su débil creación de valor, invasión del mercado por parte de los *junk bonds*, esos títulos financieros sin valor real.

Bien a la vista en numerosas revistas como *Theory, Culture and Society*, una de las evoluciones más destacadas se inscribe dentro de la deriva exegética. Aproximándose en eso a la

El asunto Sokal-*Social Text*

Exasperado ante lo que considera confusión mental de numerosos «posmodernos», Alan Sokal, profesor de física en una universidad neoyorquina, decide, en 1996, demostrarlo por reducción al absurdo. Le envía a *Social Text*, revista de referencia del posmodernismo, un artículo falso. En ese texto delirante, Sokal se ampara en su estatus de físico para desarrollar, ilustrándola con ejemplos, la idea de que numerosas teorías de las ciencias de la naturaleza no son más que la expresión de ideologías o de relaciones sociales, pero que, cuando esas teorías tienen una carga «progresista», convergen con las aportaciones del posmodernismo. Para que no falte nada, Sokal lastra su texto con un considerable número de devotas referencias a las figuras del posmodernismo, entre otras las del comité de redacción, que acepta el artículo.

Sokal, inmediatamente, publica en otro periódico (*Lingua Franca*) un artículo en el que descubre la impostura. El asunto tendrá una prolongación europea a través de un libro que implica más directamente y de forma, a veces, menos pertinente, a una serie de autores franceses, muchos de los cuales inspiran al posmodernismo (Bricmont y Sokal, 1977).

Este episodio, que, lamentablemente, es uno de los pocos en haber atraído el interés de los medios franceses por los estudios culturales, ilustra muchas de las evoluciones aquí recogidas. Expresa la pretensión cada vez más globalizante de los investigadores «culturales», toda vez que ese número de *Social Text*, dedicado a la «guerra de las ciencias», proponía nada menos que la redefinición de la epistemología del conocimiento. Quiere demostrar experimentalmente que la esmerada manipulación de una logomaquia que entreteje reivindicación del radicalismo político y citas de teóricos en boga puede ser la condición necesaria y suficiente para su publi-

cación. Pone de manifiesto, correlativamente, el carácter problemático de los criterios de evaluación científica que podría poner en juego una «antidisciplina» cuyas bases se convierten en relativismo militante y en una colección cada vez más heteróclita de referencias teóricas en forma de fetiches.

filosofía y dando cada vez más importancia al comentario de obras filosóficas (Deleuze, Gadamer, Habermas), una buena parte de la producción consiste en una tarea de glosa de autores y sus conceptos, desconectada, cada vez con mayor frecuencia, de cualquier ámbito específico. El fenómeno puede observarse incluso en investigaciones que se prevalecen de la confrontación con un objeto empírico. En lo sucesivo es posible publicar un libro sobre prácticas de *shopping* y de consumo que incluye una sola referencia estadística entre más de doscientas páginas y en el que las dos terceras partes de los textos no parecen fundarse en otros materiales que no sean las experiencias personales de los autores en calidad de compradores o curiosos en galerías comerciales (Shields, 1993). Esta desenvuelta relación con la empiria se combina a menudo con una reivindicación ostentosa de altura y profundidad que expresa el apilamiento de las referencias intimidantes consideradas como blasones de alta intelectualidad. La propia noción de *French Theory*, ese monstruo epistemológico, es de lo más simbólico. La expresión invita a tratar como un conjunto coherente a los autores más conocidos y admirados del mundo intelectual francés (Bourdieu, Derrida, Foucault, Ricœur). Este espiritismo universitario pocas veces viene acompañado de la capacidad de volver a insertar estas obras en el campo científico y las lógicas sociales que han asistido a su desarrollo; y pocas más de un gran interés por las incompatibilidades teóricas entre autores cuyo único punto en común, a veces, es el pasaporte francés.

Morley destaca acertadamente otros efectos parásitos de la internacionalización. ¿Qué es lo que pueden evocar en un

lector norteamericano o coreano que jamás ha visto la televisión inglesa los libros sobre la emisión *Nationwide*? No mucho más, por lo que se refiere a lo visual o a la estructuración del programa, que si un francés le hablara de «La marche du siècle» a un indonesio. ¿Qué recordará ese lector de un libro cuyo «terreno» es oscuro para él? Las formulaciones más teóricas y más abstractas. El vínculo entre internacionalización mal contextualizada de los textos y teorismo está claro: «Por decirlo brutalmente, pueden venderse de forma más extensiva niveles más elevados de abstracción (“la teoría”), y no sólo en un marco nacional específico. Desde entonces, tienden simultáneamente a unos niveles más elevados de rentabilidad para el editor y a una reputación extendida para el teórico. En resumen, es la teoría que mejor viaja» (Morley, 1992, pág. 3).

Estas evoluciones no son privativas de los estudios culturales. Se inscriben dentro de lo que se ha identificado como el *linguistic turn* de las ciencias sociales y de la filosofía. Esta inflexión de las investigaciones subraya el papel del lenguaje como mediador obligado en cualquier descripción de, o acción sobre, el mundo social. Ha podido estimular el interés por las dimensiones y efectos del poder simbólico, revalorizar el tema barthesiano de la presencia de la ideología en las formas, del interés necesario por el discurso silencioso del flujo simbólico (publicidad, mensajes mediáticos) en el que estamos sumergidos. Este momento «lingüístico» tiende todavía más a reconducir todo lo social al estatus de un «texto» a la espera de analistas suficientemente sutiles para descodificarlo. Oculta (o reduce a juegos discursivos) los hechos económicos, las relaciones directas de fuerza, los hechos de morfología social. Ha estimulado una forma nihilista-elegante de relativismo: puesto que todo es discurso, las nociones de ciencia, de demostración, no pueden ser sino constructos sociolingüísticos que, por lo tanto, no pueden aspirar a una ruptura respecto de las opiniones o de los juicios de valor.

¿Cómo puede explicarse que el mundo de los estudios culturales haya sido uno de aquellos en los que el impacto de este

viraje lingüístico fue el más «radical»? Su posición como inter o antidisciplina ha de ser tenida en cuenta. Esta postura furtiva, in-disciplinada, ha podido ser una importante baza de creatividad. En el contexto del *big-bang* conduce sobre todo a que una comunidad con un creciente peso demográfico se encuentre sin «canon», sin referencias compartidas o —lo que es lo mismo— con *basics* tan eclécticos que estimulan todavía más las competencias de un candidato a una versión académica de cualquier concurso cultural televisivo que las intenciones de un investigador.

EL EFECTO BABEL

La crisis de los estudios culturales también es una consecuencia de su desarrollo demográfico. Ya hemos señalado que se producía principalmente por la incorporación de investigadores procedentes de disciplinas literarias y de humanidades, más propensos a las exégesis textuales que a las investigaciones sobre el terreno o a la familiaridad con el razonamiento sociológico. Pero pasar de algunas decenas a centenares o incluso miles de especialistas diseminados por numerosos países hace que simultáneamente sean posibles las lógicas de hiperfragmentación. Así vemos como con el transcurso de los años se organizan nuevas microcomunidades (*Black* o *Asian Cultural Studies*, cultura visual), se lanzan revistas cuyos temas son cada vez más especializados (turismo, cuerpo). Estas evoluciones son inteligibles. Ofrecen a los especialistas espacios de encuentro y de debate. Su costo, bien visto por Williams al final de su vida, también es una forma del efecto Babel. Cada microcomunidad se encierra en su gueto universitario, restringe sus intercambios con las vecinas, constituye su propio corpus de textos. Los temas tomados en consideración por los estudios culturales ya eran variados en los años setenta. Pero los conceptos comunes o interrogantes compartidos —acerca del papel político de lo cultural— permitían que ciertos trabajos relativos a la televisión, las subculturas o el género contribu-

yeran a un conocimiento acumulativo, a una teoría general de la cultura y de la sociedad anclada en las carnes de lo social.

Para escapar a una inexorable depreciación, los estudios culturales tienen que volver a plantearse las preguntas que se habían formulado durante los años setenta: ¿dónde se encuentran actualmente las conexiones interdisciplinarias productivas? ¿Cómo puede convertirse el compromiso en un motor y no en una amenaza para el trabajo intelectual? También tienen que afrontar retos inéditos: la gestión de los riesgos vinculados a una institucionalización exitosa, las preguntas sobre lo que ha cambiado en la economía y en el estatus de lo cultural.

5. Las condiciones de una renovación

El estado de los estudios culturales puede suscitar preguntas brutales. ¿Tiene todavía interés esta corriente? ¿Hay que hacerle una introducción o una necrología?

El enorme y verboso flujo de emulación textualista no debería ocultar el dinamismo real de investigaciones más inventivas. Contribuyen al conocimiento de las culturas contemporáneas; concretan los efectos de variables de género o de pertenencia comunitaria, la complejidad de los mecanismos de recepción. También se alegrará que una mejor consideración del estatuto de la cultura en la llamada era «global», que una reflexión más centrada en la correcta articulación entre lo global y lo local, entre grandes retos y pequeños objetos, pueden proporcionarle apoyos más sólidos a un análisis de lo cultural. Algunos trabajos recientes sobre los territorios, sobre las diásporas, supieron tomar buena nota de ello y establecer vínculos inéditos entre disciplinas.

¿Cuál ha sido el legado de los años de expansión?

UNA DÉCADA DE «CIENCIA NORMAL»

Marjorie Ferguson (1997) estima en unos trescientos los libros catalogados como estudios culturales, publicados durante los años noventa. El florecimiento de las revistas de este género sugiere un número de artículos entre diez y veinte veces superior. La impresión que produce este paisaje es la de un creciente distanciamiento entre el flujo de textos y la rareza de las contribuciones que constituyen referencias duraderas.

En su análisis de las revoluciones científicas, Thomas Kuhn propone la noción de «ciencia normal» para designar los momentos en que una disciplina científica vive sobre un conjunto compartido de marcos interpretativos y de cuestionamientos que asocia a la noción de paradigma. Estos períodos —que se oponen estructuralmente a los momentos de efervescencia y replanteamiento de las revoluciones científicas— a menudo están marcados por una suerte de ley de los rendimientos decrecientes. Los terrenos y las cuestiones que un momento de ruptura ha permitido identificar, ver desde otro ángulo, terminan gradualmente por suministrar todo lo que podían suministrar, lo que de ellos podían sacar las herramientas propias del paradigma invocado. Tras los avances iniciales, estos períodos pueden ofrecer profundizaciones, aunque raras veces son inventivos.

Esta descripción se aplica a los estudios culturales de los años noventa. Marjorie Ferguson y Peter Golding (1997) facilitan un ejemplo explícito. La cuarta parte de los títulos disponibles en el catálogo de los principales editores anglófonos son balances y síntesis, en otras palabras, libros que se interesan por el estado de la disciplina, bien en forma de replanteamiento crítico de derivas, bien en la de llamamiento para acentuar las evoluciones, valorando, la mayoría de las veces, el universo de las teorías «pos»moderna, colonial o estructuralista. La considerable importancia de estos libros y coloquios de balances ha logrado abrir un espacio de debates. Compila-

ciones colectivas, libros inspirados por una mirada genealógica (Brantlinger, 1990; Davies, 1995) o relecturas críticas (Morley, 1992) ilustran una reflexividad estimulante. Pero el flujo de los balances de etapa sugiere aún más el embalsamamiento hagiográfico, el retorno narcisista sobre una gesta, la machacona repetición de debates más abstractos que teóricos.

La investigación anglófona sobre lo cultural atraviesa pues períodos de estancamiento. Pero aunque las grandes obras surgidas de una exitosa articulación de la encuesta con la teorización se enrarecen, la aportación de los años de difusión no es inexistente.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE RECEPCIÓN

Aunque no es exclusivamente obra de especialistas en estudios culturales, el trabajo sobre la recepción sigue siendo dinámico. Fruto de éste es uno de los escasos grandes libros del período, *Reading the Romance*, que la norteamericana Janice Radway dedica a las lectoras de novelas «rosa». Se reclama explícitamente de Birmingham y de la aportación de investigadoras como Brunson, Hobson y McRobbie. Les toma en préstamo, y a la vez, los interrogantes sobre los impactos ideológicos de los bienes culturales, un planteamiento etnografiante (entrevistas en profundidad con unas cincuenta lectoras, observación de una librería especializada) y sobre todo un gran interés por las propiedades formales de los relatos, por sus matrices narrativas. Una de las principales aportaciones de este trabajo es la de sacar a la luz, sin complacencia ni descrédito denunciador, las polaridades contradictorias de estas lecturas, el espacio de las posibles percepciones. Al escenificar a menudo papeles masculinos y femeninos convenidos, al dar preferencia a las figuras del príncipe encantado, estas novelas participan en la reproducción de las relaciones sociales tradicionales entre hombres y mujeres. Debido a que su lectura a menudo es vivida como una suspensión o una conquista del tiempo frente a las rutinas domésticas, debido a que los relatos

también son apropiables como el reconocimiento de cualidades emocionales o relacionales femeninas, como otros tantos modelos en los que las mujeres consiguen domesticar lo masculino, estas novelas de amor funcionan también como herramientas de valoración identitaria. Pueden reforzar (*empower*) a sus lectoras en la distanciaci3n respecto de valores patriarcales. Al preguntarle a un conjunto de lectoras sobre las novelas que les gustan y las que les decepcionan, Radway también pone en evidencia la sutileza de la competencia de las lectoras asiduas en el dominio práctico de los códigos del género, su capacidad reflexiva frente a las convenciones, la agudeza de su lectura que permite, por ejemplo, que las más expertas identifiquen a los autores varones que producen con seudónimo femenino. Raras veces un trabajo sobre recepci3n ha sabido restituir más delicadamente, sin gargarismos políticos, el contenido de la idea de competencia del receptor. Aun cuando la variable del género suele pasar por alto la consideraci3n de las diferencias sociales, el estudio articula perfectamente las propiedades más formales del texto (montaje del relato, contenidos, estilo) y las modalidades de las recepciones. Las conclusiones de Radway son prudentes, hasta renunciar a cualquier evaluaci3n mensurable de los efectos ideológicos de estos relatos. Sólo hacen énfasis en dos puntos: estas novelas no pueden reducirse a un intento de alienaci3n de las mujeres ni a formas irrisorias o mecánicas de producciones culturales. El uso efectivo que de ellas hacen las mujeres puede ser el de «microdeclaraciones de independencia» en cuanto a su relaci3n con el tiempo doméstico, a la valoraci3n de sus capacidades, a las convenciones patriarcales. Más recientemente, la obra colectiva publicada bajo la direcci3n de Charlotte Brunsdon, Julie d'Acci y Lynn Spigel (1997) pone de manifiesto la riqueza de los debates que tienen lugar, entre las feministas, a propósito de los géneros destinados a los públicos femeninos en particular (M. Mattelart, 2003).

El avance de los trabajos sobre recepci3n también se ha materializado en la sensibilidad de los análisis ante un creciente número de materiales y de parámetros gracias, concre-

tamente, a los investigadores escandinavos. El sueco Peter Dahlgren (1998) utiliza las conversaciones sobre televisi3n como soporte de sus investigaciones. El noruego Jostein Gripsrud (1995) establece la relaci3n entre lo micro y lo macro a la vez que se interroga sobre la recepci3n de *Dinastía* y sobre su dispositivo de producci3n, que intenta maximizar las audiencias al anticipar los gustos de los receptores a través de los formatos. El danés Kim Christian Schrøder (2000) propone, a partir de un trabajo sobre pequeños grupos de receptores, combinar seis criterios para avanzar hacia un mejor entendimiento de las complejas dimensiones de la idea de recepci3n. La motivaci3n designa el grado de apetito, de atracci3n por consumir un texto o un programa. La comprensi3n mide la concordancia entre el sentido codificado y el que se percibe. La noci3n de discriminaci3n introduce un parámetro relativo a la familiaridad de los receptores con las gramáticas propias del medio, los juegos de intertextualidad que puede movilizar (por ejemplo, la comprensi3n de un determinado *sketch* de los «guiñoles» supone conocer el anuncio que parodia). El posicionamiento se interesa por el grado de aquiescencia del receptor con el mensaje tal como lo ha percibido, y se completa con una noci3n de evaluaci3n que intenta comprender los significados de este posicionamiento toda vez que la irritaci3n ante un folletín o una emisi3n puede surgir por razones contradictorias. Por último, la variable de realizaci3n intenta explorar la existencia de efectos e influencias de una recepci3n en los comportamientos y actitudes.

LOS ESTUDIOS POSCOLONIALES: CUESTIONAR EL *LOGOS* OCCIDENTAL

Desde los años ochenta se ha constituido un extenso campo de estudios en torno a las llamadas culturas subalternas o poscoloniales (las de los grupos «minoritarios», de los colonizados de ayer). Desplazan la mirada de la «racionalidad de la razón» hacia otro nivel de racionalidad, la de las acciones

afectivas, las emociones y las sensibilidades. Contribuyen a sustraer las visiones del mundo de la influencia del universalismo del *logos* occidental. Este descentramiento ha corrido paralelo a la rehabilitación de las sensibilidades indisociables de los lugares, de las situaciones geoculturales en las que se ventila la tensión entre lo nacional y la esfera transnacional. Esta primacía de lo afectivo ha llevado a que los enfoques de la diversidad cultural se interroguen sobre el vínculo entre identificación geocultural y pensamiento teórico, entre producción y transformación de conocimientos. Ha permitido contextualizar el poderoso deseo que se experimenta en numerosos países del Sur de construir modos de pensamiento más adecuados para expresar las propias realidades. Según escribe un antropólogo latinoamericano que enseña en Estados Unidos, «el tercer mundo no sólo produce culturas para que sean estudiadas por antropólogos y etnohistoriadores, sino intelectuales que generan teorías y reflexionan sobre su propia cultura y su propia historia» (Mignolo, 1996). Este posicionamiento epistemológico guarda relación con la crítica de la asimetría de los intercambios. Ignorada por los estudios culturales sobre cultura de masas, la historia ha reaparecido por mediación de los estudios culturales en el ámbito de la literatura, que han optado por remontar el *mainstream* a contracorriente para abordar la construcción de la condición subalterna en el tablero mundial. Una nueva generación de investigadores ha comenzado a cuestionar los imaginarios oficiales de las identidades y las historias nacionales, a buscar «identidades secretas» negadas (Beverly, 1999; Solomianski, 2003).

Estos estudios poscoloniales se han desarrollado a partir de las cuestiones recogidas en las últimas grandes compilaciones del CCCS (1982). Basándose en los escritos de Martin Luther King y del martiniqués Frantz Fanon sobre los «condenados de la tierra», Paul Gilroy es uno de los autores más significativos de esta línea de estudios. Su contribución en *There Ain't no Black in the Union Jack* (1987) reacciona ante el riesgo, advertido ya por Hedbige, de etnocentrismo en los trabajos sobre la cultura. Con otros investigadores negros británicos (Mercer,

1994), explora los estilos de vida (sexualidad, estilos capilares) y las creaciones artísticas (música, cine) de las comunidades negras o asiáticas del Reino Unido. *Black Atlantic* (Gilroy, 1993) exhuma la historia secular y rechazada de las circulaciones humanas, de los mestizajes culturales, de las obras producidas por creadores negros en un espacio migratorio que enlaza África, la América caribeña y la del Norte y Europa. Estos fogonazos destacan la importancia de una diáspora negra y de las influencias culturales que ejerce. Gilroy también discute los fundamentos y las rutinas moralizadoras de numerosos discursos antirracistas. Subraya sobre todo la metamorfosis del racismo de finales de siglo, que a menudo rechaza cualquier idea de jerarquía biológica o genética entre grupos para luego reintroducirlas inmediatamente, so pretexto de un reconocimiento positivo de «diferencias» culturales que no tardan en reconvertirse en jerarquía de las creatividades, o en obstáculos irremediables para una convivencia, para una comunidad imaginada como enlace de poblaciones procedentes de culturas que se consideran inconciliables (*Les Temps modernes*, 1991).

Estos trabajos reproducen los interrogantes sobre la pluralización de las identidades, la coherencia identitaria de los individuos y los grupos. ¿Cabe imaginar que las diásporas relacionadas con las migraciones constituyen un «nosotros»? ¿Con qué singularidades? Simétricamente, ¿cómo opera la estructuración del «yo» de los agentes sociales marcados por complejas combinatorias de fuertes principios identitarios: británico musulmán de origen pakistaní, francés expatriado desde hace mucho tiempo en África o en Estados Unidos, inmigrantes turcos o bosnios?

Questionar las mitologías de la era global

LÓGICAS DE SIMPLIFICACIÓN

Frente a un planeta cuya complejidad no es sólo un cómodo eslogan, los estudios culturales han aceptado los desafíos

de lo transnacional valiéndose de una inflación de metadisursos (y de metáforas), en detrimento de la búsqueda de una teoría de dicha complejidad. Presas de los condicionamientos del tiempo corto, del tiempo de lo desechable, sin otro horizonte que el de la descodificación del presente en el que todo parece estar en juego, los estudios culturales se han desviado de la pregunta sobre el sentido del orden social y productivo que se gesta a escala mundial. En este terreno, la concepción del espacio comunicacional mundial reviste una dimensión estratégica. El paso de la internacionalización de los medios a la velocidad superior les ha proporcionado nuevos objetos de investigación, al mismo tiempo que les ha permitido extender su imperio al globo. Su salida de la insularidad británica obedece en gran parte a trabajos sobre *Dallas* o *Dinastía*.

¿Paradoja? Sí, porque apenas si se les ha oído expresarse antes sobre el asunto en lo más arduo de los grandes debates políticos entablados sobre las industrias culturales en las instancias de la Comunidad Europea o en el transcurso de los pulsos mantenidos en el seno de la UNESCO entre el movimiento de países no alineados y los grandes países industriales con el fin de reequilibrar los flujos culturales y de información mundiales. En el umbral del siglo XXI, los estudios culturales se han convertido en referencias obligadas de este organismo de las Naciones Unidas al que, en 1946, le fueron asignadas «la educación, la ciencia y la cultura» como campo de competencias. En el prólogo del *Informe sobre la cultura* del año 2000, subtítulo «Diversidad cultural, conflicto y pluralismo», sus autores se reclaman del «análisis cultural, una nueva óptica de investigación elaborada esencialmente en la Universidad de Birmingham, y de los estudios étnicos llevados a cabo en Estados Unidos de América así como en otros países». Su aportación, que, según esta publicación, reside en la percepción de la «cultura como lugar de protesta», «lugar de negociación» ha abierto el camino a una nueva mirada política. Contraste: desde los años ochenta, las prerrogativas de la UNESCO, su influencia en la toma de decisiones en materia cultural, no han dejado de encogerse en beneficio de institu-

ciones comerciales o técnicas como la Organización Mundial de Comercio (OMC) o la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). No parece que la UNESCO se haya resistido a este despojo toda vez que ha renunciado a la oferta que le hiciera el jefe de Estado y el gobierno francés de debatir acerca de la repatriación de las negociaciones sobre la cultura hacia su hemisferio.

Caracterizar el espacio mundial no es empresa fácil. Ya lo decía el historiador Fernand Braudel, quien en el umbral de sus extensos trabajos sobre las nociones de «economía-mundo» y de «tiempo del mundo», le recordaba al lector: «Pues bien, como en todos los debates serios, las palabras son los reyes». En la travesía de las fronteras efectuada por los estudios culturales, ha aparecido un nuevo punto de encuentro: la «globalización», una palabra que se encuentra hasta la saciedad entre los autores más diversos, y cuya difusión y relajados usos la convierten en una nueva trampa para incautos. La literatura anglosajona, por cierto, habla irónicamente de *globaloney* —que podría traducirse por «globalerías»— para evocar la manera con que este debate esencial degenera en figura obligada de un metadiscurso vanguardista. Los últimos libros del sociólogo británico Anthony Giddens, su penetración por numerosos países, su influencia en los estudios culturales, constituyen un testimonio de estas tendencias. El éxito de esta sociología, que mezcla centones de referencias, léxico de lo global y de lo «post» y uso parsimonioso del terreno y de las fuentes primarias, se explica en gran parte por el factor moda de sus objetos y por el hecho de que puede ser leída sin necesidad de un gran bagaje sociológico. Es sintomático que estos montajes teóricos desemboquen en el encargo de un informe por el gobierno y en la celebración de la tercera vía blairista. Casi todo, en lo sucesivo, es «global», *global event*, «acontecimiento global». El último que llega se lleva la apuesta de todas las palabras que históricamente han designado la esfera de los intercambios entre las distintas economías y las diversas culturas: universal, internacional, cosmopolita, mundial, planetario, transnacional.

Desde el desencadenamiento de los procesos de desregulación, los estudios culturales han patentado el léxico de lo global sin el menor inventario, interrogación o sospecha sobre la ambivalencia y las ambigüedades de un anglicismo que se propagará a la velocidad de la luz hacia las lenguas del mundo entero: el colmo para una tradición intelectual que ha convertido el acoso del discurso en su especialidad. Matriz de una serie de nociones fetiche, la globalización planta un decorado sin profundidad sociológica. Nueva paradoja: los tenores de los estudios culturales enseñan no muy lejos de los lugares de enunciación de esta neolengua. Se trata de las redes de la geo-finanza, emblema de un mercado global totalmente fluido a raíz del *big-bang* bursátil de la City en 1984. Se trata, una vez más, de las redes publicitarias autobautizadas como globales. El ejemplo perfecto es Saatchi and Saatchi que, al mismo tiempo que gestiona las campañas electorales de Margaret Thatcher y la publicidad institucional de su gobierno, populariza, flanqueado por consultores procedentes de la Harvard Business School y de la revista del mismo nombre, una doctrina sobre la «cultura global» y el *global democratic marketplace*, destinada al gran público y, sobre todo, con vistas a convencer a la Bolsa y a los accionistas de los fondos de pensión de lo acertado de su estrategia de concentración y diversificación a escala del globo.

El lenguaje académico ha resultado permeable a las fórmulas de choque y a los tópicos de las técnicas de gestión. La emulación global ha corrido pareja a la apropiación del término «glocalisation», que se supone ha de expresar la dialéctica fragmentación/globalización. Lo cierto es que este término procede directamente de las teorías japonesas del *management* posfordista. Los primeros en utilizarlo fueron los expertos en marketing para referirse a la «segmentación» de los objetivos o partición de grandes segmentos transfronterizos de «comunidades de consumidores» que comparten los mismos «socioestilos», los mismos modelos de consumo.

EL CONSUMIDOR REY, HÉROE DE LA POSMODERNIDAD

Una de las mayores paradojas de la evolución vanguardista de los estudios culturales reside en las convergencias contra natura entre sus problemáticas y las de los «evangelistas del mercado» y sus *think tanks* neoliberales como el Adam Smith Institute, en Inglaterra (Dixon, 1998). Estas instituciones, cuya finalidad es la de desarrollar una reflexión susceptible de influir en las políticas públicas, han contribuido explícitamente al éxito de la sociedad prometida por la «revolución neoliberal», ese proyecto de nuevo orden en el que el mercado se convierte en el árbitro esencial de todas las transacciones.

La fascinación de los estudios culturales por la figura del consumidor ha relegado la del ciudadano a segundo término. Habiendo pagado por ello el alto precio de la pérdida de distancia crítica, esta deriva ha removido las prohibiciones que impedían el libre flujo entre la oferta de conocimientos científicos y la demanda de gestores del *global democratic marketplace*. El radicalismo teórico no ha protegido a los estudios culturales de los requerimientos de los publicitarios, empresarios o administraciones en busca de herramientas de control de lo social para la conquista de nuevos mercados y audiencias. La doctrina librecambista de la «soberanía absoluta del consumidor» se ha visto reflejada en el perfil de un telespectador que se ha vuelto autónomo gracias a su intangible poder de determinar el sentido de los programas. En cuanto a la problemática de la producción de identidades, ha desbordado la cuestión de la nación, el género, la raza y la etnia para invadir la investigación administrativa en materia de cultura de empresa, de *ethos* de las grandes organizaciones (Gay, 1996).

La marginación del ciudadano por el consumidor se ha llevado a cabo a expensas de la interrogación sobre los actores de la producción, el mercado, el Estado y la descomposición/recomposición del Estado nación, pero también sobre el nuevo estatuto del consumo, cada vez más integrado en las matrices industriales del posfordismo. El propio consumo se convierte en producción de informaciones para el productor. El relieve

que gradualmente adquiere el término «sociedad civil» también expresa esa necesidad de una «caja negra», que oculte la miseria de un vacío de problematizaciones. Mitificada como espacio liberado de diversidad, de pluralización de las identidades fragmentadas, esta sociedad civil parece la antítesis del Estado-nación-Leviatán en vías de extinción. Ese «culto de la sociedad civil» (Meiksins Wood, en Milliband y Panitch, 1990) deslegitima el principio mismo de políticas públicas voluntaristas y el proyecto de reformulación de las políticas culturales y de comunicación a escala nacional e internacional. El enclaustramiento del acto de resistencia en el acto de consumo y el enaltecimiento ingenuo de la «sociedad de la información» dejan en la penumbra el análisis de los grupos económicos, profesiones y actores cuyas interacciones configuran los usos y arquitecturas de las tecnologías de la comunicación y la información.

LAS PEQUEÑAS HISTORIAS

Otra paradoja de los estudios culturales: su expansión hacia objetos extremadamente variados se ha visto acompañada de un interés decreciente por los retos centrales de los procesos de producción de bienes culturales: industrias culturales, políticas públicas en la materia, sociología del trabajo de los mundos de la cultura, peso de la historia. El mejor conocimiento, bien apreciable, que surge del interés por los elementos más diversos del mosaico de lo cultural, tiene como contrapartida la obsesión por el pequeño objeto, por la trivialidad de las pequeñas historias en la amnesia de los mecanismos sociales que determinan su producción.

La cultura, especialmente pero no sólo en Francia, también es objeto de políticas públicas. Pueden tomar la forma de las iniciativas de Malraux en lo relativo a casas de cultura, desarrollo de redes digitales o precio único del libro. También existen a escala internacional a través de los debates sobre la excepción cultural o las reglamentaciones de la difusión de

la televisión por satélite. El debate recurrente sobre «democratización cultural» dice bastante sobre lo que está en juego en estas políticas. No obstante, aunque existen trabajos acerca de estas cuestiones esenciales, se desarrollan en el ámbito de la ciencia política, la sociología de la cultura o las ciencias de la comunicación, pero no emanan —o ni siquiera son invocados— sino muy raras veces de los estudios culturales, hasta tal punto que puede buscarse en vano una obra de referencia en la materia que forme parte de su producción. Dentro del paisaje universitario estadounidense, los trabajos de George Yúdice sobre los nuevos usos de la cultura como «recurso» en la llamada era global constituyen una de las muy escasas y estimulantes excepciones que confirman la regla de la tendencia dominante (Yúdice, 2002).

Esta lista de abonados ausentes de la reflexión también puede formar parte de lo que puede calificarse de sociología del trabajo cultural: análisis morfológicos de los productores culturales, nacimiento y recomposición de profesiones, modalidades de la división del trabajo. Al combinar una investigación sobre las áreas de formación, la distribución de roles entre hombres y mujeres, numerosas entrevistas con profesionales y un análisis de las tensiones entre creatividad artística e imperativos comerciales, el trabajo de Angela McRobbie (1998) sobre el mundo social de los creadores y empresas británicas de moda indumentaria constituye una notable excepción dentro de lo que constituye otra laguna en el grueso de la literatura.

El proyecto de historia social también está olvidado. A pesar de algunas contribuciones como la de Gilroy (1993), los estudios culturales sólo pudieron considerar que el doble movimiento de unificación del mundo y de heterogeneidad cultural se remontaba, como mucho, a una o dos décadas. Sin embargo, se trata de un proceso inscrito en la larga duración del desarrollo capitalista que, a través de las asimetrías, las supervivencias, las maniobras de diversión o las regresiones, lo mismo se construye en los imaginarios que en la realidad desde que los europeos han llevado a cabo su «toma del mundo» con la conquista de las Américas, momento en que se inicia el proyecto

universalista de la modernidad occidental. (A. Mattelart, 1999). Como recordaba el historiador Marc Ferro (1999), «se impone la idea de que hemos entrado en una nueva era histórica, la de la mundialización. ¿Pero acaso no se trata de una mera ilusión óptica? Porque el movimiento de unificación del mundo surgió muy anteriormente, aun cuando recientemente se haya extendido y desarrollado a un ritmo acelerado». Sabemos que los pioneros de las ciencias humanas y sociales como Durkheim, Mauss, Tarde y luego Elias ya hacían énfasis en la larga duración que opera en la mundialización de los intercambios materiales y simbólicos, en la diversidad de las culturas.

El proceso incoado por el posmodernismo al «pecado historiográfico de la modernidad» corona las percepciones ajenas al tiempo y al espacio del momento presente. Reducida a un lenguaje, a una «representación», a la «narrativización» de la inmediatez del acontecimiento, la historia se aplanan en provecho de microobjetos (Barbie, Madonna, McDonald's), de «pequeñas historias» que nos negamos a jerarquizar e integrar en un discurso de conjunto. A semejanza de otras categorías posmodernas de lo «trivial», de lo «débil», de lo «ligero», que valen tanto para el concepto como para la conducta o la elección de los objetos de la observación empírica (cuando subsiste), lo «pequeño» invita a dejar los «argumentos fuertes» en manos del macrosujeto autoritario. Al decretar el fin de las categorías abstractas (Pueblo, Nación, Estado, Clase, Capital, etc.) y de los esquemas de interpretación dualistas (opresor/oprimido, centro/periferia, etc.), la herramienta conceptual posmoderna ha rechazado de su horizonte etnocéntrico — y por decirlo todo, de clase media emblemática de una «globalización» y de una «cultura global» de dos velocidades — la visión del planeta y de su historia como «sistema barroco» (Merleau-Ponty). Un planeta en el que las lógicas asimétricas hacen que coexistan y se interpenetren las formas antiguas de la opresión, de la humillación y de la explotación y las nuevas formas de hegemonía y de control social en la era digital, las supervivencias de formas experimentadas de reivindicación y rebelión contra los poderes y las dinámicas innovadoras de la

¿Madonna-logía?

«Some boys kiss me, some boys miss me
I think they are OK
But it's the boy with cold, hard cash
Who makes my rainy day
Refrain: For we're living in a material world
And I'm a material girl.»

(*Material Girl*)

Icono de la diversidad internacional, la cantante Madonna es objeto de una proliferación de libros, textos, cursos y coloquios, hasta tal punto que puede ironizarse sobre el nacimiento de una Madonna-logía (lo mismo que de una Diana-logía). Comoquiera que hemos escrito sobre el Pato Donald (Dorfman y Mattelart, 1971) y las aventuras de SAS (Neveu, 1985), somos poco sospechosos de legitimismo. Unos «pequeños» objetos culturales, especialmente cuando se consumen masivamente, pueden desembocar en «grandes» cuestiones. La estrategia en este sentido supone un riguroso trabajo de investigación y el análisis de contenidos, lógicas de producción, difusión y recepción, especialmente en lo que concierne a sus posibles impactos ideológicos. En el caso de Madonna, la retórica científica más usual consiste por encima de todo en aplicar sobre datos empíricos superficiales un corpus de referencias teóricas sobredimensionadas cuyo resultado oscila entre vaga generalidad y énfasis barroco.

Desde 1989 John Fiske viene sosteniendo que si, a través de sus puestas en escena y de sus textos, Madonna puede dar la impresión de que transmite la imagen de una mujer que se ajusta al modelo «hegemónico» de un «capitalismo patriarcal», el potencial crítico de los admiradores acaba convirtiendo las obras de la artista en el ámbito de una «lucha semiótica» capaz de desviar y deconstruir

estas representaciones. La palma de la sofisticación se la lleva sin duda Joseph Roach (1994), que relaciona los textos de Madonna con una obra de teatro inglesa del siglo XVII para deslindar continuidades y rupturas en la visión de la condición femenina. La canción *Material Girl*, analizada anteriormente por varios madonnólogos, es el principal objeto de sus comentarios. Basándose nada menos que en Lévi-Strauss, Mauss, Braudel y la antropología feminista, el autor destaca entonces el sentido de estas palabras en relación con la función social del intercambio de las mujeres, con la economía del vínculo conyugal.

Aunque algunos autores, como Douglas Kellner, se preguntan por el impacto de Madonna en materia de promoción comercial de modas indumentarias o cosméticas, la tendencia dominante de estos trabajos consiste en poner de relieve, bien a través de las prestaciones de la cantante, bien a través de las reacciones de sus *fans*, un factor subversivo. En *Outlaw Culture* (1994), bell hooks ve en sus transgresiones de las fronteras entre estereotipos femeninos y masculinos un apoyo objetivo de Madonna a las feministas. Otros, más atrevidos, consideran que «rechaza el corazón de las *epistemes* burguesas» (*sic*)... subversión por la que Time Warner habría autorizado una inversión de 60 millones de dólares por los derechos sobre la obra de la artista.

desobediencia civil en la era de los movimientos sociales y de sus movilizaciones reticulares.

Explorar nuevas interdisciplinaridades

INMIGRACIONES, DIÁSPORAS, MIXTOS CULTURALES

Las dimensiones culturales del desarraigo y de la movilidad espacial unidos a la inmigración o a una creciente frag-

mentación de los espacios de vida constituyen probablemente uno de los ámbitos de invención y progreso del conocimiento. Uno de los únicos, también, en los que el programa de investigaciones de Birmingham se sigue respetando: investigaciones y etnografías en profundidad, sensibilidad enfática, aunque no encomiástica, ante las culturas populares, cuestionamiento acerca de sus consecuencias políticas, aun cuando la marginación de las referencias marxistas hace que en este caso el léxico de resistencia y subversión se desplace hacia ciudadanía y espacio público.

La cuestión de las diásporas, de las inmigraciones y de la movilidad espacial es esencial toda vez que permite un enfoque concreto de las formas y efectos de la mundialización y facilita a los investigadores el acceso a un campo que permite otras cosas que no sean análisis de textos. También es un espacio de confrontación con nuevas mitologías sociales. La hidra del «multiculturalismo» es uno de los casos más relevantes.

Los trabajos sobre las diásporas se han multiplicado desde los años noventa. Por no citar más que un ejemplo, las investigaciones dirigidas por Kevin Robins (2001), en colaboración con la investigadora turca Asu Aksoy (2000), sobre la forma con que los inmigrantes turcos combinan la utilización de los propios medios de comunicación de su país de acogida con el seguimiento, a través de las cadenas por satélite, de programas emitidos desde la madre patria, son especialmente estimulantes. Aksoy y Robins observan en los discursos suscitados por la difusión de redes turcófonas en Alemania y en el Reino Unido las dos polaridades de la vulgata multiculturalista: la denuncia de una oferta que termina por encerrar a los turcos en un gueto comunitario, la percepción más positiva de que estos medios van a ser el vínculo de una comunidad imaginada, de una diáspora turca. Las entrevistas confirmarán la vacuidad de estas representaciones. El examen de la oferta muestra en primer lugar que, lejos de expresar una «turquedad» monolítica, las cadenas vía satélite (que comenzaron emitiendo ilegalmente hacia Turquía) han sido el origen, al contrario, de una total conmoción del modelo oficial, kemalista,

de identidad turca, al escenificar la diversidad religiosa, cultural o lingüística (kurdos); en resumen, yendo radicalmente en sentido contrario a la cosificación de una comunidad que se tenía por homogénea. Las prácticas de los inmigrantes también dejan en mal lugar a los apriorismos multiculturalistas. A lo largo de auténticos recorridos de socialización, el peso de los medios turcos y el de los países de acogida varía en proporciones enormes. Los más asiduos ante las redes turcas también pueden ser los más críticos por el brillo de sus lentes; otros turcos dicen estar fascinados por la cadena Channel Four. Otra turca interrogada en Londres admite que mira las cadenas turcas y nunca las británicas. ¿Acaso sería cautiva de una burbuja cultural turcófona? No, toda vez que lee asiduamente la prensa escrita inglesa y se relaciona principalmente con británicos. Sin negar sus aportaciones, Robins y Aksoy invitan a guardar las distancias respecto de nociones tales como «comunidad imaginada» o «identidades» si suponen una forma de coherencia impuesta, con una clara dominante cultural. Lo que se convierte en un reto es la exploración de «espacios mentales», de los desplazamientos, de las construcciones de refugios identitarios que oscilan entre uno y otro universo cultural, los combinan, los compartimentan, operaciones todas estas ajenas al monocultivo de la identidad o de las inversiones culturales. También es ese mismo filón, «lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado», el que exploran los trabajos más recientes de Morley (2001). Este último cuestiona, a su vez, las reacciones que suscitan las migraciones y la movilidad espacial, ya sea porque adopten la forma de «pánicos identitarios» entre los que se alarman por esa mezcla llegada de fuera, o porque se trate de la relación vivida con esa movilidad. Invita a sustituir los riesgos de un exceso de homogeneidad que pueden sugerir las numerosas visiones de la identidad por un enfoque comprensivo de las «pertenencias» plurales de los agentes sociales y a reflexionar sobre las hibridaciones culturales.

El multiculturalismo como ideología

La creciente heterogeneidad de los modelos culturales que estimula el desarrollo de la movilidad espacial y de las comunidades inmigradas y su copresencia en el espacio urbano han contribuido al éxito de la correosa noción de «multiculturalismo». En América del Norte hace referencia sobre todo a una idea de respeto a las culturas de las minorías o de los inmigrantes, a las políticas públicas en este sentido (Constant, 2000). En Francia, paradójicamente, consigue suscitar la animosidad de los partidarios de una conservadora identidad cultural francesa, al mismo tiempo que la de los intelectuales de izquierda apegados al universalismo del modelo republicano, al rechazo de un «comunitarismo» que sería típico del mundo anglosajón.

Aunque indica uno de los retos prácticos de la mundialización, esta noción blanda es más engañosa que clarificadora, tanto si se trata de reivindicarla como si es motivo de alarma. En un inventario de los elementos de la «vulgata planetaria», los sociólogos Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (2000) critican ese «multiculturalismo norteamericano» y su exportación a lo largo y ancho del mundo: «No se trata de un concepto, ni de una teoría, ni de un movimiento social o político, sino que pretende ser todo eso a la vez. Es un discurso pantalla cuyo estatuto intelectual es el resultado de un gigantesco efecto de *alodoxia* (el hecho de tomar una cosa por otra) nacional e internacional que engaña tanto a los que son como a los que no son». Este discurso pantalla padece tres vicios: el «grupismo», que «cosifica las divisiones sociales canonizadas por la burocracia estatal como principio de conocimiento y reivindicación política»; el «populismo», que «sustituye el análisis de las estructuras y de los mecanismos de dominación por el “enaltecimiento de la cultura de los dominados y de su ‘punto de vista’

elevado al rango de prototeoría en acto”»; el «moralismo», «que se opone a la aplicación de un sano materialismo racional en el análisis del mundo social y económico y condena en este caso a un debate sin fin y sin efectos sobre el necesario “reconocimiento de las identidades”, mientras que, en la triste realidad de todos los días, el problema no se plantea en modo alguno a ese nivel», sino en las desigualdades prácticas de acceso al sistema escolar, al trabajo, a la atención médica.

En un trabajo sobre las polémicas en torno al «multiculturalismo» y los fantasmas de la «latinización» cultural de Estados Unidos, el politólogo James Cohen (2000) sugiere por su parte el aspecto irracional de una visión de las culturas de la inmigración (*latinos* en Estados Unidos) como caballos de Troya de una amenazante alteridad cultural: «Por pasarnos de la raya al plantear la cuestión *latina* como un asunto de “diversidad cultural”, nos olvidamos de que el principal caldo de cultivo de las tensiones sociales y políticas del mañana será el fulgurante desarrollo de la precariedad socioeconómica entre los millones de *latinos* que se agrupan por barrios desde Los Ángeles a Nueva York».

LA GEOGRAFÍA CULTURAL COMO APERTURA

La invitación de Aksoy y Robins a considerar espacios mentales es tomada al pie de la letra en el auge de los intercambios entre geógrafos y especialistas de estudios culturales. Algunos investigadores anglófonos han contribuido a un proceso internacional de aproximación entre geografía y ciencias sociales, al desarrollar una geografía humana que no se limitaba a una demografía ni a una morfología de los hábitats para reflexionar sobre la articulación entre relaciones sociales y estructuras espaciales (Gregory y Urry, 1985). Este filón de investigación ha tenido un importante desarrollo en los últimos

diez años. Los trabajos pueden versar sobre el modo de apropiación del espacio urbano —el de las ciudades occidentales, pero también el de las megalópolis de los sures— y su funcionamiento como recurso o como lastre para determinados grupos étnicos o categorías de edad. También se refieren a la forma en que la terciarización de los empleos, la desvitalización de las industrias tradicionales, el alto aburguesamiento de los centros urbanos recomponen las sociabilidades y afectan a los estilos de vida. En ese horizonte también es en el que se inscribe parte de los trabajos más innovadores. Cabe mencionar a John Urry y su original forma de plantear «una mirada de turista» (1990) sobre el mundo urbano y los paisajes. Destaca la omnipresencia y la institucionalización de filtros y de modos de percepción que sobrecargan culturalmente hasta los paisajes urbanos o naturales más corrientes y transforman la cotidianidad en un gran jeroglífico en el que puede identificarse a *Germinal* y a la historia obrera detrás de los eriales industriales de un pozo de carbón abandonado o buscarse a Swann y a la Literatura con mayúscula por las calles sin encanto de Illiers, rebautizado como Combray. Las obras innovadoras no se limitan únicamente a las temáticas aquí enumeradas, como lo demuestra el trabajo de Gartman (1994) sobre una historia del diseño automovilístico en Estados Unidos, que también es una historia de los fantasmas sociales que simboliza el automóvil. La socióloga Sharon Zukin (1995) explora, por su parte, las relaciones entre cultura y ciudad. La apertura de un museo, los modelos de acondicionamiento del espacio de los parques Disney, la sociabilidad propia de los artistas, el comercio de los bienes culturales ponen de relieve en este caso las maneras muy concretas que tienen de modelar el espacio urbano.

La insistencia en la calidad de estos focos de renovación también implica una confesión: aunque pueden escribir en las revistas de estudios culturales, ¡la mayoría de los autores mencionados aquí no reivindican o han dejado de reivindicar el estatus de miembro de la tribu! Se observa una paradójica falta de coincidencia. Por un lado, gran parte de los investigadores

que se reclaman de los estudios culturales se afanan, a cambio, a veces, de descaradas reescrituras de la historia, en rechazar parte de la genealogía de la disciplina, en revalorizar un elitismo teorista y una orientación hacia los textos contra los que se había manifestado este movimiento. Simétricamente, a otros investigadores les repugna identificarse con unos estudios culturales cuyas evoluciones, desde entonces, convierten al patrocinio en algo enojoso. Y una de las revistas que hoy en día producen, a la vez, contribuciones muy cercanas a los objetos y al espíritu de Birmingham y una crítica acerba sobre las derivas de los estudios culturales (Storper, 2001) es el *International Journal of Urban and Regional Research*, producido por politólogos, sociólogos y geógrafos.

Todo ocurre como si, en contra de las derivas y efectos de institucionalización de los estudios culturales, se impusiera un cierto distanciamiento respecto de éstos con el fin de preservar un proyecto crítico atento a los retos sociales y políticos de lo cultural. Sin embargo, no debe exagerarse la explicación a través del campo académico. ¿Detrás de las preguntas sobre quién habla de lo cultural? ¿Desde dónde? ¿Cómo? Finalmente, todo el estatuto contemporáneo de la cultura es el que tiene que cuestionarse.

Conclusión

Aunque la reivindicación de la mirada cultural podía suponer todavía la exclusividad de una visión crítica de la sociedad durante la edad de oro de los estudios culturales, no ocurre lo mismo en el alba del siglo XXI. La atención dispensada a la dimensión cultural del proceso de integración mundial y de los fenómenos de disociación que constituyen el reverso es cosa de actores tan diversos que el significado de la cultura como instrumento de pensamiento libre, como técnica de defensa contra todas las formas simbólicas de presión y de abusos de poder, se ha convertido en algo secundario, cuando no marginal. Se ha impuesto poco a poco una noción de cultura instrumental, funcional, en relación con la necesidad de regulación social del nuevo orden mundial bajo la égida de los nuevos imperativos de la gestión simbólica de los ciudadanos y de los consumidores por los estados y las grandes unidades económicas. Esta colisión permanente del sentido hace que cualquier enfoque de la cultura, de las culturas y de su diversidad resulte profundamente ambiguo.

Al desplazarse desde la UNESCO hacia la OMC, los debates sobre la cultura y la legitimidad de las políticas culturales se han inclinado por el área de las negociaciones sobre los «servicios». La cuestión del estatuto de las mercancías culturales pertenecerá, en lo sucesivo, al ámbito de la geopolítica y de la geoeconomía. Durante este trayecto, la noción de «diversidad cultural» se ha metamorfoseado en pluralidad de oferta de productos y servicios en un mercado mundial competitivo, técnicamente preparado para producir diversidad en el seno mismo de la estandarización de masas. Eso es lo que le permitió a Jean-Marie Messier, el ex dirigente de Vivendi-Universal, convertirse, en 2001, en paladín de la «diversidad cultural» y azote de la excepción cultural.

Las redes e industrias de la cultura y de la comunicación están en el origen de nuevas formas de construcción de la hegemonía. Por eso es por lo que los conflictos en torno a la excepción cultural, el derecho moral de los autores, la «gobernanza» del ciberespacio, han alcanzado una relevancia tan estratégica. Esta nueva centralidad de lo cultural viene ratificada por la noción de *soft power*, cualquier forma de poder que no recurre a la fuerza y participa de la capacidad que posee la potencia hegemónica para fijar el orden del día de tal forma que modela las preferencias de las otras naciones. Inconcebible sin el auge del arma cultural, informacional y lingüística, el *soft power*, eufemismo que habría que traducir por la expresión menos blanda de «dispositivo de violencia simbólica», ve cómo se le asigna la tarea de cultivar el deseo de un orden planetario estructurado conforme a los valores del *global democratic marketplace*. El control de las nuevas redes, la *information dominance*, permitirá rentabilizar las inversiones en materia de representaciones del mundo que, desde hace más de medio siglo —en ocasiones, y muy especialmente en tiempos de crisis, por medio de la propaganda, la mayoría de las veces de forma metabólica, como un recurso natural del sistema social y al margen de cualquier complot—, dicha «cultura global» ha realizado a lo largo y ancho del mundo, «alfabetizando» a los consumidores, socializándolos con un

modo de vida «global». El hecho de que la destilación ordinaria de estos valores orientados también haya engendrado antídotos, réplicas o aculturaciones contradictorias nada le resta al hecho de la instauración de una mentalidad colectiva, de un horizonte de crecientes expectativas y frustraciones.

Por el contrario, las luchas sociales y políticas iniciadas por los movimientos antiglobalización, por su parte, han puesto a la cultura y a la diversidad cultural en medio de su camino hacia «otro mundo posible». Al no ser la cultura una mercancía como las demás, estos nuevos protagonistas de vocación planetaria pero anclados en un lugar sociohistórico exigen que también sea considerada como «bien público común» a semejanza de la educación, del medio ambiente, del agua y de la salud. Resulta significativo que la cultura, lo mismo que la agricultura, se hayan convertido, ambas, en sectores altamente sensibles del debate en el seno del nuevo ciclo de negociaciones lanzado en 1999 por la OMC. Más allá de sus implicaciones económicas, la soberanía o la seguridad alimentaria y la excepción o la diversidad cultural afectan directamente al modo de organización de las sociedades, a sus formas de vida. Por esta razón es por lo que el movimiento de los movimientos sociales las considera a ambas como luchas culturales de pleno derecho. Abren estrategias de ocupación de un espacio de reflexión e intervenciones que las concepciones economicistas de la cultura y del cambio social habían dejado vacío. La salida de la atonía política que ilustran las movilizaciones contra la mundialización ultraliberal, con sus pulsiones de guerra global y de control total, los fracasos a los que las políticas de reajuste estructural tienen que hacer frente, también han afectado, en todas las latitudes, a las condiciones de trabajo de los investigadores, al someterles nuevos cuestionamientos y reabrir posibilidades de articulación entre trabajo intelectual y compromiso social que se creían desaparecidas.

El análisis de lo cultural sigue siendo una prioridad en el mundo tal como es. Tres deseos, no necesariamente piadosos, sugieren la forma en que los renovados estudios culturales pueden consagrarse a ello. El primero sería el de reconciliarse con

el «materialismo cultural» explorado por E. P. Thompson y R. Williams, articular la sutileza de las topologías de lo simbólico con esos principios de realidad que son lo sociológico y lo económico. El segundo sería el de romper con todos los postacademicismos, aceptar el reto de la ruptura con las modas teóricas y los objetos rutinizados. El último sería el de abrirse al *aggiornamento* de las líneas y fronteras disciplinares que requieren tanto la evolución del mundo como la de los territorios universitarios.

Bibliografía

El asterisco * indica obras que constituyen «clásicos» o referencias especialmente concluyentes dentro de la producción de los *Cultural Studies* o relacionados con éstos.

- Ahaerne, J., *Michel de Certeau: Interpretation and its Others*, Cambridge, Polity Press, 1995.*
- Allasuutari, P., «Cultural Studies as a Construct», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 2, nº 1, 1999, págs. 65-89.
- Ang, I., *Watching «Dallas»*, Londres, Methuen, 1985a.*
- , «The Battle between Television and its Audience: The Politics of Watching Television», en R. Patterson y P. Drummond (comps.), *Television in Transition*, Londres, British Film Institute, 1985b.
- , «Culture and Communication: Towards an Ethnographic Critique of Media Consumption in the Transnational Media System», *European Journal of Communication*, vol. 5, 1990, págs. 239-260.
- , *Living Room Wars: Rethinking Media Audiences for a Postmodern World*, Londres, Routledge, 1996.

- Ang, I. y J. Hermes, «Gender and/in Media Consumption», en J. Curran y M. Gurevitch (comps.), *Mass Media and Society*, Londres, Arnold, 1991.
- Arnold, M., *Culture and Anarchy an Other Writings* (1869), Cambridge University Press, 1993.
- Augé, M., *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, París, Aubier, 1994 (trad. cast.: *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa, 1995).
- Barker, C., *Cultural Studies: Theory and Practice*, Londres, Sage, 2000.
- Beaud, P., *La Société de connivence: Média, médiations et classes sociales*, París, Aubier, 1984.
- Becker, H., *Outsiders* (1963), París, Métailié, 1985.
- Beverly, J., *Subalternity and Representation*, Durham y Londres, Duke University Press, 1999.*
- Blundell, V., J. Shepherd e I. Taylor (comps.), *Relocating Cultural Studies: Developments in Theory and Research*, Londres, Routledge, 1993.
- Bourdieu, P., *La Distinction: Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979 (trad. cast.: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1995).
- Bourdieu, P. y J. Coleman (comps.), *Social Theory for a Changing Society*, Boulder, Westview Press, 1991.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant, «La vulgate planétaire», *Le Monde diplomatique*, abril de 2000.
- Brantlinger, P., *Crusoe's Footprints: Cultural Studies in Britain and America*, Londres, Routledge, 1990.*
- Bricmont, J. y A. Sokal, *Impostures intellectuelles*, París, Odile Jacob, 1997 (trad. cast.: *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2002).
- Brown, M. E. (comp.), *Television and Women's Culture: The Politics of Popular*, Londres, Sage, 1990.
- Brunsdon, C., J. D'Acci y L. Spigel (comp.), *Feminist Television Criticism*, Oxford, Clarendon Press, 1997.*
- Brunsdon, C. y D. Morley, *The «Nationwide» Studies*, Londres, Routledge, 1999.*
- Carlyle, T., *Lectures on Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* (1840), Oxford, The Clarendon Press, 1910 (trad. cast.: *Los héroes*, Barcelona, Iberia, 1984).
- Casanova, P., *La République mondiale des lettres*, París, Seuil, 1999 (trad. cast.: *La república mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama, 2001).

- Center For Contemporary Cultural Studies, *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70's Britain*, Londres, Hutchinson, 1982.*
- Certeau, M. de, *L'Invention du quotidien: Arts de faire*, París, Éditions 10/18, 1980.
- Chaney, D., *The Cultural Turn: Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres, Routledge, 1994.*
- Cohen, J., «La "latinisation" des États-Unis: clivages sociaux et faux-semblants culturels», *Actuel Marx*, n° 27, 2000.
- Cohen, S., *Folk Devils and Moral Panics: The Invention of the Mods and Rockers* (1972), Londres, Blackwell, 1987.
- Cohen, S. y L. Taylor, *Escape Attempts: The Theory and Practice of Resistance to Everyday Life* (1976), Londres Routledge, 1992.
- Collini, S., *Public Moralists: Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930*, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- Constant, F., *Le Multiculturalisme*, París, Flammarion, 2000.
- Cuche, D., *La Notion de culture dans les sciences sociales* (1996), nueva edición, La Découverte, «Repères», 2001.
- Dahlgren, P., «What's the Meaning of This? Viewers Plural Sense-making of TV News», *Media, Culture and Society*, vol. 10, n° 3, 1988, págs. 285-301.
- Davies, I., *Cultural Studies and Beyond: Fragments of Empire*, Londres, Routledge, 1995.
- Dixon, K., *Les Évangélistes du marché: Les intellectuels britanniques et le néo-libéralisme*, París, Raisons d'agir, 1998.
- Dorfman, A. y A. Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Chile, Ediciones universitarias de Valparaíso, 1971.
- During, S., *The Cultural Studies Reader*, Londres, Routledge, 1999.
- Eagleton, T., *Critique et théorie littéraires: une introduction* (1983), París, PUF, 1994.
- Esteinou, J., «Investigación de la comunicación, leyes de mercado y final de siglo», *Guadalajara, Comunicación y Sociedad*, n° 30, 1997.
- Feld, C., *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los excomandantes en Argentina*, Buenos Aires y Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Ferguson, M. y P. Golding (comps.), *Cultural Studies in Question*, Londres, Sage, 1997.
- Ferro, M., «Le futur au miroir du passé», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 1999.
- Fiske, J., *Television Culture*, Londres, Methuen, 1987.

- Follari, R. A., *Teorías débiles*, Homo Sapiens, Rosario, 2003.
- Ford, A., *La marca de la bestia*, Buenos Aires, Norma, 1999.
- Frith, S., *Sound Effects Youth, Leisure and the Politics of Rock'n'roll*, Londres, Constable, 1993.*
- Gallagher, M., «Women and Men in the Media», *Communication Research Trends*, vol. 12, n° 1, 1992.
- Gamman, L. y M. Marshment (comps.), *The Female Gaze: Women as Viewers of Popular Culture*, Londres, Women's Press, 1988.
- Garnham, N., «Contribution to a Political Economy of Mass-communication», *Media, Culture and Society*, vol. 1, n° 2, 1979.
- , «Toward a Theory of Cultural Materialism», *Journal of Communication*, vol. 33, n° 3, 1983.
- Garnham, N. y R. Williams, «Pierre Bourdieu and the Sociology of Culture: an Introduction», *Media, Culture and Society*, vol. 2, n° 3, 1980.
- Gartman, D., *Auto Opium: A Social History of American Automobile Design*, Londres, Routledge, 1994.
- Geertz, C., *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973 (trad. cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000).*
- Gilroy, P., *There Ain't no Black in the Union Jack*, Londres, Hutchinson, 1987.*
- , *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Londres, Verso, 1993.*
- Gitlin, T., «Media Sociology: The Dominant Paradigm», *Theory and Society*, vol. 6, 1978, págs. 205-253.
- Goldthorpe, J. y D. Lockwood, *L'Ouvrier de l'abondance* (1968), París, Seuil, 1972.
- Gregory, D. y J. Urry, *Social Relations and Spatial Structures*, Londres, McMillan, 1985.
- Grignon, C. y J. C. Passeron, *Le Savant et le Populaire*, París, Seuil-Gallimard, 1989 (trad. cast.: *Lo culto y lo popular*, Madrid, Endymion, 1992).
- Gripsrud, J., *The «Dynasty» Years, Hollywood Television and Critical Media Studies*, Londres, Routledge, 1995.
- Grossberg, L., «The Space of Culture, the Power of Space», en I. Hambers y L. Curti (comps.), *The Post-Colonial Question*, Londres, Routledge, 1996.
- Guinsberg, E., «Los estudios e investigaciones en comunicación en nuestros tiempos neoliberales y posmodernos», *Anuario de la investigación de la comunicación 2000*, México, CONEICC, 2001.

- Hall, S., «Codage-décodage» (1977), *Réseaux*, n° 68, 1994, págs. 27-39.
- Hall, S. y T. Jefferson (comps.), *Resistance Through Rituals* (1993), Londres, Routledge, 1975.*
- Hall, S., C. Critcher y T. Jefferson, *Policing the Crisis: «Mugging», the State and Law and Order*, Londres, Macmillan, 1978.*
- Hall, S., D. Hobson, A. Lowwe y P. Willis (comps.), *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson, 1980.*
- Hall, S. y M. Jacques (comps.), *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990's*, Londres, Lawrence and Wishart, 1990.
- Hall, S. y P. Du Gay (comps.), *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996.
- Hebdige, D., *Subcultures: The Meaning of Style*, Londres, Methuen, 1979.*
- , *Hiding in the Light*, Londres, Routledge, 1988.
- Hermès, «À la recherche du public», n° 11-12, 1993.
- , «Amérique latine, cultures et communication», n° 28, 2001.
- Hoggart, R., *La culture du pauvre* (1957; presentación de J. C. Passeron), París, Minuit, 1970.*
- , *Speaking to Each Other*, vol. 1, *About Society*, Londres, Pelican Books, 1973.
- , *33, Newport Street*, París, Gallimard-Seuil, 1991.*
- Hooks, B., *Outlaw Culture*, Londres, Routledge, 1994.
- Jacks, N. y T. Tufte, «Entrevista con James Lull», Buenos Aires, *Causas y Azares*, n° 7, 1998.
- Jelin, E., *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires y Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Jennings, H., *Pandaemonium*, Londres, Papermac, 1985.
- Jouet, J., «Retour critique sur la sociologie des usages», *Réseaux*, n° 100, 2000, págs. 487-521.
- Kaliman, K. J., «Sobre la definición de lo "interesante" en los estudios culturales latinoamericanos», Barcelona y Buenos Aires, *Voces y culturas*, n° 16, 2000.
- Katz, E., «À propos des médias et de leurs effets», en L. Sfez y G. Coutlee (dirs.), *Technologies et symboliques de la communication*, Grenoble, PUG, 1990.
- Katz, E. y T. Liebes, *The Export of Meaning: Cross-Cultural Readings of «Dallas»*, Londres, Polity Press, 1993.
- Kenny, M., *The First New Left: British Intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence and Wishart, 1995.
- Laclau, E. y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso, 1985 (trad. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista: ha-*

- cia una radicalización de la democracia, Madrid, Siglo XXI, 1987).
- Leavis, F. R. y D. Thompson, *Culture and Environment*, Londres, Chatto and Windus, 1932.*
- Lepennies, W., *Les Trois Cultures* (1985), Éditions de la Maison des Sciences de l'homme, 1991.
- Lewis, J., *Cultural Studies: The Basics*, Londres, Routledge, 2002.
- Lull, J., «The Social Uses of Television», *Human Communication Research*, vol. 6, n° 3, 1980.
- , (comp.), *World Families Watch Television*, Londres, Sage, 1988.
- , *Inside Family Viewing: Ethnographic Research on Television's Audiences*, Londres, Routledge, 1990.
- Martín Barbero, J., *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona y México, Gustavo Gili, 1987.
- Mattelart, A., *La Communication-monde*, París, La Découverte, 1992 (trad. cast.: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid, Fundesco, 1993; y México, Siglo XXI, 1996).
- , *Histoire de l'utopie planétaire. De la cité prophétique à la société globale*, París, La Découverte, 1999; Livre de Poche, 2000 (trad. cast.: *Historia de la utopía planetaria: de la ciudad profética a la ciudad global*, Barcelona, Paidós, 2000).
- Mattelart, A. y M. Mattelart, *Penser les médias*, París, La Découverte, 1986 (trad. cast.: *Pensar sobre los medios*, Madrid, Fundesco, 1987; Santiago de Chile, LOM, 2000).
- , *Histoire des théories de la communication* (1995), París, La Découverte, «Repères», 3ª ed., 2002 (trad. cast.: *Historia de las teorías de la comunicación*, Barcelona, Paidós, 1997).
- , *Le carnaval des images: La fiction brésilienne*, París, INA/Documentation française, 1987 (trad. cast.: *El carnaval de las imágenes*, Madrid, Akal, 1988).
- Mattelart, M., *Women, Media and Crisis*, Londres Comedia, 1986.
- , «Femmes et médias: retour sur une problématique», *Réseaux*, n° 120, 2003.
- Mattelart, M. y Piccini, M., «La televisión y los sectores populares», Buenos Aires, *Comunicación y cultura*, n° 2, 1974.
- Mattelart, T. (dir.), *La Mondialisation des médias contre la censure*, París y Bruselas, INA-De Boeck, 2002.
- McRobbie, A., *British Fashion Design: Rag Trade or Image Industry*, Londres, Routledge, 1998.*

- Media, Culture and Society*, «“Globalization” and Identity», vol. 24, n° 5, 2002.
- Mellor, A., «Discipline and Punish? Cultural Studies at the Crossroads», *Media, Culture and Society*, vol. 14, 1992, págs. 663-670.
- Mercer, K., *Welcome to the Jungle*, Londres, Routledge, 1994.
- Miège, B., *Les Industries du contenu face à l'ordre communicationnel*, Grenoble, PUG, 2000.
- Mignolo, W. D., «Los estudios subalternos ¿son posmodernos o poscoloniales? La política y las sensibilidades de las ubicaciones geoculturales», *Casa de las Américas*, n° 204, 1996.
- Milliband, R. y L. Panitch (comps.), *The Retreat of the Intellectuals*, Londres, Merlin Press, 1990.
- Mills, C. W., *L'imagination sociologique* (1958), París, Maspero, 1967; La Découverte, 1997 (trad. cast.: *La imaginación sociológica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999).
- Moore, S., *Interpreting Audiences*, Londres, Sage, 1993.
- Morley, D., *Family Television: Cultural Power and Domestic Leisure*, Londres, Methuen, 1986.
- , *Television Audiences and Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1992 (trad. cast.: *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996).*
- , «Active Audience Theory: Pendulums and Pitfalls», *Journal of Communication*, n° 4, 1993, págs. 13-19.
- , «Belongings: Place, Space and Identity in a Mediated World», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 4, n° 4, 2001, págs. 425-448.
- Morley, D. y K. Robins, *Spaces of Identity*, Londres, Routledge, 1995.
- Morley, D. y Kuang-Hsing Chen (comps.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1996.
- Morris, M., «Politics Now (Anxieties of a Petit-Bourgeois Intellectual)», *Framework*, n° 32-33, 1986.
- Morris, W., *L'Âge de l'ersatz et autres textes contre la civilisation moderne*, París, Éditions de l'Encyclopédie des nuisances, 1996.
- Mosco, V., *The Political Economy of Communication*, Londres, Sage, 1996.
- Mulvey, L., «Virtual Pleasure and the Narrative Cinema», *Screen*, vol. 16, n° 3, 1975.*
- Munt, I., «The “Other” Postmodern Tourism», *Theory, Culture and Society*, vol. 11, n° 3, 1994, págs. 101-123.

- Neveu, E., *L'Idéologie dans le roman d'espionnage*, París, Presses de Sciences Po, 1985.
- , *Sociologie des mouvements sociaux*, París, La Découverte, «Repères», 3ª ed., 2002a (trad. cast.: *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Hacer, 2002).
- , «La ligne Paris-Londres des *Cultural Studies*: une voie à sens unique?», *Bulletin de l'Association pour le développement de l'histoire culturelle*, nº 2, 2002b, págs. 19-34.
- Orozco Gómez, G (comp.), *Miradas latinoamericanas a la televisión*, México, Universidad Iberoamericana, 1966.
- Pasquier, D., *La Culture des sentiments: L'Expérience télévisuelle des adolescents*, París, Éditions de la MSH, 1999.
- Passeron, J. C. (dir.), *Richard Hoggart en France*, París, Éditions du Centre Pompidou/BPL, 1999.*
- Pickering, M. y D. Chaney, «Democracy and Communication: Mass Observation 1937-1943», *Journal of Communication*, vol. 36, 1986, nº 1.
- Piemme, J. M., *La Télévision comme on la parle*, París-Bruselas, Nathan-Labor, 1980 (trad. cast.: *La televisión, un medio en cuestión*, Barcelona, Fontanella, 1980).
- Radway, J., *Reading the Romance/Women, Patriarchy and Popular Literature*, University of North California Press, 1984.*
- Reguillo, R., *La construcción simbólica de la ciudad: Sociedad, desastre y comunicación*, Guadalajara, Iteso/México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- , «El oráculo en la ciudad: creencias prácticas y geografías simbólicas», Lima, *Dia-Logos*, nº 49, 1997a.
- , «Más allá de los medios: Diez años después», *Comunicación y Sociedad*, nº 30, México, Universidad de Guadalajara, 1997b.
- Réseaux*, «Les "Cultural Studies"», nº 80, 1996.*
- Roach, C., «Cultural Imperialism and Resistance», *Media, Culture and Society*, vol. 19, 1997, págs. 47-66.
- Roach, J., «Material Girls: Madonna and "Women Beware Women"», *Continuum*, vol. 7, nº 2, 1994.
- Robins, K., «Althusserian Marxism and Media Studies: The case of *Screen*», *Media, Culture and Society*, vol. 1, 1979, págs. 355-370.
- , «Au-delà de la communauté imaginée? Les médias transnationaux et les migrants turcs en Europe», *Réseaux*, nº 107, 2001, págs. 19-39.*
- Robins, K. y F. Webster, «Science, Poetry and Utopia. Humphrey Jennings' *Pandaemonium*», *Science as Culture*, nº 1, 1987.*

- Robins, K. y A. Aksoy, «Thinking Across Spaces: Transnational Television From Turkey», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 3, nº 3, 2000, págs. 343-365.
- Roig, A. A., «Postmodernismo: paradoja e hipérbole: Identidad, subjetividad e historia de las ideas desde una filosofía latinoamericana», *Casa de las Américas*, nº 213, 1998.
- Sarlo, B., «Entrevista», Buenos Aires, *Causas y Azares*, nº 6, 1997.
- Schlesinger, P., «Repenser la sociologie du journalisme», *Réseaux*, nº 51, 1990, págs. 75-98.
- Schmucler, H., *Memoria de la comunicación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.
- Schröder, K. C., «Making Sense of Audience Discourses: Towards a Multidimensional Model of Mass Media Reception», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 3, nº 2, 2000, págs. 233-258.
- Shields, R., *Lifestyle Shopping: The Subject of Consumption*, Londres, Routledge, 1992.
- Snow, C. P., *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.
- Société*, «Wanted Dead or Alive: guerre au terrorisme ou guerre totale?», nº 22, 2002, Montreal.
- Solomianski, A., *Identidades secretas: la negritud argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2003.
- Souchon, M., *La Télévision des adolescents*, París, Éditions Ouvrières, 1969.
- Steele, T., *The Emergence of Cultural Studies 1945-65: Cultural politics, Adult Education and the English Question*, Londres, Lawrence and Wishart, 1997.*
- Storper, M., «The Poverty of Radical Theory Today: From the False Promises of Marxism to the Mirage of the Cultural Turn», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 25, nº 1, 2001, págs. 155-179.
- Temps Modernes, Les*, «Démocratie et minorités ethniques», nº 540-541, 1991.
- Thiesse, A. M., *La Création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.
- Thompson, E. P., *William Morris: Romantic to Revolutionary* (1955), Londres, Merlin, 1976 (trad. cast.: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1988).*
- , *La Formation de la classe ouvrière britannique* (1963), París, Gallimard, Seuil, 1988 (trad. cast.: *La formación histórica de la clase obrera: 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977).*

- , *Wighs and Hunters*, Harmondsworth, Penguin, 1975.*
- , *The Poverty of Theory*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- , *Customs in Common*, Londres, Merlin, 1991 (trad. cast.: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000).*
- Urry, J., *The Tourist Gaze*, Londres, Sage, 1990.
- Vassallo de Lopes, M. I. y otros (comps.), *Vivendo com a telenovela*, São Paulo, Summus, 2002.
- Wiswanathan, G., *Mask of Conquest*, Nueva York, Columbia University Press, 1990.
- Wacquant, L., «Les dessous de l'affaire Sokal», *Liber*, n° 30 y n° 31, 1997.
- Wermuth, M., «Meanwhile, at the Other Side of the Ocean», *European Network for Cultural and Media Studies*, revista anual, Amsterdam, 1996.
- Whyte, W., *Street Corner Society* (1943), París, La Découverte, 1995; ed. bolsillo, 2002.
- Wiener, M. J., *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit 1850-1980*, Harmondsworth, Penguin, 1985.
- Williams, R., *The Long Revolution*, Columbia University Press, 1961.
- , *Culture and Society. 1780-1950* (1958), Nueva York, Harper and Row, 1966.*
- , *Communications*, Harmondsworth, Penguin, 1962.
- , *Television: Technology and Cultural Form*, Londres, Fontana, 1974. (Un capítulo ha sido publicado con el título de «La tecnología y la sociedad» en *Causas y Azares*, n° 4, Buenos Aires, 1996).*
- , *Marxism and Literature*, Londres, Oxford University Press, 1977 (trad. cast.: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997).
- Willis, P., *Learning to Labour: How Working-Class Kids Get Working-Class Jobs*, Nueva York, Columbia University Press, 1977 (trad. cast.: *Aprendiendo a trabajar*, Tres Cantos, Akal, 1988).*
- , *Profane Culture*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.*
- Women's Studies Group/CCCS, *Women Take Issue*, Londres, Hutchinson, 1978.*
- Wood, B., «Stuart Hall's Cultural Studies and the Problem of Hegemony», *British Journal of Sociology*, vol. 49, n° 5, 1998, págs. 399-413.
- Yúdice, G., *El recurso de la cultura: Usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Zukin, S., *The Cultures of Cities*, Oxford, Blackwell, 1995.

Índice de nombres

- | | |
|--|---|
| Acci(d'), Julie, 118 | Brown, Mary Elen, 89 |
| Ahaerne, Jeremy, 100 | Brundson, Charlotte, 49, 58, 81, 139, 140 |
| Aksoy, Asu, 153, 156 | |
| Alasuutari, Perti, 109 | |
| Anderson, Perry, 44 | Carlyle, Thomas, 20, 22, 34, 35, 41 |
| Ang, Len, 80, 84, 89, 96, 97, 99, 103, 104, 127 | Casanova, Pascal, 21 |
| Arnold, Matthew, 25, 26, 27, 28, 32, 35, 41 | Certeau, Michel de, 100, 116, 119 |
| Augé, Marc, 15 | Chaney, David, 37, 111 |
| | Cohen, James, 156 |
| | Cohen, Phil, 49, 52, 68 |
| Barker, Chris, 123 | Cohen, Stanley, 55, 56, 62 |
| Barthes, Roland, 67, 89, 116, 126 | Collini, Stefan, 31 |
| Beaud, Paul, 102 | Constant, Fred, 155 |
| Becker, Howard, 53, 64 | Corrigan, Paul, 53 |
| Beverley, John, 142 | Critcher, Cas, 49, 64, 74 |
| Blundell, Valda, 47 | Cuche, Denis, 13 |
| Bourdieu, Pierre, 69, 71, 91, 116, 118, 119, 124, 133, 155 | Curran, James, 102 |
| Brantlinger, Patrick, 46, 139 | |
| Bricmont, Jean, 132 | Dahlgren, Peter, 141 |
| | Davies, Loan, 43, 45, 139 |

- Dorfman, Ariel, 150
 Doring, Simon, 124
- Eagleton, Terry, 28, 33, 34
 Esteinou, Javier, 128
- Feld, C., 129
 Ferguson, Marjorie, 131, 138
 Fiske, John, 83, 151
 Follari, R.A., 128
 Ford, Anibal, 128
 Frith, Simon, 49, 57
- Gallagher, Margaret, 90
 Gamman, Lorraine, 88
 García Canclini, Néstor, 119
 Garnham, Nicholas, 69, 72
 Gartman, David, 157
 Geertz, Clifford, 14, 62, 124
 Gilroy, Paul, 49, 58, 71, 142, 149
 Gitlin, Todd, 102, 131
 Golding, Peter, 131, 138
 Goldthorpe, John, 53
 González, Jorge, 119
 Gregory, Derek, 156
 Grignon, Claude, 60, 70
 Gripsrud, Jostein, 141
 Grossberg, Lawrence, 47, 95, 130
 Guinsberg, Enrique, 128
- Hall, Stuart, 42, 44, 45, 48, 51, 52, 53, 56, 57, 58, 61, 64, 73, 74, 80, 81, 82, 86, 90, 91, 92, 94, 104, 126
 Hebdige, Dick, 49, 55, 58, 62, 68, 80, 86, 94, 111, 126
 Hobson, Dorothy, 49, 58, 139
 Hoggart, Richard, 36, 41, 44, 48, 49, 52, 62, 68, 73, 80, 91, 116, 119
 hooks, bell, 152
 Jacques, Martin, 52, 86
- Jefferson, Tony, 49, 55, 67
 Jelin, E., 129
 Jennings, Humphrey, 37
 Jouët, Josianne, 117
- Kaliman, Ricardo, 122
 Katz, Elihu, 83, 85, 99, 101, 102, 103
 Kenny, Michael, 43
 Kuan-Hsing Chen, 44, 51, 66
- Laclau, Ernesto, 66
 Le Grignou, Brigitte, 84, 85
 Leavis, Frank R., 33, 35, 36, 39, 41, 48, 72
 Lepennies, Wolf, 32
 Lewis, Jeff, 123, 124
 Liebes, Tamar, 83, 85, 99, 101, 104
 Lockwood, David, 53
 Lowe, Andrew, 49, 57
 Lull, James, 83, 121
- Marshment, Margaret, 88
 Martín Barbero, Jesús, 119
 Mattelart, Armand, 31, 96, 98, 105, 150, 151
 Mattelart, Michèle, 88, 96, 98, 105, 119, 140
 Mattelart, Tristan, 105
 McRobbie, Angela, 49, 139, 149
 Mellor, Adrian, 126
 Mercer, Kobena, 142
 Miège, Bernard, 105
 Mignolo, Walter, 142
 Mills, Charles Wright, 63
 Moores, Shaun, 81
 Morley, David, 44, 49, 51, 66, 81, 83, 85, 93, 99, 101, 104, 133, 134, 139, 154
 Morris, Meaghan, 89
 Morris, William, 30, 31, 35, 37, 41, 89

- Mosco, Vincent, 105
 Mouffe, Chantal, 66
 Mulvey, Laura, 88
 Munt, Ian, 112
- Neveu, Érik, 62, 116
- Orozco Gómez, Guillermo, 119
 Ortiz, Renato, 119
- Pasquier, Dominique, 117
 Passeron, Jean-Claude, 39, 60, 70, 116
 Piccini, Mabel, 119
 Pickering, Michael, 37
 Piemme, Jean-Marie, 103
- Radway, Janice, 99, 139, 140
 Reguillo, Rossana, 119, 128
 Roach, Colleen, 104
 Roach, Joseph, 150
 Robins, Kevin, 23, 37, 67, 103, 153, 156
 Roig, Arturo Andrés, 122
- Sarlo, Beatriz, 119
 Saville, John, 90
 Schlesinger, Philip, 75, 122
 Schmucler, Héctor, 127
 Schröder, Kim Christian, 141
 Shields, Rob, 133
 Snow, Charles Percy, 23
 Sokal, Alan, 130, 131
- Solomianski, Alejandro, 142
 Souchon, Michel, 117
 Spigel, Lynn, 140
 Steele, Tom, 29, 35
- Thiesse, Anne-Marie, 21
 Thompson, Denys, 33
 Thompson, Edward P., 32, 40, 42, 44, 59, 60, 65, 67, 68, 71, 72, 93, 116
 Tönnies, Ferdinand, 24
 Urry, John, 156
- Vassallo De Lopes, María Immacolata, 119
- Wacquant, Loïc, 130, 155
 Webster, Frank, 23, 37
 Wermuth, Mir, 94
 Whyte, William, 64
 Wiener, Martin, 23
 Williams, Raymond, 31, 39, 40, 41, 44, 58, 65, 69, 73, 116, 119, 126, 135, 162
 Willis, Paul, 49, 53, 56, 57, 58, 80, 116
 Wiswanathan, Gauri, 29
 Wood, Brennon, 91
- Yúdice, George, 149
 Zukin, Sharon, 157